Mundo Argentino

Año XI. — Núm. 527

Febrero 16. — 1921



HELENA D'ALGY
Tiple cómica de opereta

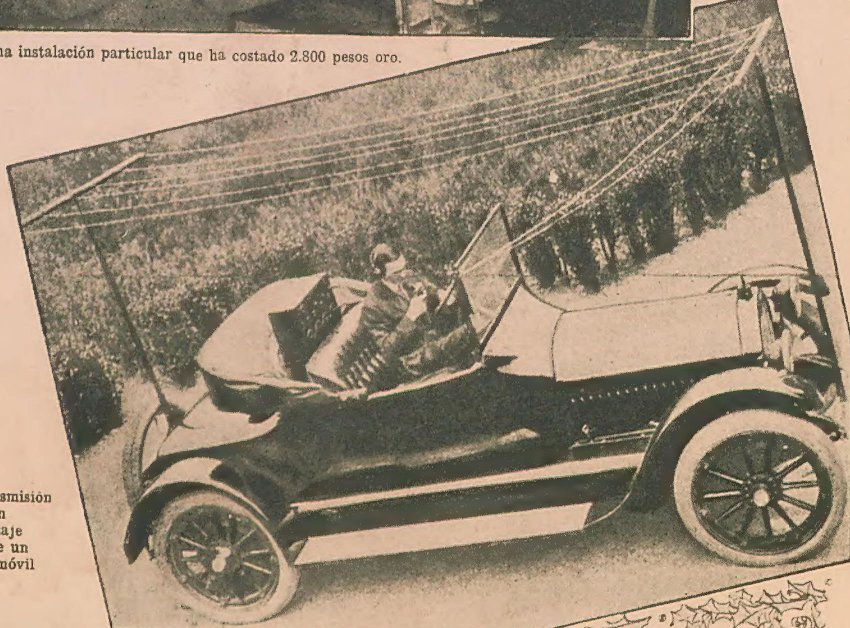
LA AFICION A LA RADIOTELEFONIA EN NUEVA YORK

Reproducimos en esta página algunas curiosas fotografías relacionadas con la telefonía inalámbrica y los aficionados que a ella se dedican en Nueva York


Una instalación particular que ha costado 2.800 pesos oro.


Recibiendo un mensaje

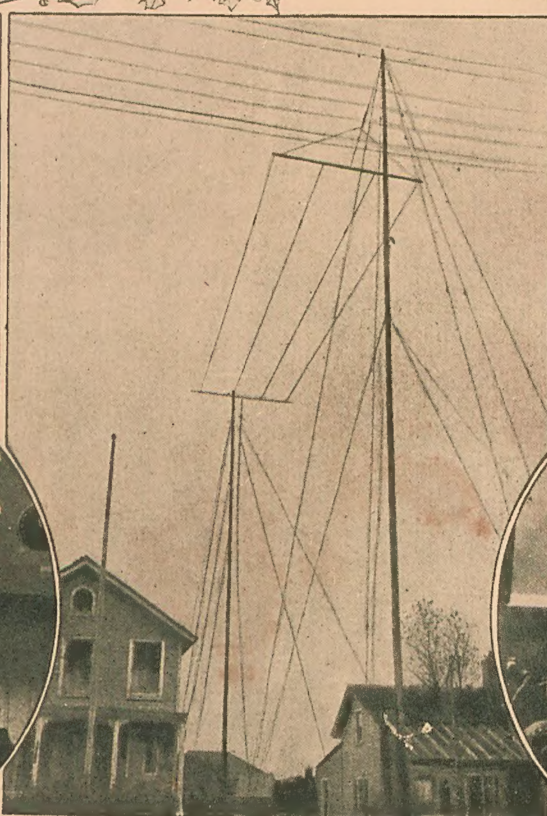

Escuchando un concierto por medio de la radiotelefonía.

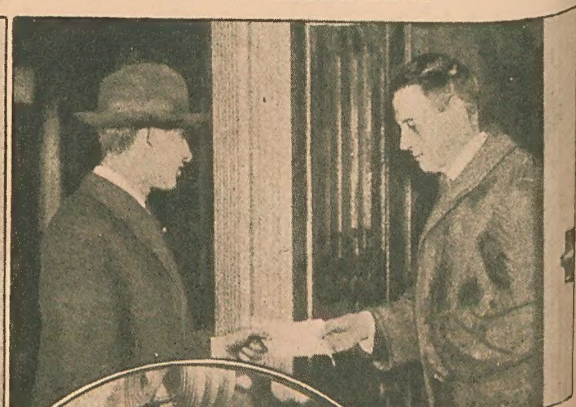

Transmisión de un mensaje desde un automóvil

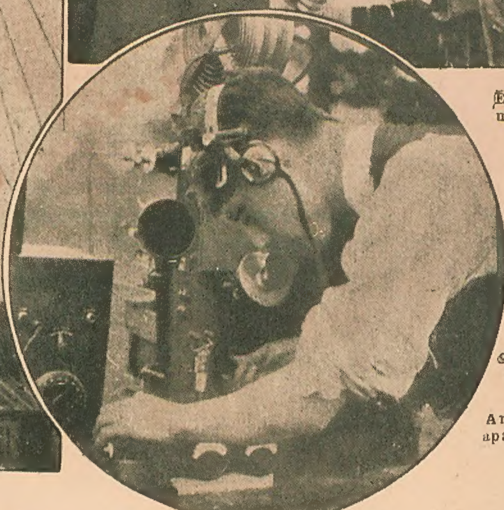

Bailando con música transmitida desde varios kilómetros de distancia.


En el "Radio Club", institución de aficionados.


Ensayando un aparato


Una estación radiotelefónica de aficionados

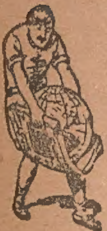

Entregando un mensaje interceptado


Arreglando un aparato descompuesto

Mundo Argentino

Semanario popular ilustrado, el de mayor tirada en la América del Sur

Aparece los miércoles



Editado por la empresa Haynes
Maipú 893.—Bs. Aires

Precio del ejemplar al público en todo el país: 0.10.
Precio de la subscripción anual: $ 5 m|n. en toda la república y $ 3 oro en el extranjero.
Agente exclusivo para la venta en el Uruguay: Angel Adami, Plaza Independencia, 824, Montevideo.—Esta agencia recibe subscripciones anuales de toda la república a $ 2.50 oro.
Agente exclusivo en Chile: Alfredo Sánchez A.— Casilla de Correo 3536 — Santa Mónica 2141, Santiago.
Agente exclusivo para el Paraguay: Rufino D. Recalde, Buenos Aires 209, Asunción.
Agente en San Paulo (Brasil): Antonio Anunziato, Rua San Bento, 67.

Los reporters y fotógrafos de la capital se hallan munidos de una credencial en forma, la cual debe exigirse en todos los casos.
No se devuelve los originales. ni se mantiene correspondencia acerca de los recibidos.

AÑO XI, N.º 527. Bs. Aires, Febrero 16, 1921

NOTAS DE LA SEMANA

EL CARNAVAL

En todos los años vase comprobando la irremediable decadencia del carnaval. El carnaval se muere. Algo más: el carnaval hace bien en morirse.

Año tras año, en efecto, asistimos, durante los días de carnaval, a hechos de sangre y de grosería dolorosos. El carnaval sirve para que la gente de malos instintos, contenidos durante todo el año, aproveche de la semi impunidad de la careta, para dar rienda suelta a su imaginación enferma. Y el resultado es aumentar la crónica roja de los diarios y en los cosos, especialmente en los centrales, una lluvia de insultos y de denuestos soeces y procaces.

En una ciudad grande y cosmopolita, como Buenos Aires, no puede esperarse otra cosa. Pero el hecho, menos intenso, suele ser común a otras capitales. Es que por su propia característica, el carnaval suele ser un incentivo de todo lo bajo, de todo lo innoble que hay en la humanidad, una exhibición en toda su crudeza de la inmensa tontería humana. Sólo es dable esperar que estos excesos apresuren la muerte definitiva del carnaval.

DEFENSA NACIONAL

La idea de aumentar los elementos de la defensa nacional parece hacer conquistas entre los diarios. Demasiado sabemos que este mundo no es todavía una Arcadia, pero es inoportuno hablar de gastos militares mientras la industria no haya consumado el reajuste de precios, y al país no le convendría hacer ninguno mientras no tuviese la seguridad de su balanza de pagos. La batalla internacional próxima inmediata será puramente económica, pero no poco peligrosa, y nunca serán bastantes las fuerzas que para resistirla se economicen. Por otra parte, el país tendrá que hacer importantes gastos en los renglones reproductivos del presupuesto, que después de seis años de depresión empezarán a crecer por sí solos. Todo esto con independencia de que los armamentos no constituyen la base ni el principio activo de la defensa nacional, y que cuando se desarrollan a expensas de la potencialidad económica del país, sólo sirven para crear gigantes tísicos y con pies de barro.

PROGRESOS DE LA INSTRUCCION PUBLICA

Según datos comunicados a la prensa por el Consejo Nacional de Educación, actualmente hay en la república 8.987 escuelas, contra 7.586 en 1916, y prestan servicio 35.441 maestros, contra 28.850 de ese mismo año. En cuanto a los alumnos, pasaron de 762.775 en 1916, a un millón 121 mil 311 en 1920. Es muy honroso para nuestro país que el número de alumnos de las escuelas exceda del millón, y que el de los maestros sea mucho mayor que el de los soldados. Pero que la justa satisfacción que esto nos cause, nos sirva de estímulo para llevar la escuela a donde quiera que haga falta todavía, de modo que ningún niño argentino se pase sin los beneficios de la instrucción.

LOS ALQUILERES

Nuestras previsiones con respecto a este dichoso asunto de los alquileres se están cumpliendo. Primero, la comisión del senado no se reunía debido a las ausencias reiteradas de la mayoría de sus miembros. Luego, se venía anunciando un estudio especial de la cuestión por un senador a quien se le ha hecho fama de pensador profundo, pero que, para nosotros, incurables escépticos en la materia, reputamos como un desaforado defensor de los intereses más reaccionarios.

Nos inquietaba el estudio que podría hacer ese senador de tierra adentro. Y he aquí que los diarios anuncian que habrá dos despachos: uno de ese senador y otro sosteniendo el proyecto despachado por la cámara de diputados.

De aquí resulta el propósito de la mayoría del senado — ya que el senador de referencia suele ser su vocero más autorizado — de modificar el proyecto de la otra cámara. Esto sería legítimo a condición de mejorarlo. Pero no se trata de mejorarlo. Se trata de empeorarlo, de reducirlo a la nada.

Si el senado ratificara esta actitud confirmaría su inutilidad y ultraconservatorismo. Y sería de esperar que la otra cámara — que tampoco nunca se mostró progresista — insistiera esta vez, aunque más no sea que por amor propio, en su primitivo despacho.

UNA PARADOJA INSTRUCTIVA

Nada tan instructivo como la paradoja de que la lana empiece a subir y a venderse coincidiendo con la baja de los tejidos. Es que en realidad no hay tal paradoja, pues nada tan lógico como que la lana se venda menos cuando los tejidos suben. Si no le permiten a la gente vestirse, habrá exceso de lana en los mercados. Del mismo modo, si los estancieros argentinos tienen que pasar por los precios que les imponen los frigoríficos, es porque la carne para el consumo interno se despacha cara al público. Si el consumo interno aumentase, para lo cual no sería menester regalar la carne, pues bastaría darla por su justo valor, la hacienda se valorizaría. Si nuestras autoridades quieren proteger a los estancieros, abaraten la carne, fomenten el consumo. Cuanto menos una industria nacional dependa del consumo extranjero, tanto mejor.

LA UNIDAD OBRERA

El reciente congreso de la Federación Obrera Regional Argentina ha resuelto por aclamación sancionar un proyecto de unidad obrera. Es sabido que en el campo sindical los trabajadores están divididos en dos Federaciones (la del V y la del X Congreso) además de un considerable número de sindicatos que, en vista de esta división, se declaran autónomos y no pertenecen a ninguna de las dos.

Como es natural, en el campo obrero es ardiente y unánime el deseo de la unidad. Unidad esta deseable por todos. Porque la división en el terreno sindical perjudica a la misma clase trabajadora en sus pedidos de mejoras y en todas sus actividades y ninguna persona bien inspirada puede desear que esto suceda; además que a todos interesa que la clase laboriosa forme algo orgánico y disciplinado para que haya unidad y coordinación en todos sus actos y para que ella misma tenga noción de su fuerza y, también, de su responsabilidad.

Es de esperar que la unidad se lleve a la práctica sin dilaciones de ningún género. Con ella los trabajadores de la república habrán dado un gran paso.

Los anunciantes exigen la comprobación de los tirajes

Tenemos la satisfacción de hacer pública la favorable acogida que nuestros favorecedores han dispensado a la invitación que hicimos en nuestro número anterior para que los anunciantes y los agentes de publicidad pasaran por nuestras oficinas a fin de cerciorarse de la veracidad de nuestras aseveraciones respecto a circulación de los periódicos que editamos nosotros.

Consideramos un síntoma muy halagüeño el vivo interés que por este asunto han demostrado los anunciantes y agentes vinculados a asuntos de propaganda, quienes nos alientan para continuar nuestra campaña.

Como decíamos en nuestro número anterior, es indiscutible que el anunciante tiene perfecto derecho para controlar eficazmente los gastos que haga de propaganda. Cuando compra espacio, es para él como si comprara mercaderías, pues invierte su mismo dinero, y debe conocer la circulación que va a tener su anuncio en el espacio comprado. Sólo podrá saber esto teniendo el diario o revista pruebas irrefutables de su circulación normal.

Hemos dicho que en otros países este derecho es perfectamente reconocido y puesto en práctica, y estamos seguros de que aquí, en este país, también lo será más tarde.

En cuanto a los agentes de publicidad, actualmente, al aconsejar a sus clientes lo hacen con datos basados en conjeturas, aseveraciones verbales, con cifras fantásticas y muchas veces erróneas. Pudiendo proceder sobre bases fijas, ahorrarían, sin duda, mucho dinero a sus clientes y contribuirían a hacer del reclame lo que debe ser: una inversión de fondos provechosa.

Estamos persuadidos de que la iniciativa de nuestra campaña será de mucha utilidad para los propagandistas y que ella les facilitará la realización de sus negocios.

Referente a nuestra invitación, nos es grato notar que desde nuestro número anterior casi todos los agentes de publicidad han pasado por estas oficinas, aceptando nuestra oferta de controlar la circulación neta de nuestras publicaciones durante el último trimestre.

En nuestro próximo número daremos una nómina de los concurrentes.

La inflación monetaria y la carestía de la vida

Con motivo de la carestía de los precios, se ha hablado mucho de la inflación monetaria, pretendiéndose que cuando en un mercado hay abundancia de dinero, los precios suben, y que al contrario, cuando hay escasez de él, los precios bajan. ¿Cómo es entonces que no obstante la inflación monetaria los precios bajan en Europa y los Estados Unidos?

Esa tesis de que los precios suben o bajan según la abundancia o escasez del dinero, es bastante arriesgada, y tanto si se dice abundancia de dinero como inflación monetaria, se la enuncia en términos equívocos. ¿Qué se quiere decir con abundancia de dinero? ¿Qué se quiere decir con inflación monetaria? Ello es que, según parece, se hace una confusión muy complicada, confundiéndose la abundancia de dinero con la inflación monetaria, la abundancia de oro en el mercado universal con la abundancia de capitales en un mercado particular, y la inflación monetaria con el mero empapelamiento.

Para que la expresión inflación monetaria tenga algún sentido, es menester que quiera decir inflación fiduciaria, y que esta inflación no vaya acompañada de una proporcional depreciación del papel, pues la depreciación del papel desinfla lo que el empapelamiento infla.

En los Estados Unidos circula un dólar y 75 papel por cada dólar oro de garantía, y cada dólar papel vale un dólar oro. Hay, pues, una inflación fiduciaria del 75 por ciento. Pero si por depreciación o por desmonetización cada dólar papel no valiese más que 57 centavos oro, entonces no habría inflación alguna, pues 1.75 papel representarían el mismo capital que un dólar oro.

En Francia circulan seis francos papel por cada franco oro de garantía, pero como seis francos papel representan actualmente un capital de sólo tres francos oro, la inflación no es del quinientos, sino del doscientos por ciento.

Por otro lado, hace ya mucho que la inflación fiduciaria ha dejado de dar la medida de la inflación monetaria. Si en los Estados Unidos se hace del crédito un uso mucho mayor que en Francia, bien pudiera ser que su inflación monetaria fuese mayor que la francesa. Desgraciadamente, esto no es fácil de explicar en dos palabras, pero diremos que cuando una persona que no tiene dinero en el Banco, sino que le han abierto crédito, extiende un cheque contra ese establecimiento, el importe de ese cheque se agrega al monto de la circulación fiduciaria.

En cuanto a la expresión abundancia de dinero, puede querer decir abundancia de capitales en un mercado particular, y abundancia de oro en el mercado universal.

Aun cuando la inflación monetaria, sobre todo el exceso de crédito, sean propicios a operaciones mercantiles susceptibles de encarecer los precios, esto es muy distinto de decir, cual es lo que se pretende, que el encarecimiento sea resultado automático e inevitable de la inflación.

Evidentemente, se principia por confundir el reajuste de los precios a papel, con el encarecimiento. Si dos francos papel ya no representan más que el capital de un franco oro, los precios y salarios que antes eran de uno, tienen que ser ahora de dos. En esto no hay ningún encarecimiento. Pero, si en lugar de ser de dos son de tres, el encarecimiento que entonces aparece ¿será debido a la inflación monetaria? Si las cosas son susceptibles de encarecer con independencia de la inflación monetaria, también podríamos atribuir la inflación al encarecimiento. Nos abstendremos de hacerlo, pero haremos notar que las cosas son susceptibles de encarecer por el mero hecho de su escasez, y que este encarecimiento es el único positivo. Ahora bien, durante la guerra y subsiguientemente a ella, dos cosas escasearon: el trabajo y la producción de consumo. Tenían, pues, que encarecer, con independencia de toda inflación monetaria; lo que antes de la guerra costaba un franco oro, tenía que costar más de dos francos papel. Sólo el encarecimiento que hubiese más allá de esto podría ser atribuído a la inflación monetaria.

Es visible también que se confunde la inflación monetaria con la abundancia de dinero, mejor dicho, con la abundancia de capitales, y esto con aquello.

Si consideramos al dinero como una de tantas mercaderías generales, diremos que su abundancia traerá su baratura, y como ésta estará expresada por un aumento de precios, diremos que traerá un encarecimiento. En tal caso, bastará confundir la inflación monetaria con la abundancia de dinero, para creer que el resultado automático e inevitable de una inflación sea el encarecimiento.

Primeramente, hagamos notar que la abundancia de dinero no querría decir necesariamente encarecimiento de la vida, sino, simplemente, abaratamiento del dinero. Si decimos que de la abundancia de dinero resulta automática y necesariamente el encarecimiento de los precios, hemos de hacer una excepción con el trabajo, o hemos de admitir que el precio de éste también aumente. Si aumenta, hay baratura del dinero, pero no hay encarecimiento de la vida. Si no aumenta, dos cosas serán las baratas, que no sólo el dinero: éste y el trabajo. Ello surtirá el mismo efecto que un encarecimiento positivo, pero la culpa no será de la baratura del dinero, sino de la baratura del trabajo, y un reajuste de los salarios puede restablecer las cosas en su antiguo nivel. En cambio, si hay escasez de consumos, la carestía (de "carecer") es una consecuencia automática e inevitable.

Pero ya hemos dicho que abundancia de dinero tanto quiere decir abundancia de capitales en un mercado particular, como abundancia de oro en el mercado universal. Debemos añadir que cuando la abundancia de oro se realiza en un mercado particular, sin constituir abundancia en el mercado universal, cual es el caso en que un mercado, como ocurre ahora con el norteamericano, absorbe el oro de los demás, esa abundancia constituye únicamente abundancia de capitales en el mercado considerado.

Cuando en un mercado abundan los capitales, y si la oferta de dinero corresponde a esa abundancia, el dinero se abarata, pero no como una de tantas mercaderías generales, sino como capital, y la forma en que esa baratura se traduce es una depresión de la tasa del interés, lo cual es favorable al incremento de la producción, y de consiguiente, a la baratura de los consumos y a la valorización del trabajo.

Para creer que la abundancia de capitales en un mercado particular ocasione automática y necesariamente la suba de los precios, basta confundirla con la abundancia de oro en el mercado universal, o confundir la baratura del oro con la baratura del dinero cuando concurre al mercado bajo la forma de capital lucrativo. No nos cabe duda de que se hacen ambas confusiones, la una cruzada con la otra.

Cuando abundancia de dinero quiere decir abundancia de oro en el mercado universal, entonces, sí, tiene que producirse, automática y necesariamente, un aumento de los precios, y a continuación, otro de los salarios. Este fenómeno será universal, porque la abundancia de oro en el mercado universal, desvaloriza el dinero en todas partes, tanto donde hay mucho como donde hay poco.

¿Qué quiere decir abundancia de oro en el mercado universal? Ocasionando esto la desvalorización del dinero, puede fácilmente confundírsele con la escasez de la producción de consumo, que por reflejo también ocasiona una desvalorización del dinero. Abundancia de oro en el mercado universal, quiere decir extraordinaria oferta de oro fresco, lo cual no se explica sino por la extraordinaria producción de ese metal.

¿Hubo últimamente abundancia de oro en el mercado universal? Al contrario, en estos últimos años, la producción ha descendido sensible y progresivamente, lo cual nada tiene de favorable a la desvalorización del dinero. ¿Por qué descendió la producción de oro? Porque el encarecimiento general encareció la producción minera, y porque debido a la misma causa, los buscadores de oro no ganaban para comer. Esto demuestra, de paso, que más fácilmente los consumos determinan el precio del dinero, que éste el de los consumos. Conviene no echarlo en saco roto, pues si decimos que la abundancia de dinero hace subir los precios, nos inclinamos a la tesis contraria.

Otra cosa conviene saber y tener presente: la abundancia de oro acuñado, y su equivalente el oro en lingotes de las reservas bancarias, lejos de desvalorizar, valoriza el dinero, porque valoriza el oro. Para comprenderlo basta tener presente que si el oro dejase de servir de moneda, experimentaría una desvalorización tremenda. Hace poco la plata se valorizó de una manera increíble; fué debido, en gran parte, a que se acuñó mucha lata.

Para explicarse la carestía, nada mejor que las vías legales. En estos años hubo verdadera carestía (escasez), y ésta es favorable al acaparamiento y la especulación, cualquiera que sea la abundancia de capitales en un mercado particular, o la abundancia de oro en el mercado universal. Por eso es que, para impedir el acaparamiento y la especulación no hay más que dos clases de medidas: restringir la libertad de comercio y penar el acaparamiento y la especulación. Modernamente es también una medida la restricción del crédito, pero ella sola es insuficiente, y las otras dos la hacen innecesaria.

Arenas cantantes

La orilla del lago Michigan tiene una cinta de playa cuyas arenas cantan. Basta andar sobre ellas cuando está seca la playa, o arrojar un palo para que produzcan un sonido musical.

Se ha querido dar y se han dado muchas explicaciones del fenómeno, pero la más aceptable es la que da Richardson, que ha observado que la arena de la playa sólo canta hasta donde llega la marea, y es debido a que el agua deposita sobre ellas una ligera capa de sal. Al pisarla, los granos de arena frotan unos con otros y producen los sonidos.

Un hombre sano puede permanecer bajo el agua de uno a dos minutos. El hombre que más ha resistido es Jorge Pouliquen, un francés, que en 1912 permaneció seis minutos y medio bajo el agua.

"MANDOMANÍA"

(RESABIOS DEL CUARTEL)



—Sí, señor juez, — dice un testigo. — Le suplicamos a usted que nos defienda de este individuo.

—¡Suboficial Prichibeyev! Está usted acusado de haber ultrajado, el 3 de septiembre, de palabra y obra, al policía Sigin, al burgomaestre Aliapov, a sus ayudantes Efimov, Ivanov, Gavrilov y a seis campesinos. A los primeros los ultrajó usted cuando estaban cumpliendo su deber oficial. ¿Se reconoce usted culpable?

Prichibeyev adopta una actitud marcial, como si se encontrase ante un general, y responde con ronca voz, silabeando cada palabra:

—Señor juez, permítame usted que se lo explique todo, pues no hay asunto que no pueda ser considerado desde diferentes puntos de vista. No soy yo el culpable, sino los otros, y a ellos es a quien hay que condenar. Ya lo verá usted cuando yo tenga el honor de exponerle el asunto detalladamente. Todo ha sucedido a causa de un cadáver. Antes de ayer yo me paseaba, muy tranquilo, con Anfisa, mi mujer. De pronto veo, junto al río, una aglomeración. "¿Por qué tanta gente reunida?—preguntó—¿Con qué derecho? ¿Acaso la ley autoriza las aglomeraciones?" Y empecé a dispersar a la gente. "¡Circulen! ¡Circulen!"—grité.—Además ordené al centurión que dispersase a la multitud.

—Pero usted no tiene ningún derecho—le hace observar el juez.—Usted no es ni burgomaestre, ni policía, y no es de su incumbencia dispersar a la muchedumbre.

—¡Claro que no es de su incumbencia!—se oye gritar por toda la sala.—Estamos de él hasta la coronilla, señor juez. Hace quince años que no nos deja tranquilos. ¡No podemos más! Nos hace la vida imposible desde que está en la aldea, de vuelta del servicio militar.

—Sí, señor juez—dice un testigo.—Le suplicamos a usted que nos defienda de este individuo. No podemos ya soportar su despotismo. En todo se mete: grita, jura, ordena, aunque no tiene ningún derecho. Basta que nos reunamos con motivo de cualquier fiesta o cualquier ceremonia, para que se presente y nos trate como a vil chusma. Tira de las orejas a los niños, espía, vigila a nuestras mujeres. Ultimamente nos ha prohibido tener las luces encendidas después de las nueve de la noche, y cantar.

—Espere usted—dijo el juez.—Usted declarará luego. Ahora la palabra la tiene el acusado. Continúe usted, Prichibeyev.

—¡A sus órdenes de usted, señor juez! Dice usted que no es de mi incumbencia dispersar a la muchedumbre. ¡Admitámoslo! Pero, ¿y si se producen desórdenes? ¿Pueden tolerarse los desórdenes? ¿Acaso la ley manda que se deje a la gente hacer lo que le dé la gana? ¡No; no puedo permitirlo! Si yo no les llamase al orden, ¿qué sucedería? Nadie, en la aldea, sabe cómo debe tratarse a los campesinos; sólo yo lo sé. Yo no soy un simple mujik, señor juez: ¡soy un suboficial! He hecho mi servicio militar en Varsovia, en el estado mayor. Después he pertenecido a una compañía de bomberos; luego, durante dos años, fuí conserje en un colegio clásico, y sé bien cómo debe tratarse a la gente de origen humilde; comprendo la necesidad de mantener el orden público. Un mujik no comprende nada, y debe obedecerme por su propio interés. Prueba de lo que digo es, por ejemplo, este asunto. Cuando dispersaba a la muchedumbre, vi un cadáver a la orilla del río. "¿Por qué—pregunté—se halla en este sitio? ¿En virtud de qué ley? ¿Dónde está la policía?" Al fin veo a su jefe..., al Sigin de marras. "¿Por qué no cumples con tu deber?—le pregunté.—¿Por qué no avisas a las autoridades superiores? Tal vez ese ahogado es víctima de un crimen. Tal vez ha sido asesinado". Pero, Sigin, no hace el menor caso de mis palabras, y continúa, muy tranquilo, fumando su cigarrillo. "Usted no es quién — me dice — para pedirme cuentas, para darme órdenes. Yo sé lo que tengo que hacer". "No—le contesto;—tú no lo sabes cuando sigues aquí, como un imbécil, sin hacer nada". Entonces, me dijo: "A su debido tiempo avisé al jefe de policía del distrito". "Pero no era a él a quien debiste avisar—le digo.—¿No comprendes que es un asunto muy grave, y que hay que avisar en seguida a las autoridades judiciales? En primer lugar, hay que avisar al señor juez". Y figúrese usted: el imbécil, en vez de tomar en serio mis palabras, se echa a reir. ¡Y los mujiks también! Todos se echaron a reir, señor juez, se lo juro a usted.

Prichibeyev se vuelve hacia la sala, mira a los asistentes y empieza a indicar con el dedo:

—¡Ese se rió! ¡Y aquél! ¡Y aquel otro también! Pero el primero que se rió fué Sigin. "¿Por qué te ríes?"—le digo. — "Porque — me responde—al juez no le incumben estos asuntos". Estas palabras me llenaron de pasmo. "¿Cómo?—exclamé.—¿Te atreves a decir cosas semejantes respecto del señor juez?" Le juro a usted que pronunció esas palabras.

Y, volviéndose hacia Sigin, le pregunta:

—¿Es verdad? ¿Dijiste eso, o no?

—Sí, lo dije.

—¡Ya lo creo! Todo el mundo oyó cómo dijiste: "Al juez no le incumben estos asuntos". Excuso decir, señor juez, hasta qué punto me sorprendieron estas palabras. "Repite—le dije—lo que te has atrevido a decir". Y repitió las mismas palabras. Entonces, indignadísimo, exclamé: "¿Te rebelas contra las autoridades? ¿No sabes, imbécil, que el señor juez, por esas palabras, te puede enviar a la Siberia? ¿Que los gendarmes pueden detenerte y meterte en la cárcel como a un revolucionario?" Entonces, el burgomaestre también declaró: "El juez no puede juzgar sino los pequeños asuntos". Todos lo oyeron. "¿Tú también—le dije—te rebelas contra las autoridades?" Yo no podía ya contenerme. Si me hubiera hallado en Varsovia, hubiera llamado a un gendarme. Lo hacía con mucha frecuencia cuando oía hablar a alguien contra las autoridades. Pero aquí, en la aldea, no hay gendarmes, desgraciadamente. Bueno, decidí obrar por mi propia cuenta, y les di una buena lección... con esta mano. Ya que no se hacen cargo de nada, hay que enseñarles a respetar el poder. Le di algunos sopapos a Sigin, y después al burgomaestre, y después a los demás que se pusieron de su parte. Mi arrebato fué, tal vez, excesivo; pero esta gente puede llegar hasta la locura si no les pega uno. No hay otra manera de imponerles el respeto al orden público.

—Sí; pero su misión de usted no es esa. Es cosa que no le concierne en absoluto. Para eso existe la policía, el burgomaestre.

—Pero, ¡como no comprenden su deber!

—¡Dios mío, convénzase usted de que no tiene el menor derecho a mezclarse en esos asuntos! Carece usted de autoridad para ello.

—¿Cómo que no tengo derecho? ¡Es muy extraño ¿Y si turban el orden público? Yo no puedo verlo con buenos ojos. Por eso se quejan de que les prohibo cantar. ¿Es que no tienen otra cosa que hacer? Luego, no apagan la luz hasta la media noche. En vez de acostarse, charlan, ríen. Están todos inscriptos aquí.

—¿Quiénes?

—Pues los que, en vez de acostarse temprano, se quedan charlando hasta media noche y malgastando petróleo.

Prichibeyer saca del bolsillo un papel muy sucio, se pone los lentes, y lee: "Ivan Projorov, Sarra Mikiforov, Pedro Petsov, Ivan Sverchok y su mujer son brujos...

—¡Basta!—dice el juez,—y procede al interrogatorio de los testigos.

Prichibeyev mira al juez, lleno de extrañeza; es cosa bien clara que no está a favor suyo. No comprende su conducta, manifiestamente adversa a él.

Su extrañeza sube de punto cuando el juez lee el veredicto.

—Prichibeyev es condenado a un mes de prisión.

—¿Por qué?—pregunta.—¿En virtud de qué ley?

Decididamente el mundo marcha al revés. La vida se hace imposible en estas condiciones. Ideas negras se adueñan de él.

Pero, una vez fuera de la sala del tribunal, y encontrándose en su camino un grupo de mujiks que charlan, no puede contenerse y grita, según su costumbre:

—¡Circulad! ¡Circulad! ¡Nada de reuniones! ¡Cada cual a su casa!

Antón CHEJOV.

En el Ecuador ya no hay fiebre

Uno de los países más castigados por la fiebre amarilla, la República del Ecuador, en cuyo litoral se consideraba como endémica esta enfermedad, se ha visto al fin libre de ella.

Este resultado se debe a una campaña sanitaria de varios años. La tarea de sanear Guayaquil, puerto principal del Ecuador, había sido confiada a una empresa inglesa, poderosamente secundada en el curso de la guerra por la Misión Rockefeller.

El microbio de la fiebre amarilla, asi como el suero esterilizador que la cura, fueron descubiertos en 1917 por el doctor Noguchi, médico japonés agregado a la Misión Rockefeller. La Misión fué instalada por el general americano Gorgas, fallecido después, y los trabajos han sido hechos bajo la dirección de los doctores Connor y León Becerra.

El último caso de fiebre amarilla se presentó el 22 de mayo de 1919. A pesar del aumento sensible de la población extranjera, ningún caso nuevo se ha registrado desde entonces.

Los servicios sanitarios han comprobado la desaparición casi total del mosquito "estegomia", propagador de la enfermedad. Este mosquito se ha hecho tan raro, que una introducción directa del mal, si el caso se presentara, no podría hacer que estallara una nueva epidemia.

La República de Panamá acaba de levantar la cuarentena que había impuesto a los buques procedentes del Ecuador.

El carbón por litros

Cuando dentro de poco vayamos a comprar carbón o nos lo traigan a casa, no emplearemos cestos, capachos ni sacos, sino pipas y botellas.

Esto es lógico que suceda, pues el último producto de los laboratorios científicos es el carbón líquido.

El inventor lo ha bautizado con el nombre de "colloil", nombre que viene a ser una cosa así como "carbóleo", y consiste en una mezcla de un sesenta por ciento de polvo de carbón y residuos de petróleo en bruto.

La invención ha sido resultado de los experimentos llevados a cabo con objeto de encontrar un empleo comercial a las enormes cantidades de polvo de carbón que se desperdicia por no poder utilizarlo en la fabricación de briquetas y por la dificultad de tenerlo almacenado.

Se calcula que sólo en Inglaterra hay más de un millón de toneladas desperdiciadas, y que en tiempos normales la producción de este polvo es de 30.000 a 40.000 toneladas al año.

El "coloil" se hace mezclando petróleo y polvillo de carbón en una especie de artesa, como se mezcla la harina y el agua.

CUANDO EL OBRERO GOBIERNE

En este artículo, el gran "leader" laborista expone clara y francamente los cambios que se producirían en Inglaterra, si llegara a establecerse un gobierno de obreros.

I

La Inglaterra del porvenir

No hay nada utópico en mi visión de la Inglaterra futura; no soy uno de esos optimistas confiados que se imaginan que cuando el obrero suba al poder, todo marchará a las mil maravillas; no obstante, preveo una Inglaterra más feliz que la que haya podido describir hasta ahora ningún historiador.

Utopía es, según tengo entendido, un país perfecto; un Estado en el que las condiciones sociales y políticas llegan a un grado de perfección insuperable; en una palabra, un país ideal. No puedo concebir que Inglaterra ni ninguna otra nación realice tal sueño en miles de años; pero concibo una Inglaterra que el día de mañana pueda avanzar hacia la perfección más de lo que nuestros abuelos hubieran creído posible hace un siglo.

Es de suponer, sin embargo, que por grande que sea el adelanto a que se llegue mañana, la naturaleza humana será muy parecida a la de hoy; habrá como siempre envidias, controversias y descontentos; verdaderamente, si no hubiera estos últimos, tendría yo poca esperanza en el porvenir; pero los descontentos futuros se diferenciarán fundamentalmente de los del pasado, puesto que no se basarán en una sensación de injusticia ni serán recibidos con espíritu de hostilidad. Además, los motivos de descontento serán muchos menos. No hay duda de que el dispéptico continuará quejándose siempre de su comida y que el campesino lamentará como en todo tiempo las pérdidas de la cosecha, pero


El gran "leader" laborista Mr. J. H. Thomas

ningún hombre tendrá ocasión de protestar contra las condiciones en que espera vivir; ni nadie podrá decir que otro vive con el sudor de su trabajo y que no puede mejorar su situación como desea.

No habrá "aprovechadores", desocupados, gente de mal vivir, ni niños hambrientos. No se exigirá a nadie que trabaje un número excesivo de horas, ni se permitirá que un hombre apto para el trabajo esté ocioso; no existirá el derecho de vivir con la riqueza acumulada por otro. El derecho a la educación más elevada que el país pueda proporcionar, no será privilegio exclusivo de una clase, sino se ofrecerá a todos aquellos cuyas inteligencias muestren que les será provechoso el recibirla; las únicas cualidades necesarias para la vida cívica superior serán el carácter y la habilidad.

Estos son únicamente algunos de los rasgos notables que distinguirían la vida futura de la actual; pero no dudo de que muchos los consideran casi un imposible. Esos pesimistas dirán que sólo una revolución puede producir sorprendentes cambios y que con ninguna revolución se obtendrían semejantes efectos benéficos.

Pero ¿qué es una revolución? Yo sostengo que no es necesariamente una rebelión violenta y sangrienta, un período de atropellos y asesinatos, un asunto de gorros rojos y de barricadas. Una revolución puede ser pacífica y sin derramamiento de sangre, y afirmo que, en el momento actual, nos hallamos en medio de una revolución de esa especie.

Cada día se va reconociendo más que el trabajo del obrero no es tarea servil. Es una indispensable contribución para el bienestar del Estado, y en interés de éste, no menos que en el del obrero, es esencial que esté revestido de la dignidad conveniente y una independencia adecuada. No sólo debía mejorarse grandemente la posición y condición del trabajador, sino concedérsele toda la ayuda y oportunidad posibles para mejorar su estado.

En la creación de una nueva Inglaterra, uno de los hechos esenciales es el reconocimiento de que el obrero tiene que participar en todas aquellas cosas que rigen la vida diaria. Hace veinte años, la aparición de un obrero en los asientos de la cámara de los comunes era considerada como una divertida, o mejor dicho, ridícula anomalía; muchos la creían resultado de una contorsión extravagante e incomprensible de la mente electoral, un asunto sin importancia, que se arreglaría en la elección próxima.

Desde entonces hasta ahora, hemos progresado mucho, y hoy día es difícil hallar una corporación pública, que no cuente con sus representantes obreros. Pero mientras se ha llegado a reconocer que el trabajador, por su conocimiento y habilidad, puede ser de ayuda inestimable en la cámara de los comunes, en los concejos de los condados, en los de las ciudades y distritos, en las comisiones reales y juntas de conciliación y de investigación, se nota que, con raras excepciones, no tiene voz en el dominio de la industria mediante la cual se gana el pan y que, por tanto, constituye el principal interés de su vida diaria.

El patrón, por consiguiente, ha de poner al trabajador en su confidencia, debiendo reconocerse en general, que el obrero, a causa de su continuo contacto con los detalles de su obra, puede indicar a menudo mejoras de gran valor para el negocio.

Ya se han hecho algunas tentativas en este sentido. En Bourneville, por ejemplo, se ha creado lo que llaman plan de indicación, por el cual se invita a los obreros a recomendar mercaderías nuevas o de mejor calidad, métodos de fabricación mejores, a dar nuevas indicaciones acerca de la propaganda, etc. A los empleados cuyas indicaciones se aceptan, se les recompensa con premios: en abril de 1912 dichos premios alcanzaron a un total de 141 libras esterlinas, 12 chelines y 6 peniques. El plan, no sólo es para los hombres, sino para las jóvenes empleadas.

Esto es en extremo interesante como experimento y confirma la creencia de que la industria se beneficiaría grandemente, si los obreros tuvieran su parte en la dirección del negocio.

II

El derecho a trabajar y el derecho al descanso

El derecho al trabajo y al descanso debiera ser la herencia común de la humanidad.

Es absurdo que, bajo cualquier sistema de civilización, haya hombres aptos para el trabajo, pero incapaces de hacer valer su derecho a él; y que haya otros, por el contrario, ineptos para trabajar e impotentes para hacer valer su derecho al descanso; pero es más absurdo aun que haya hombres buenos para el trabajo y que sin embargo, vivan ociosos rodeados del mayor lujo.

Hoy día se admite casi universalmente como un principio, que el derecho a vivir lo merece sólo el que trabaja. Todo ciudadano debe considerar que el que no contribuye con nada a la prosperidad del país no es más que un parásito.

Hay personas, hombres por lo general, que han vivido con el trabajo de otros y que ven la posibilidad del trabajo obligatorio con alarma e indignación; declaran que tal idea es muy injusta y sostienen que ellos han cumplido con su deber al invertir su dinero en la industria del país.

Nadie negará desde luego, que el capital es cosa excelente y útil, pero hoy, lo mismo que ayer, se exageran bastante su excelencia y utilidad.

El capital no tiene poder creativo: no puede construir una máquina de vapor ni juntar las partes de un automóvil, no puede inventar absolutamente nada. Produce a su propietario opulencia, valiéndose del poder cerebral y muscular de otros.

El hombre que invierte su cerebro para inventar una nueva máquina debería recibir un pago equitativo por su inversión, y lo mismo el obrero que gasta la salud, la fuerza y la habilidad en la construcción de la máquina.

Nadie podrá decir que las retribuciones que se dan hoy día al cerebro, a los músculos y al capital son equitativas. Aunque de cincuenta años a esta parte, el capital ha aumentado considerablemente, las condiciones en que vive el obrero han mejorado relativamente poco y despacio, mientras los inventores han muerto a menudo en la miseria.

Cuando el obrero gobierne, se cambiará este estado de cosas.

El capital seguirá teniendo derecho a una retribución, pero sus intereses se limitarán seguramente, y los obreros intelectuales y manuales recibirán una parte más justa de la riqueza que ellos crean.

No quiero decir, por cierto, que la posesión de una fortuna sea prueba de ociosidad, puesto que algunos de los hombres más ricos son grandes trabajadores y deben su riqueza al trabajo, pero es que hay otros que no han levantado jamás un dedo ni contribuído con un solo esfuerzo a la creación de su fortuna. Estos tendrán que trabajar y una justa limitación de sus caudales inmerecidos les ofrecerá el incentivo necesario.

Pasemos a tratar ahora de los ineptos para el trabajo, pero que hoy día se ven obligados, a causa de su mismo impedimento, a aceptar un mísero sueldo en empleos donde no se tiene en cuenta la eficiencia con tal que el trabajo sea barato. La comparación con la guerra es buena para explicar este punto. Si los hombres que combaten por salvar su patria se inutilizan totalmente, es deber del estado, como se sabe, mantenerlos. Si se hallan incapacitados sólo para su trabajo particular, corresponde al estado enseñarles la tarea que puedan ejecutar mejor.

Todo ciudadano debe trabajar bien en beneficio de su país, pero para trabajar bien, es necesario que goce de buena salud. Todo obrero debiera dedicarse a lo que mejor sabe y ser justamente recompensado.

En cuanto al derecho de descanso, según lo considera el obrero, significa el derecho a un reposo de algunos años, mientras el cerebro y el cuerpo se hallan todavía bastante jóvenes para tener interés por la vida.

La mayor parte de las personas a los setenta años están cerca de la decrepitud, aun a los sesenta notan ya el peso de la edad; pero si su trabajo hubiese sido regulado debidamente, como lo será en el porvenir, si sus horas de tareas hubieran sido razonablemente cortas y las de descanso largas, si hubieran tenido sueldos más que suficientes para su subsistencia, si sus hogares y talleres hubieran estado construidos con el propósito de conservar la vida en su nivel más alto y no de albergar simplemente a seres humanos, los hombres de setenta años se sentirían en general por lo menos como los de sesenta. Si se pensionara al obrero a los sesenta años, podría tener por delante quizás unos quince años de actividad feliz.

Cuando el obrero gobierne, el derecho al descanso no será ya una frase vacía e irónica; no significará simplemente el privilegio de sentarse un rato al sol antes de bajar a la tumba; será un derecho que valdrá la pena tener y que se obtendrá cuando haya todavía bastante vida y energía para disfrutarlo.

J. H. THOMAS.

UNA VISITA AL POETA ELIAS REGULES

El hombre es médico y gaucho. — Su gentileza... a gritos y metáforas. — La tradición es un sentimiento venerable y su culto un deber. — Un autógrafo de Aparicio Saravia. — Los paisanos de las cuchillas y la pampa eran más hombres que nosotros. — La poesía y el alma del pueblo.

La puerta de calle está cerrada. Cada hoja ostenta una chapa de bronce con un 'Elías Regules'' y su profesión. La una se refiere al poeta, que es médico, y la otra a su hijo, que siendo también médico, ignoro si a su vez es poeta.

Después de llamar en balde, me dejo llevar de mi afán reporteril y arriesgo una pesquisa. Acerco el oído, y de adentro me llega el canto y piar variadísimo de muchos pájaros. Imagino toda una pajarera grande, llena de maravillosas aves alborotadas por mis toques de timbre. El poeta es generoso, pienso: no quiere ser el único cantor. Y además, cuando se aleja, tiene la seguridad de dejar en su casa representantes muy naturales y muy dignos por lo tanto de él.

Un vecino me asegura al rato que siendo como es vísperas de fiesta, Regules se habrá ido a su chacra de Peñarol, pues esa es su costumbre.

A los pocos días y a la amable invitación que el poeta me hace en respuesta a la tarjeta que dejé en el buzón, subo la escalera de la misma casa, oyendo, más nítido, el charlotear de la asamblea de pájaros. Por lo demás, reina silencio. En el vestíbulo avanzo, llamando con las manos. "¡Adelante!", me contestan con energía desde una habitación abierta. Hay en ella y viene a mi encuentro un hombre de talla mediana enfundado en un guardapolvo blanco: blanco como su pelo cano, escaso y casi a rape, y como su bigote también encanecido, que no amenguan con todo la viveza vigilante de su cara.

—¿Con el señor Elías Regules padre?

—Con dos mitades de lo mismo—responde. Y en seguida, como un hachazo, agrega:—¿Qué desea?

—Yo soy...

—¡Ah!... ¡pase!

Regules cierra el consultorio, me da asiento en un sofá en cuyo brazo monta a caballo o poco menos, y me tiene así frente a la luz de la ventana y a tiro para alcanzarme de tarde en tarde con un firme manotón compañeril. Hay en él algo de pájaro, no sólo en su perfil un tanto aguileño cuanto en el movimiento de su cabeza, cuando piensa mirando aparte su borbotón de imágenes para lanzarlo de golpe mirando en seguida de frente y sostenidamente con sus ojillos vivaces de cirujano y orfebre.

—¿Qué es de usted, Prudencio Montagne? — me interroga.

Yo se lo digo. Y a propósito recuerda que 25 años atrás lo conoció en San José, cuando la estatua de Artigas. La Sociedad Criolla, de quien Regules es alma mater, debutó, puede decirse, en la vida y en la fama, yendo a aquella ciudad.

—¿Para inaugurar la estatua? — he preguntado yo.

—No. Eso vino más tarde. Se nos pedía esfuerzo. Dimos esfuerzo.

Y Regules refiere cómo transportaron la caballada en tren, para no llegar con los pingos aplastados, y cómo pudieron ser fructuosos al fin de reunir fondos.

Pero ¿qué es la Sociedad Criolla?,—me preguntará el lector desavisado. Y diré, en breve, que se piense en lo que es Regules primeramente: en un Mistral uruguayo o algo así. Ahora imagínese que Mistral no hubiese cultivado aisladamente la tradición regionalista, sino que hubiese formado una sociedad de hombres afines, la cual, en momentos de reunión, hubiese vestido trajes y usado de los arreos paisanos, como asimismo vivido las costumbres más típicas del país. Bien. Una sociedad así es "La Criolla". Sus fiestas congregan a centenares de montevideanos en una meseta de los alrededores, sede pintoresca de la sociedad. Abandonado el vestir cosmopolita por el del jinete criollo, esos ciudadanos acuden a la meseta en sus caballos coscojeros y sonantes al platerío de los adornos.

—Su tradicionalismo, ¿se lo impuso usted como una misión? — pregunto a Regules.

—No: surgió espontáneamente. Resulté profesante ostensible y hasta propagador si usted quiere, a consecuencia de haber cantado sencillamente mis sentimientos de uruguayo en lenguaje uruguayo, y de haber eso causado extrañeza. Y es que estábamos, entonces más que ahora, intoxicados de exotismo. Yo en cambio jamás tuve ni vanidad ni rubor de mi raza.

Y mientras yo recordaba aquello de



El poeta Elías Regules, autor de "Mi tapera", "En viaje" y otras poesías famosas en ambas orillas del Plata.





El Dr. Regules y otros miembros de la sociedad "La Criolla", de la cual es fundador.

"Vivo feliz con sangre americana"...

...el poeta no paraba de hablar, cortando en seco mis preguntas, mis intromisiones, con palabras como un grito, modo de reatar sin perder hilo ni cuenta su infinita sarta de bellas imágenes, de exactas comparaciones, de dichos, en fin, todo ello sabroso a campo y manejado con la destreza con que un gaucho enlaza o doma o juega a la sortija.

—Todos los poetas de veras llegan al pueblo por el sentimiento. Tienen igual pulpa y cuero: sólo el pelaje es distinto. Me preguntaba cierta vez el gauchesco Trelles: "¿Cómo compone usted sus versos? ¿Los corrige?" Yo le contesté que los daba así como salían, sin pulir. Y entonces él me respondió que hacía otro tanto, y que no cantaba proponiéndoselo, sino que era como el pájaro que salta de una en otra rama y en aquella que siente deseos lanza su trino. La forma, sin duda, tiene que ser elegancia: es el engarce. Pero el sentimiento es la gema. Usted no me viste un palo por más bello ropaje que le ponga. En cambio una buena moza, de zaraza no más... ¿eh?—me dice con un malicioso guiño el poeta, dándome regocijadamente con su mano en el hombro. Y continúa, continúa siempre, pensando sus acertadas comparaciones y clavando luego sostenidamente su mirada en mí, que lo oigo y miro absorto.

—Cuanto más viejo más tradicionalista. Así son los pueblos, como los hombres. Y así soy yo. Siempre recuerdo aquella estrofa de Obligado, tan exacta, tan hermosa en su expresión de venerable sentimiento del pasado, y en la que, después de cantar al hogar americano y campesino, después de evocar su vida infantil a orillas del Paraná, dice:

"Ingrato, ingrato si...
... ...
si yendo en pos del oropel mundano,
el hombre olvida lo que el niño amó."

Yo pienso, en tanto, que también la famosa "Tapera" de Regules debe su eficacia emocional a evocaciones de cosas vividas en la edad primera, al recuerdo de

"...cosas chicas para el mundo
pero grandes para mí."

—Dígale Vd. a un inglés—sigue Regules—que se debe cambiar su escudo. Crea Vd. tocarle en lo más vivo del patriotismo con aquello de que ese escudo tiene una leyenda en francés. Y el inglés se sonreirá de Vd. despreciativamente. Aquella leyenda, "Honni soit qui mal y pense", que se refiere a la liga femenina y principesca y a la frase alusiva de un caballero rey, vale para él lo que el mundo todo. Y no sólo por su significado que honra a dama y caballero. Es una tradición y basta. El sentimiento del pasado es venerable. Yo lo cultivo. La forma en que solemos hacerlo yo y los de "La Criolla", es solamente un símbolo de ese sentimiento. Es el símbolo más fiel.

El poeta recuerda, y viene a pelo, que ese día se rinde un justiciero homenaje a Saravia. Sus restos, traídos del Brasil, donde reposaban, serán trasladados al Cementerio Central, llevados a pulso a través de esta Montevideo que nunca quiso ver en vida, el caudillo revolucionario.

—Ahí está ese hombre. Yo soy por tradición familiar, colorado. Mi padre, ahí lo tiene (me señala un cuadro), sirvió en la defensa de Montevideo contra Rosas. Sin embargo, yo he admirado en Saravia todos los atributos de la raza gaucha, y así se lo dije en la dedicatoria de un ejemplar de mis "Versos Criollos" que le mandé en la época de su apogeo, en 1898, a instancias de un amigo de él y mío. Este amigo me decidió, porque cuando yo opinaba desfavorablemente de Saravia, él me respondía: "¡No: Vd. no lo conoce!"

Y Regules, dejando de jinetear el sofá, va hacia la biblioteca, donde sobre los libros de ciencia médica veo entre estampas gauchas de "La Criolla" un retrato de Martiniano Leguizamón, su colega tradicionalista en la Argentina. Abre la biblioteca, saca una hoja de papel común de carta, plegada en tres, que ya amarillea, y, desdoblándola con cuidado, me muestra el autógrafo de Aparicio Saravia, agregando:

—Usted dirá que son cosas de niño. Pero lo guardo. Aquí lo tiene.

Y ambos nos quedamos considerando y comentando los rasgos de Aparicio Saravia, al firmar, con nombre y apellido, el agradecimiento. Es una letra inglesa, tenuemente asentada en el papel. Tiene un leve temblor infantil. Pero es finísima, pareja, muy delicada...

—Sí, mi amigo: el trapo que otros han gastado en divisa, yo lo he empleado en bandera. Créame. Nosotros, los hombres, de hoy, no valemos lo que los gauchos del año 25. ¿No piensa usted lo mismo? El sentimiento que tenían ellos del deber, en su medio y en su hora, fué mucho más verdadero que el nuestro, en nuestro medio y en nuestra hora. Fué el deber por definición. Conocieron el peligro y se arriesgaron en él completamente, sin vacilar un instante. Fueron los que todo lo dieron sin pedir nada.

Y por ese tener siguió hablando largamente Regules de la tradición gauchesca y de la poesía.

Zorrilla de San Martín me decía que la poesía era un caramelo.

—Que hay que saborear como un niño,—le repuse.

—Precisamente en que jamás deje de ser niño consiste el ser verdadero poeta,—me contestó.

Continuábamos de pie, próximo yo a despedirme y él a abrirme la puerta.

Entonces le espeté:

—¡Me ha embromado, Regules!

—¿Por qué?

—Porque dije en un anterior artículo que Zorrilla de San Martín era el imaginista por excelencia y ahora no sé qué voy a decir de usted.

—No diga nada—gritó—no diga nada.

Y luego corrigió:

—Vea: si dice algo, diga que soy un raro. Diga que a través de mi aparien-

(Sigue en la otra página).

cia de hombre urbano, se halla en mí al pansano agreste que...

Y aquí se quemó el librito del repórter, pues fué tan numerosa la porción de metáforas que brotaron de labios de Regules como de un potrero sale campo afuera la animalada arisca, que sólo me quedaron bailoteando en el aire, como ganchos sin farol, algunos sustantivos: "trebolares"... "espinillo"... "berijas"... "redomón"...

Cuando salí al vestíbulo, mediadas las dos de la tarde, diez personas, hombres y mujeres, esperaban que el doctor concluyera aquella larga visita, y desde el patio vecino, mientras descendía la escalera, caía sobre mi estupor la algarabía de los pájaros.

Edumndo MONTAGNE.



MI TAPERA

Entre los pastos tirada
como una prenda perdida
y en el silencio escondida
como caricia robada,
completamente rodeada
por el cardo y la flechilla
que como larga golilla
van bajando a la ladera,
está una triste tapera
descansando en la cuchilla.

Allí en ese suelo fué
donde mi rancho se alzaba,
donde contento jugaba,
donde a vivir empecé,
donde cantando ensillé
mil veces el pingo mío,
en esas horas de frío
en que la montaña llora,
cuando se moja la aurora
con el vapor del rocío.

Donde mi vida pasaba
entre goces verdaderos,
donde en los años primeros
satisfecho retozaba,
donde el ombú conversaba
con la calandria cantora,
donde noche seductora
cuidó el sueño de mi cuna
con un beso de la luna
sobre el techo de totora.

Donde resurgen valientes,
mezcladas con los terrones,
las rosadas ilusiones
de mis horas inocentes,
donde delirios fervientes
brotar a millares vi,
donde palpitar sentí
llenas de afecto profundo,
cosas chicas para el mundo
pero grandes para mí.

Donde el aire perfumado
está de risas escrito,
y donde en cada pastito
hay un recuerdo clavado;
tapera que mi pasado
con colores de amapola
entusiasmada enarbola,
y que siempre que la miro
dejo sobre ella un suspiro
para que no esté tan sola.

Elías REGULES.

El veneno de los animales

Los estudios hechos sobre los venenos de las plantas han prosperado mucho más que los hechos sobre el de los animales, probablemente a causa de que las plantas están fijas y puede cogerse una buena cantidad de ellas.

Un solo explorador tuvo que reunir veinte mil serpientes para poder obtener suficiente veneno de diferentes especies y hacer el análisis requerido. Igualmente, el examen del veneno de la abeja representa la captura de 200.000 de estos insectos y el aislar su jugo venenoso.

Como resultado de estos modernos estudios, se ha llegado a saber que hay dos grandes clases de veneno animal: las ponzoñas que contienen nitrógeno y las libres de este cuerpo.

Existe una gran semejanza entre las plantas no nitrogenosas y el veneno animal. La cantaridina se encuentra en algunas plantas, y el veneno de algunas especies de serpientes tiene su contraveneno químico en ciertos vegetales.

Se ha comprobado que la ponzoña animal no pertenece a ninguna nueva clase de compuestos químicos, y algún día se harán artificialmente en el laboratorio para fines medicinales. En algunas serpientes, por ejemplo, se encuentra un veneno que produce en el corazón los mismos efectos que el digital.

De la vida del hombre

Contando tres generaciones por siglo, que es el cálculo más aproximado, según eso, desde el principio del mundo: tomando como punto de partida las relaciones bíblicas hasta el presente, han pasado 175 generaciones y 55 desde la era cristiana.

El número de hombres y mujeres es casi igual: en cada 40 nacimientos 21 son varones, guardando la misma proporción la mortalidad en la niñez.

La cuarta parte de los habitantes del globo viven en poblaciones.

La cuarta parte de los que nacen mueren antes de los siete años, la mitad antes de los diez y siete, de modo que la mitad de los que pasan de esta edad gozan de un privilegio rehusado a la otra mitad. Sobre 10.000 personas sólo uno llega a los cien años. Sobre 100 sólo uno vive hasta los sesenta y seis, por cada 500 llega uno a los ochenta.

Cada año mueren como 33.333.333 personas, cada día 91.334, cada hora 3.880, cada minuto 63, cada segundo uno. Esta pérdida está compensada con los nacimientos cuyo número sobrepuja en un vigésimo al de los muertos.

El menor grado de vitalidad es de 1 por 100.

Clavo de oro

El último clavo que se fijó en el ferrocarril del Pacífico, de Nueva York a San Francisco de California, pesaba 18 libras, siendo su valor estimado en 3.750 pesos oro. Fué clavado con un martillo de plata de cinco libras de peso, y sobre él está escrito: "Ultimo clavo del camino de hierro empezado a construir el 8 de enero de 1863 y concluído en mayo de 1869. ¡Dios conserve la unidad de nuestro país! Este ferrocarril une los dos grandes océanos del mundo."

Los aeroplanos postales de los Estados Unidos llevan la correspondencia en cajas de amianto para que no se queme en caso de incendio.

¡AHÍ ESTÁ "LA PAPA"!...

Era sábado. El "cabaret" de Olavarría estaba lleno de bote en bote, destacándose entre la concurrencia los más genuinos y distinguidos representantes del hampa de ambos sexos. La sala de baile, aunque espaciosa, no lo era bastante aquella noche para que se movieran libremente las parejas y pudiesen lucir a voluntad sus aptitudes coreográficas; pero se tocaba a bailar y todos procuraban superarse, porque los bailarines de aquella academia tenían desmedido amor propio y, por otra parte, había muchos mirones. Una pareja, formada por la moza más garrida y hermosota de la casa y el galopín de más audacia y menos vergüenza que pueda imaginarse, llamaba desde luego la atención general por su lujosa indumentaria y su habilidad insuperable en la ejecución de los "cortes" y "quebradas" del tango dormilón y arrabalero.

No hay que decir que ella vestía de seda; pero le haremos gracia al lector de los detalles de su toilette costosa y extravagante.

Él usaba pantalón cortado a la francesa, saco corto, zapatos de charol, de altos tacones, chambergo de ala recta y pequeña, pañuelo rojo de seda en el cuello y vistoso tirador.

Huelga agregar que ninguna de esas prendas las había ganado con su trabajo, porque, al igual de la inmensa mayoría de sus congéneres, él "se dejaba" amablemente vestir y alimentar y proveer de dinero y cigarrillos por la mano solícita y cariñosa de su compañera de tangos y aventuras.

Es común y habitual en los pueblos de la campaña bonaerense la presencia de una muchachada numerosa, constituída por sujetos de 18 a 25 años, que viven en las mismas condiciones que el protagonista de esta anécdota. Ni la escuela, ni la religión, ni la prensa han logrado aún, no obstante sus tenaces y meritorios esfuerzos, extirpar de los pueblos esa lacra social, como no puede menos de calificarse al hombre joven, sano y robusto que vive a expensas de una pobre mujer, entregado a todos los excesos de una existencia ociosa y corrompida. Y esta derrota de la civilización en marcha se presta, por cierto, a desconsoladoras reflexiones, que se amargan considerando la edad y nacionalidad de tales descarriados.

En cierta ocasión preguntábamos a uno de éstos, el más recalcitrante:

—¿Son muchos ustedes?

—Como veinte...

—¿Criollos?

—"¿Y de no? Aquí no se "almiten" gringos sino para pulperos", agregó repitiendo una frase cuya procedencia probablemente ignoraba.

Pero volvamos a nuestro relato. Entre los meros espectadores de la danza se encontraba un hombre alto, grueso, rubio, de barba cortada en punta, que parecía mirar el baile con sumo interés, como si nunca hubiese tenido ante sus ojos un cuadro semejante.

Era evidentemente un forastero, a quien nadie había visto aún en la localidad. Tenía el aspecto de un comprador de hacienda o de un viajante de comercio que había ido a aquel sitio para "pasar el rato" y miraba a todos con expresión serena y bondadosa.

El vago bailarín vió, como los demás, al forastero, y al pasar junto a él tuvo la ocurrencia de divertirse a su costa soltándole una indirecta que provocó la risa de su compañera, al mismo tiempo que hacía un "corte" más exagerado y canallesco que de costumbre, quebrándose con gran movimiento de caderas:

—¡Ahí está la papa, mi china!—(Es decir, ahí está el "panete", el tonto de quien puedes sacar lo que quieras).

El forastero pareció no entender y permaneció impasible.

Al pasar de nuevo, siempre bailando, el gracioso y travieso compadrito repitió la frase y la quebrada, y aun hizo lo mismo por tercera vez, a tiempo que la música terminaba y se dispersaban las parejas.



—¡Ahí está la papa, mi china!

Pero entonces ocurrió un hecho inesperado y sorprendente.

El forastero, en cuanto terminó el tango, se dirigió lentamente al sitio donde el bellaco socarrón y necio celebraba su propia gracia con grandes risotadas, y encarándose con él le dijo friamente:

—Mañana temprano te presentas en la comisaría. Muy temprano, porque soy madrugador. ¿Entendido?

—Pero usted ¿quién es?—preguntó el interpelado con tono impertinente.

—¿Yo? ¿Quién soy yo? No hay que apurarse. Mañana lo sabrás.—¡Agente! —agregó, dirigiéndose a un empleado policial que se apareció como al acaso en aquel preciso momento.—Tómele la filiación a este mocito; mañana temprano debe presentarse arrestado.

Así fué. Poco después de amanecer, el bailarín con corte se encontraba en el despacho del comisario, sombrero en mano, escuchando con aire contrito los paternales consejos que le daba el mismo forastero de la noche anterior sobre la conveniencia de ser más comedido, de vestir con más decoro, y, especialmente, sobre la necesidad imperiosa y urgentísima de buscarse un medio de vida confesable y honroso.

El forastero aquel no era otro que el famoso comisario Luis Aldaz, el formidable "Gorra Colorada", obstinado y tenaz perseguidor de todos los vagos, compadritos y demás gente que vivía al margen de la ley en las florecientes y laboriosas poblaciones de la provincia de Buenos Aires.

—¡Cabo de guardia!—llamó el comisario.—Alójeme a este mozo en la pieza contigua al calabozo; esa que tiene piso de baldosa.—Y tú—continuó dirigiéndose al desdichado bailarín,—saldrás en libertad sólo cuando hayas arrancado una de las baldosas de la pieza donde te van a conducir.

—¡Pero si yo no he...

—"¡Métalo adentro", cabo!

... ...

Algunos días después de esta escena, el cabo da guardia se presentó ante el comisario manifestándole que el detenido solicitaba permiso para hablarle.

"Gorra Colorada" trasladóse en seguida al cuarto donde aquél pasaba sus días de amargo cautiverio.

—Ya levantó la baldosa, señor—dijo el pillastre humildemente.

—¿Y cómo?

—Con las uñas, señor.

—¡Ah! ¡Ah!

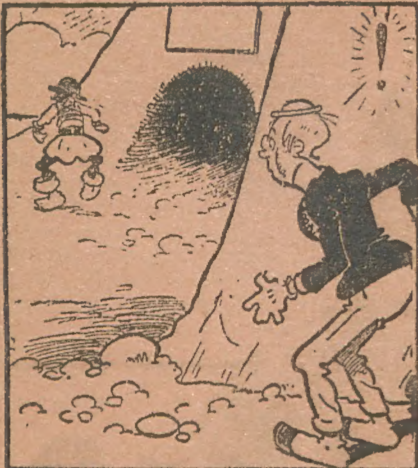
Entonces el terrible comisario, señalando enérgicamente con el índice de la mano izquierda el hueco que había dejado la baldosa, mientras que con la derecha tenía cogido de un brazo al desdichado galopín, exclamó con entonación vehemente, recalcando mucho las palabras:

—¿Con las uñas, eh? Bueno. "¡Ahí está la papa, mi china!"

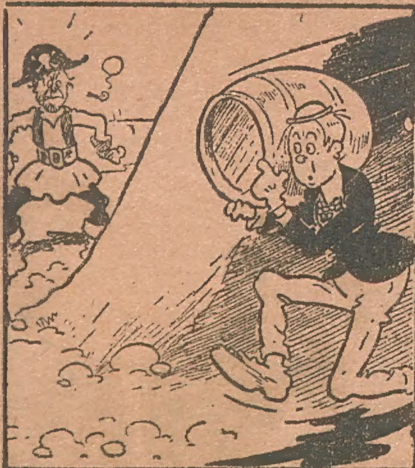
Eduardo G. DARHANPÉ.

Resulta interesante conocer cuáles son los artículos que más contribuyen a formar el enorme volumen del comercio de exportación norteamericana. Durante los ocho primeros meses de 1920, las exportaciones de algodón en rama y manufacturado representaron el 21 por ciento del total general. Las exportaciones de hierro y acero manufacturado equivalieron al 13 por ciento, y 12 por ciento las de cereales, granos, harina, etc. Las demás exportaciones fueron las siguientes: carne y productos de lechería, 7; aceite mineral, 6; coches, automóviles y otros vehículos, 5; tabaco, en bruto y manufacturado, 4; carbón, 3; cuero, crudo y manufacturado, 3; varios, 26.

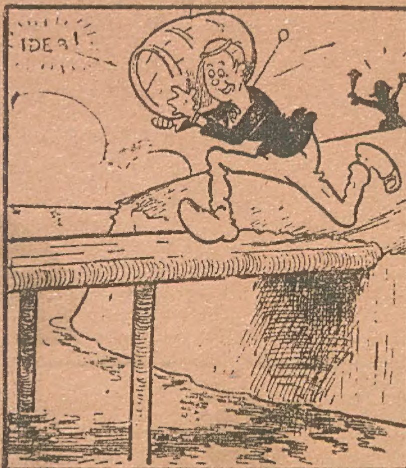
EL PIRATA MASCAFIERRO



"¡Araca, un barril lleno de patacones!", exclamó Anastasio, viendo a un pirata que, con toda cautela, escondía un barril en una cueva misteriosa. Esto sucedía en una isla desierta, donde a la sazón se hallaba veraneando nuestro amigo.



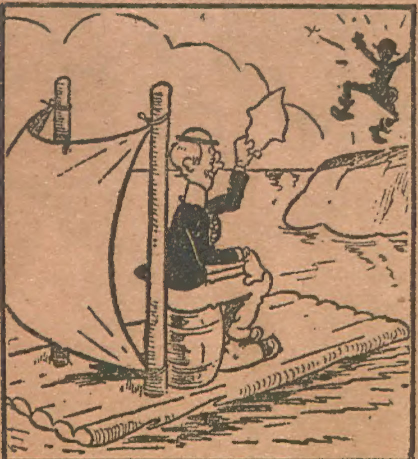
Acordándose del dicho aquel, según el cual "el que roba a un ladrón ha cien años de perdón", Anastasio se apoderó del barril, pero fué descubierto "in fraganti" por el pirata Mascafierro.



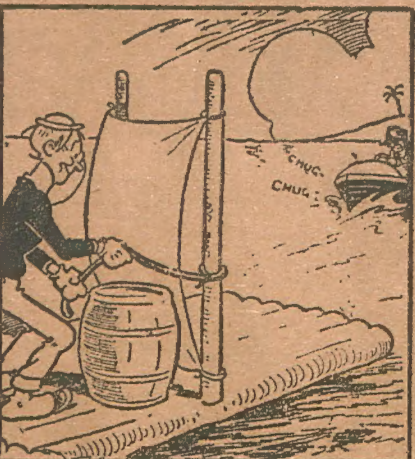
Corriendo como un gamo y con el barril de aceitunas, digo de patacones, a cuestas, Anastasio llegó a un puente, ocurriéndosele, entonces, una idea salvadora para eludir la persecución de Mascafierro.



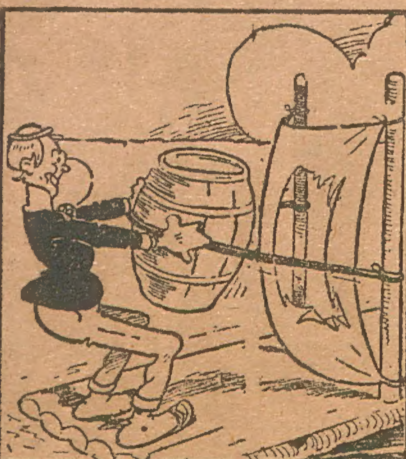
Felizmente tenía un serrucho a mano y con él se puso a serruchar el puente formado con troncos. A todo esto, el pirata se acercaba armado con una formidable maza.



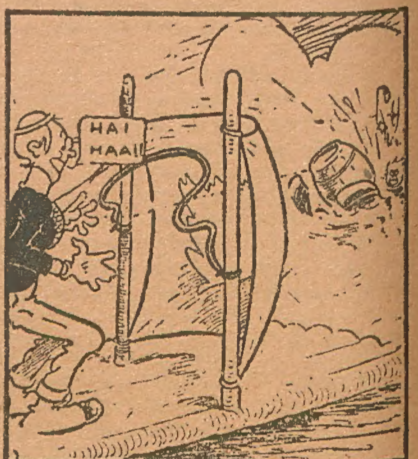
El pedazo de puente separado convirtióse, gracias al ingenio de nuestro amigo, en cómoda balsa, y cuando ya creía haber escapado de todo peligro...



... vió que Mascafierro emprendió su persecución en una lancha a nafta.
"¡Demonio!", exclamó Anastasio, "esto se pone feo".



Pero su gran talento lo salvó una vez más. Con los palos de la balsa y una goma improvisó una honda, y cuando la lancha del pirata estuvo a su alcance...



... le disparó un formidable proyectil — nada menos que el barril de patacones. La lancha de Mascafierro se hizo añicos y el pirata se ahogó como una vulgar laucha.

EL AYUNO

I

Cuando el vicario subió al púlpito, con su ancha sobrepelliz de nívea blancura, la baronesita estaba devotamente sentada en el sitio de costumbre, delante de la capilla de los Angeles, cerca de un calorífero.

Después de un instante de recogimiento, el vicario se pasó delicadamente por los labios un pañuelo de batista; después abrió los brazos, semejante a un serafín que se dispone a volar, inclinó la cabeza, y habló. La voz pareció al principio, en la vasta nave, como murmullo lejano de agua corriente, como queja amorosa del viento en el follaje. Poco a poco creció el murmullo, la brisa se convirtió en tempestad, rodó la voz con el majestuoso retumbar del trueno. Pero siempre, por instantes, aun en medio de las más formidables explosiones, la voz del sacerdote se dulcificaba súbitamente, recordando con claros rayos de sol el sombrío huracán de su elocuencia.

Desde que empezó a susurrar entre las hojas, la baronesita había adoptado la posición beatífica y ensimismada de una persona de oído delicado, pronta a deleitarse con todos los primores de la sinfonía preferida. Dulce éxtasis pareció embargarla ante las frases musicales del exordio: siguió después, con atención de inteligente, las inflexiones de la voz, la sonoridad del efecto final con tanto arte preparado, y cuando la voz adquirió todo su volumen, no pudo retener un "¡bravo!" discreto, un cabeceo de satisfacción.

Desde este punto fué como un goce celeste; todas las devotas se sentían arrobadas.

II

No obstante, el vicario decía algo: acompañaba su música con palabras. Predicaba acerca del ayuno. Exponía cuán agradables son a Dios las mortificaciones de las criaturas. Inclinado sobre el púlpito, en su actitud de gran pájaro blanco, suspiraba:

—Ha llegado la hora, hermanas y hermanos míos, en que debemos todos, imitando a Jesús, llevar nuestra cruz, coronarnos de espinas, subir nuestro calvario, desnudos los pies, pisando los guijarros y la maleza.

La baronesita hubo de encontrar, sin duda, la frase muy artística, porque entornó dulcemente los ojos, como penetrada de inefable satisfacción, y al compás de la sinfonía del vicario, sin dejar de seguir sus frases melódicas, cayó en un semiéxtasis lleno de voluptuosidades íntimas.

En frente de ella se abrían las altas ventanas del coro, pardas con la niebla. La lluvia no cesaba. La encantadora criatura había acudido al sermón con un tiempo atroz. Hay que ser sufrido cuando se tiene religión. El cochero había sufrido un aguacero espantoso, y ella misma, al saltar del carruaje, se mojó ligeramente las puntas de los pies. Verdad que su cupé era excelente, cerrado, techado como una alcoba; pero, ¡es tan triste ver, a través de los húmedos cristales, las filas de paraguas corriendo afanosamente por las aceras! Pensaba, además, que, a haber hecho buen tiempo, habría podido ir en victoria, lo que es mucho más agradable.

En el fondo, su mayor temor era que el vicario despachase demasiado pronto. Le sería preciso entonces esperar a que llegase el coche, porque ciertamente no había de volver a pie con semejante día. Y calculaba que, al paso que iba, no tenía el vicario voz para dos horas; el cochero no estaría a tiempo, y esta ansiedad amargaba algo las devotas alegrías de la baronesa.

III

El vicario, con bruscos movimientos de cólera que le hacían erguirse, flotante el cabello, los puños dirigidos a lo alto, como hombre que es presa del espíritu vengador, gritaba:

—Y, sobre todo, ¡desgraciados de vosotras, pecadoras, si no vertáis sobre los pies de Jesús los perfumes de vuestros remordimientos, el aceite oloroso de vuestro dolor! ¡Creedme! ¡Temblad, caed de rodillas sobre las piedras; sólo viniendo a encerraros en el purgatorio de la penitencia, abierto por la iglesia durante estos días de contrición universal; sólo desgastando las losas con vuestras frentes pálidas por el ayuno; sólo sometiéndoos a las angustias del hambre y del frío, del silencio y de la noche, mereceréis el perdón divino el día fulgurante del triunfo!

La baronesita, sacado de su preocupación por este terrible apóstrofe, movió la cabeza lentamente, como compartiendo la opinión del enojado sacerdote: por su parte, no abrigaba la menor duda; era menester coger las disciplinas, ocultarse en el rincón más sombrío, más húmedo, más glacial, y azotarse sin piedad.



...después abrió los brazos, semejante a un serafín que se dispone a volar, inclinó la cabeza, y habló.

Después volvió a caer en sus ensueños: se perdió en el fondo de un bienestar, de un éxtasis lleno de ternura. Estaba cómodamente sentada en una silla baja de ancho respaldo, y tenía a sus pies un cojinete bordado que la preservaba del frío de las baldosas. Medio echada, gozaba de la iglesia, de esa gran nave, donde flotaban los vapores del incienso, y cuyas profundidades, sumidas en sombras misteriosas, se inundaban de adorables visiones.

La nave, con sus colgaduras de terciopelo rojo, sus adornos de oro y mármol, con su aire de inmenso "boudoir", bañada en aromas embriagadores, iluminada por la suave claridad del crepúsculo, cerrada y como pronta a partir en busca de amores sobrehumanos, la había envuelto poco a poco en los encantos de sus pompas. Era aquello como una fiesta de los sentidos. Su gruesa y bonita persona se abandonaba, lisonjeada, mecida, acariciada, y, sobre todo, su voluptuosidad se sentía pequeña ante tan gran beatitud.

Pero, bien a pesar suyo, lo que mayor placer le producía, era el tibio aliento del calorífero, colocado casi bajo su enaguas. Era muy friolenta la baronesita. El calor deslizaba discretamente sus suaves caricias a lo largo de sus medias de seda. Grato sopor la embargaba en este baño de blanda molicie.

IV

Seguía airado el vicario. Abríanse ya ante los ojos espantados de las devotas, para tragarlas, las calderas de aceite hirviendo del infierno.

—Si no escucháis la voz de Dios, si no escucháis mi voz, que es la misma voz de Dios, en verdad os digo, veréis cómo crujen vuestros huesos, veréis cómo se abre vuestra carne sobre los carbones encendidos, y entonces será inútil que gritéis: "¡Piedad, Señor, piedad; yo me arrepiento!" ¡Dios no os atenderá y os empujará al abismo con el pie!

A este último arranque hubo un estremecimiento en el auditorio. La baronesita, que resueltamente se dormía bajo el influjo del aire tibio en que flotaban sus ropas, se sonrió vagamente. Conocía mucho al bueno del vicario. El día anterior lo había tenido a su mesa. Adoraba el pastel de salmón trufado y el Burdeos era su vino favorito. ¡Hombre excelente, sin duda! De treinta y cinco a cuarenta años, moreno, el rostro tan redondo y sonrosado, que, más que rostro de sacerdote, parecía el rostro alegre de una moza de granja. Por otra parte, hombre de mundo, de paladar delicado, de lengua almibarada, decía a la baronesita con voz melosa:—"¡Ah, señora; con semejante tocado, haría usted que se condenase un santo!"

En cuanto a él, no se condenaba. Igualmente galante con la marquesa, con la condesa, con todas sus penitentes, era el niño mimado de estas damas.

Cuando los jueves iba a comer a casa de la baronesita, ésta le cuidaba como a tierna y querida criatura a quien un soplo de aire puede constipar, a quien un plato mal condimentado produciría infaliblemente una indigestión.

En el salón, su butaca estaba al lado de la chimenea; en la mesa, los criados tenían orden rigurosa de atenderle especialmente y servirle, a él solo, cierto vinillo de dos años, que bebía cerrando los ojos con fervor, como si estuviera comulgando.

¡Era el vicario tan bueno, tan bueno! Mientras que desde lo alto del púlpito sablaba de huesos que crujen y de miembros que se chamuscan, la baronesita, en su estado de somnolencia, veíale a su mesa, limpiándose beatíficamente los labios, y diciéndole: "He aquí un bizcocho, señora, que haría que usted hallase gracia cerca de Dios, si su belleza no bastaso por sí sola para asegurarle el paraíso".

V

El vicario, desahogada su cólera, proferidas sus amenazas, estalló en sollozos. Era de ordinario su táctica.

Casi de rodillas en el púlpito, no mostrando más que las espaldas, se enderezaba de súbito, irguiéndose, inclinándose, como abatido por el dolor; se enjugaba los ojos, dándose fuertes restregones con un paño de muselina almidonada; movía los brazos a la derecha y a la izquierda; adoptaba actitudes de pelícano herido.

Era el ramillete final, el trozo a toda orquesta, la escena, llena de movimiento, del desenlace.

—¡Llorad, llorad!—suspiraba con voz expirante.—¡Llorad por vosotros, llorad por mí, llorad por Dios!...

La baronesita se había quedado dormida, con los ojos abiertos.

El calor, el incienso, la sombra que se espesaba, habían embotado sus sentidos. Se había hecho una pelota, se había encerrado en las voluptuosas sensaciones que experimentaba, y allá, en sus adentros, soñaba cosas muy agradables.

A su lado, en la capilla de los Santos Angeles, había un gran lienzo, que representaba hermosos jóvenes, medio desnudos, con alas en las espaldas. Sonreían con sonrisa de amantes apasionados, e inclinados, arrodillados, parecían adorar a alguna baronesita invisible.

¡Gallardos mozos, de labios tiernos, de piel sedosa, de brazos musculosos!

Y lo malo era que uno de ellos se parecía como un huevo a otro al joven duque de P***, uno de los mejores amigos de la baronesita.

En su estado de adormecimiento, preguntábase ella si el duque no estaría así bien, desnudo, con alas en las espaldas; por otra parte, se imaginaba al bello y sonrosado querubín vestido con el negro traje del duque.

Después fijóse el sueño: era ya realmente el duque, en ropas muy ligeras, que desde el fondo de las tinieblas le enviaba besos con los dedos.

VI

Al despertarse la baronesita, oyó al vicario que pronunciaba la frase sacramental:

—Esta es la gracia que os deseo.

Permaneció un instante como asombrada.

Creyó que el vicario deseaba para ella los besos del duquesito.

Hubo un gran ruido de sillas. Todo el mundo se fué.

La baronesita lo había pensado perfectamente; su cochero no estaba al pie de las gradas. El pícaro del vicario se había apresurado a concluir su sermón, robando a sus penitentes lo menos veinte minutos de elocuencia.

Impacientábase la baronesita en una nave lateral, cuando vió salir al vicario precipitadamente de la sacristía. Miraba la hora en su reloj, con el aire de hombre muy ocupado que no quiere faltar a una cita.

—¡Ah, querida señora! Me he retrasado—dijo.—Ya lo sabe usted; me esperan en casa de la condesa. Hay allí un concierto espiritual, seguido de una pequeña colación.

Emilio ZOLA.

El nuevo cheque de viaje

El Banco de Francia, a propuesta del Office National du Tourisme del Ministerio de Fomento de Francia, acaba de crear un cheque llamado Cheque de viaje, cuya difusión ha sido confiada a la importante Compañía Francesa del Turismo de París.

Las ventajas que ofrecen estos cheques son considerables, pues desde el momento que el viajero entra en Francia puede hacerlos efectivos en cualquier punto, sin otra formalidad que dos firmas del interesado, ya que el Banco de Francia y sus sucursales, así como las compañías ferroviarias y de navegación, establecimientos de crédito, grandes almacenes, hoteles y restaurants importantes, etc., etc., los aceptan en pago sin comisión alguna.

Además, estos cheques impiden las explotaciones, a veces excesivas, al efectuar la compra de dinero francés; suprimen las molestias del cheque o carta de crédito sobre ciudades determinadas y las exigencias de identidad para proceder al cobro; permiten establecer el presupuesto del viaje a un cambio fijo; evitan toda preocupación y formalidad exigida por la ley francesa a los salientes de Francia con mayor suma que los 5.000 francos permitidos; facilitan las relaciones comerciales; desaparece la comisión tan elevada que se pide actualmente en España al comprar billetes de banco franceses, etc., etc.

Para mayor comodidad de los turistas, los Cheques de viaje han sido establecidos en talones de 100, 500 y 1.000 francos.

COLOQUIOS CON EL ALMA

EL PERDÓN

Alma mía, no te ocupes jamás de la manera en que mejor podrás vengarte. Deja que tu enemigo viva en paz y ámalo. ¡Pobre!... ya recibirá su recompensa.



La vida y el tiempo se encargarán de herir el brazo que tanta angustia te causó. No hay mejores jueces en la vasta creación que la vida y el tiempo. Son los únicos jueces que verdaderamente establecen justicia, porque por detrás de ellos está la sabia inteligencia, el bien supremo: La verdad.

Alma mía, muchos años pasará el hombre sobre la tierra, pero es inútil, antes de alejarse de ella para siempre, habrá tenido que rendir cuentas exactas a la vida que le exigirá la paga de todos sus tropiezos en la misma moneda con que éstos fueron realizados.

Dura sentencia es ésta ¿verdad alma mía?, pero si queda grabada dentro de ti, te servirá para que, en tu corto peregrinar por la tierra, tu único propósito sea la práctica del bien y del amor, y cuando algún tropiezo te haga resbalar, te sobrepongas, tan rápido como te sea posible, y por medio del sacrificio de la humillación, enmiendes tu pecado.

Teniendo esto en cuenta, alma mía, a qué te afanas por el qué será. Deja que las cosas sigan el curso que ya les está establecido y afánate tan sólo en amar. Deja que tus angustiadores vengan hacia ti, que sí vendrán, y entonces, ¡oh alma mía! entonces no te deleites en torturarles, porque ya el castigo ha empezado a caer sobre ellos, por cuanto de altivos tuvieron que doblegarse y clamar tu ayuda. Y si esto no fuera así, déjales vivir en paz, que no eres tú ser autorizado para establecer castigo.

¡Pobres!... si por desgracia, durante su existencia, no quieren descender hasta humillarse, son dignos de lástima por cuanto pretenden no estar obligados a reconocer sus yerros.

Pero tú, alma mía, tú que debes practicar el amor "en tiempo y fuera de tiempo" como lo enseñó el apóstol, no intentes humillarles, y al primer deseo que manifiesten, camina tú las tres cuartas partes del camino a andarse y ofréceles perdón: perdón dulce, ese perdón que se desprende del alma que ama desde el fondo.

Alma mía, no perdones nunca simplemente por cumplir una ley o por ganar méritos; no, esto lejos de enaltecerte hará de ti un alma usurera. Perdona porque amas,—y ama, ama mucho porque este es el único fin para el cual fuiste creada.

A. SEGADO.

LA VUELTA DEL HIJO



—Lo primero que debe preocuparnos ahora, papá, es hacer un análisis químico de la tierra.

PÁGINA AMENA



—¿De modo que no cree usted en nada sobrenatural?
—No, soy materialista con toda mi alma.



—Mi perro tiene un año menos que tu hermanito y ya sabe caminar perfectamente.
—¡Qué gracia! ¡Para eso tiene cuatro patas.



—¿Por qué tiene Juana la cara tan triste?
—Supongo que será por su cara.



—Con usted son ya trece que me piden limosna hoy.
—No importa; no soy supersticioso, señora.



—¿Cómo se escribe "uvas"? ¿Con "b" o con "v"?
—Según si son negras o blancas.



—¿Conque falleció tu mujer?
—¡Pobrecita! Era tan buena, que ni con su muerte me ha disgustado.



—Cíteme una cosa superflua.
—La corbata cuando se tiene barba.



—Estoy contentísimo con el profesor de mi hijo.
—Pero, no lo aplazaron?
—Sí, pero anoche el profesor me pidió la mano de mi hija.



—¿Dice usted que en ese momento silbó el acusado?
—Sí, señor.
—¿Qué sucedió entonces?
—Apareció su perro.



—Mira, Ernestina, quiero que me marques unas camisas. Para hacer más rápido, le pones a una mi nombre y a las otras idem, idem.



—El retrato no se parece a mi señora... ¡Tiene la boca cerrada!



—¿Qué tal? ¿Cómo se encuentra hoy?
—Muy mal, doctor. Cada cinco minutos me da un acceso de tos que me dura cerca de media hora.



—Te apuesto a que asistiré a tu entierro.
—Pues, te apuesto un almuerzo a que asistiré yo primero al tuyo.



—¿Estuviste en la recepción?
—Sí.
—¿Y cómo no figura tu nombre en la crónica del diario?
—¡Cómo no! Figura ahí donde dice: "etc., etc.".



—Acaba de pasar un individuo con una máquina infernal.
—¿Algún anarquista?
—No, un chauffeur con su auto.



—¿Cuántas clases de dientes tenemos?
—Dos: naturales y artificiales.



—Merecería que le arrojara al rostro los veinte pesos que le debo. Felizmente para usted, no dispongo de esa cantidad.



—¡Figúrate que los dentistas japoneses sacan los dientes con los dedos!
—¡Gran cosa! Mi tía, sin ser japonesa, se saca la dentadura todas las noches con los dedos.



—¿Sabes cuál es el cantar más popular que existe?
—¿Cuál?
—Pues, el "cantar... para el carnero".



—¿De modo que usted cree que mi casamiento sería una desgracia?
—No, dos: la de usted y la de la mujer que se case con usted.



—¿Está muy edifcado este pueblo?
—Mucho. Todas las casas que hay están ya edificadas.



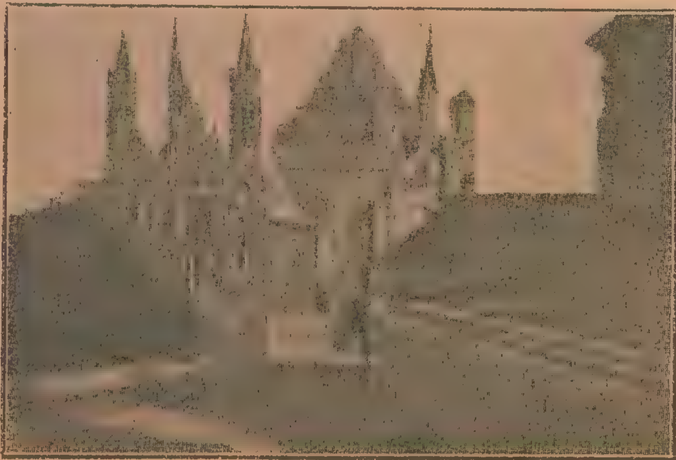
—Señor, esta moneda no es buena.
—Tampoco era bueno el almuerzo.

LA IRLANDA POLACA

Apenas acaba de ser firmada la paz entre el nuevo estado de Polonia y la Rusia sovietista, y ya otra guerra se desata entre polacos y lituanos y entre los lituanos de Lituania.

El abrazo cordial entre el presidente Paderewski y Waldemar, como símbolo de la amistad entre los dos países, sólo es ya un recuerdo, un incidente emocionante que ha dejado que hablar y de qué ocuparse al Comité de la Liga de las Naciones.

Paderewski no es polaco de Lituania, y aparentemente la Liga de las Naciones sólo tomó en cuenta dos lados de la cuestión y pasó por alto un tercero: el que se considera como la cuestión irlandesa.



La pintoresca y antigua iglesia de Santa Ana en Vilna, que Napoleón quería llevar a París.



A. Smetonos, presidente de Lituania.

La comparación entre Lituania, con su minoría de antiguos polacos, e Irlanda, con sus sein feiners, es muy apropiada y exacta.

La diferencia capital está en que mientras en el Ulster los más poderosos están al frente del movimiento, en Lituania la mayor parte de los ricos terratenientes no tomaron parte en el golpe de estado del general Zelgoski, basado en la ayuda de las clases media y baja de Vilna y Grodno.

Si Lituania quiere ser lo que era antes de unirse a Polonia en el siglo XIV, ha de reconocer que dentro de sus límites hay dos nacionalidades.

Los antiguos lituanos, incluyendo los de la Rusia Blanca y la Ukrania.

Las condiciones étnicas de la población que en la parte oriental habla el polaco son semejantes a la población de la Polonia occidental alemana, con la excepción de las que viven en Possen que no se han sometido al gobierno de Polonia.

Cuando en Agosto de 1919 se preguntó cuál era la opinión del jefe del estado polaco, dijo: "Las fronteras occidentales de Polonia se fijarán por plebiscito."

¿Por qué no marcarlas de igual las fronteras orientales?

Desde entonces el desorden y la destrucción reinan en las fronteras orientales y la opinión de Pilsudski ha sido desatendida.

Con excepción hecha de Vilna y Grodno, así como sus alrededores disputados entre polacos y lituanos, las restantes fronteras orientales de Polonia no se han fijado aún entre la Rusia sovietista y Polonia.

Por ahora hay que esperar a ver si más tarde o más temprano la Rusia Blanca y la Ukrania no suscitan cuestiones sobre este pleito y si la observación de Pilsudski no se vuelve a tener en cuenta.

Sea cual fuese la orientación que sobre tal asunto tome la Liga de las Naciones, los jueces han de recordar que en Irlanda la indecisión y la tardanza en decidir no han hecho sino aguzar el antagonismo entre dos naciones.

Por lo demás, e independientemente del porvenir que le esté reservado, hay que convenir en que la Lituania tiene títulos más que suficientes para perdurar como nación independiente. Desde que, en la primera mitad del siglo XIV, Guedmino fundó la ciudad de Vilna, fué este país considerado como una fuerte muralla opuesta a las invasiones de los tártaros, temidas en toda la Europa central, y su unión con Polonia no fué consecuencia de derrota ninguna ni acto de vasallaje, sino resultado del enlace matrimonial de Jagellón, nieto de Guedemino, con la bella princesa polaca Hedvigia, a la cual el celo político y el interés de sus súbditos impusieron aquel enlace. Realmente, la unión definitiva de ambos países no tuvo efecto hasta 1569, cuando se firmó el pacto de Lublín, reinando Segismundo Augusto. Desde entonces, la Lituania siguió los destinos de Polonia, participando de sus glorias y de sus infortunios hasta la destmembración de este histórico reino.



Amazonas lituanas: Muchachas estudiantes de la Universidad de Vilna que lucharon contra los bolcheviques. Su batallón tuvo noventa bajas.

Desaparecida la antigua división de Alemania en reinos, grandes ducados, ducados y principados, se han formado los siguientes Estados: República de Berlín, que estará a la cabeza de todas las demás; repúblicas de Prusia, Alta Sajonia y Wurtenberg; repúblicas de Silesia, Brandeburgo, Baja Sajonia, Westfalia, Hesse, Rhenania, Baviera y Turingia, cuyos límites, extensión y población es, por ahora, muy aventurado fijar con exactitud a causa de las desmembraciones de que ha sido objeto el territorio alemán por parte de las potencias victoriosas.





Los diputados socialistas italianos d'Aragona, Graziadei, Bombacci, Serrati y Dugoni asistiendo a una sesión del Congreso de Moscú, presidida por Zinovieff.



El zar de Rusia y su familia, calentándose al sol, en el techo del local donde estuvieron internados, en Tobolsk, poco antes de su trágico fin.



El pueblo de Atenas aclamando al rey Constantino a su regreso a la capital de Grecia.



El general Wrangel con sus hijos, refugiado a bordo del acorazado francés Waldeck-Rousseau, después de su derrota en Crimea.

EL PUEBLO CELEBRA CON ENTUSIASMO LAS FIESTAS DE CARNESTOLENDAS EN LOS COSOS DE BELGRANO Y FLORES, EN EL BALNEARIO Y EN LOS SALONES DE SOCIEDADES RECREATIVAS



Un palco interesante en el coso de Belgrano.



Concurrentes al baile organizado por el "Círculo de Aragón"



Un ramillete de interesantes niñas en el coso de Belgrano



Tres disfraces vistos en el balneario: Minuto, Camuyrano y el pueblo víctima de aquéllos



Traje fantasía.



A[illegible] que ofrecían los salones del "Lago di Como" durante el baile dado por el "Círculo Buenos Aires"



Niña caracterizada de niñera



Dos disfraces originales la maja y el arpa



Un palco bien adornado en el coso de Flores



Otro de los palcos que llamaron la atención en el coso de Flores.



Asistentes al baile organizado por el "Centro Zamorano" y "Círculo Unión Madrileña"



Grupo de aldeanos, en el Balneario.

Fots. Cabado y Louzán

ECOS DEL TERREMOTO DE MENDOZA



Un desierto de ruinas en Colonia "Tres Porteñas".



Pozos de agua abiertos por el terremoto, en el camino de Lavalle a Costa de Araujo.



Local provisorio que ocupa la oficina de Correos y Telégrafos de Lavalle.



Delegación de la Cruz Roja Argentina de la C. Federal, en Lavalle, frente al local provisorio de la Jefatura de Policía.

Fots. A. Villalon.

CORDOBA



Concurrencia que asistió a la fiesta dada en el Biografo Newbery, a beneficio de las víctimas del terremoto de Mendoza.

Fots. Arena.



Fiesta en el Hospital de Niños, costeada por un anónimo caballero porteño.

ROSARIO



Durante la velada celebrada en el Colón a beneficio de la Federación de Estudiantes Revolucionarios.

Fot. Martín.

CORRIENTES



La directora y alumnos de la primera Escuela Cantina, fundada exclusivamente para vendedores de diarios y lustrabotas.

Fot. Engimbert.

La página de las curiosidades

Según algunos, los jesuitas fueron los primeros que llevaron pavos a Europa.

Los soldados de Carlomagno llevaban bigotes en forma de herradura y con las puntas caídas.

En los que mueren de hambre o consunción, toda la grasa del cuerpo, menos una pequeña cantidad que queda en las cuencas de los ojos y alrededor de los riñones, desaparece; la sangre merma en volumen y pierde propiedades nutritivas; los músculos se achican y ablandan; pero el sistema nervioso apenas pierde nada hasta el momento de la muerte.

En Serbia existe la segunda mina de cobre de Europa; está situada en el extremo norte del país, y la explota un sindicato francés.

Hay nebulosas, como la de Andrómeda, por ejemplo, que están más cerca de nosotros que las estrellas más distantes.

Bourges fué la primera localidad francesa donde se vieron pavos. Hicieron su aparición en 1518, es decir, en la época del descubrimiento del Río de la Plata.

En las grandes ciudades de Marruecos hay un "almotacén", especie de jefe de los comerciantes, cuya autoridad se extiende a todas las corporaciones o gremios. Cada una de éstas está presidida por un síndico o "amín", y comprende maestros, oficiales y aprendices.

Cuando un animal muere de hambre, sus tejidos se consumen, pero con gran diferencia entre las diferentes partes del cuerpo; así el corazón pierde muy poco; en cambio, las grasas y el almidón desaparecen. Los órganos de actividad más intensa se conservan mejor.

Yugoeslavia es una de las naciones del mundo más rica en minerales de gran valor.

El pavo figuró al principio como manjar raro en la mesa de los príncipes y reyes, y hasta principios del siglo XVII no empezó a generalizarse.

Entre los antiguos germanos se usaba el bigote para que con él se distinguiesen los sujetos valerosos que más sobresalían en los hechos de armas.

La duración de la vida después de un completo ayuno, varía entre ocho y trece días, pero bebiendo un poco de agua, puede prolongarse mucho más.

La principal riqueza de Serbia está representada por sus minas de carbón, repartidas en todo el territorio nacional. La gran mayoría permanecen sin explotar, aunque frecuentemente el carbón se encuentra en la superficie y cualquiera puede recogerlo.

El pavo fué introducido en España a principios del siglo XVI.

La primera nación de Europa en donde se usaron alfombras, fué España. Fueron llevadas por los moros y se conocían con los nombres de tapetes y almucelías.

La creencia popular de que un gordo aguanta el hambre mejor que un delgado, es exacta. El cuerpo humano, en cierto sentido, se alimenta a sí mismo, y así, entre dos personas de igual tamaño y edad y en estado normal, la que pese noventa kilos, por ejemplo, vivirá más tiempo sin comer que la otra, si ésta pesa 60 solamente.

En 1877 varios mineros vivieron enterrados varios días sin tomar alimento, en una mina del país de Gales, y en 1916 el ingeniero Santamaría y el capataz Alonso estuvieron enterrados doce días en una mina de Andalucía.

El pavo pasa por ser un animal estúpido, condición que no hay que echarle en cara pues hay muchos otros que lo son más. Uno de ellos es el cerdo.

En el extremo norte de la Florida, las diversas ideas que tenían los indios sobre la Divinidad, tenían su origen en la influencia o visualidad de los astros y en los accidentes de la naturaleza. Los floridenses adoraban un dios que según ellos residía en la cumbre de las más altas montañas, y este dios era el que producía el rayo, el relámpago, el trueno, los terremotos y las lluvias.

Hubo un presidiario francés que vivió sesenta y tres días sin tomar otra cosa que agua.

El valor anual de la producción minera de Serbia se estima en 15 millones de francos, y la de Bosnia en 20. En Bosnia la industria minera empezó a desarrollarse en 1902.

En Francia y en Italia, pero sobre todo en el primero de estos países, dos veces al año despluman parte del cuerpo a los pavos, especialmente los muslos y el pecho. Estas plumas, más ligeras que las demás, y que constituyen generalmente lo que en el comercio se llama "pluma pampil", teñida o sin teñir, se utiliza para la confección de "boas" y otros abrigos.

El cólera, la influencia y otras epidemias, tienen su cuna en las aguas pestilentes de la India.

En un lugar de Valencia se ha descubierto una piedra pintada, que tiene la más antigua representación conocida de un combate entre hombres. Los combatientes son unos seres largos y flexibles que desde corta distancia se acribillan a flechazos.

Varias veces ha habido accidentes en que los mineros se han encontrado sepultados, y por contar con agua, han podido resistir muchos días hasta que les llegó socorro.

Cuando un pavo encuentra un animal y cree que él solo no puede bastarse para darle muerte, lanza un grito particular; sus compañeros se aproximan, y forman un gran círculo alrededor del presunto enemigo o víctima. El círculo se va estrechando poco a poco, hasta que las cabezas, muy juntas, todas a una, dan un tremendo picotazo sobre la presa. Cuando han formado esta clase de corros, es difícil que un hombre, ni aun estando armado de un bastón, pueda desbandarlos mientras no hayan dado cuenta del animal acorralado.

Los antiguos mejicanos tributaban al Sol un homenaje de constante veneración y respeto, y pocos eran los pueblos de la América Meridional que no reconociesen en el astro del día al Creador Supremo de todas las cosas.

El célebre ayunador Succi no sufría dolor alguno durante sus largos ayunos, pero parece ser que tanto él como otros ayunadores profesionales tomaban opio para no sentirlos.

En las islas Hawaï, posesión norteamericana, cerca del 48 por ciento de la población japonesa está formado por mujeres.

El explorador norteamericano Donald Mac Millan ha anunciado a un periódico de Boston, el propósito de partir en el próximo julio para las regiones árticas, con objeto de traer huevos de aves raras.

Dijo Mr. Harding, presidente electo de los Estados Unidos, en un discurso pronunciado en la Academia de Música de Norfolk: "América necesita poseer la marina de guerra más poderosa que surque los mares; y es preciso que tengamos una marina mercante digna de tan gran nación como la nuestra."

Las escalas centígrado y Fahrenheit coinciden en los 40 grados bajo cero.

En realidad, existen solamente dos clases de pavos: el ocelado y el común. El primero vive en estado salvaje en los grandes bosques americanos.

El jabón de coco sirve para lavar con agua salada. Esa clase de jabón tiene la propiedad de dar espuma aunque el agua esté cargada de sal, cualidad que no poseen los otros jabones, que difícilmente se disuelven en las aguas impotables.

Es indispensable llevar una provisión de oxígeno para volar a ciertas alturas; todos los recientes records de Casale, Rohlfs y Schroeder se han hecho con ayuda de reservas de oxígeno, y seguramente, en los futuros aeroplanos de pasajeros que hayan de volar a grandes alturas, tripulación y viajeros tendrán que ir en compartimentos herméticamente cerrados, llenos de oxígeno suministrado desde tanques que vayan en el mismo avión.

Después de doce años de ensayos y tentativas inútiles, los norteamericanos han conseguido imitar todas las clases de quesos de Europa y fabricarlos en cantidades considerables, y ahora ya han empezado a llegar a ese continente grandes cargamentos de queso tipos suizo, Roquefort, Brie, Gruyère, etc.

El comité norteamericano que se ha encargado de la misión de reconstruir la biblioteca de Lovaina, anuncia que ya ha reunido más de 150 mil dólares, y que espera llegar al medio millón.

Dicen los norteamericanos que en las islas Hawaï y en las posesiones de los Estados Unidos en el Pacífico, cerca de la mitad de los habitantes son japoneses.

Durante 1918-1919, doscientos cincuenta guardias marinas de las escuelas navales norteamericanas abandonaron los estudios por considerar que la carrera no es remunerativa.

El valor del vino como alimento es indiscutible, dicen los mojados de Inglaterra. No hace muchos años que se realizaron algunos experimentos por medio de un aparato especial, el ergógrafo, para medir las variaciones del esfuerzo muscular de las personas que bebían vino y de las que solo tomaban agua. Los resultados fueron concluyentes. Se comprobó que las que bebían vino trabajaban más y con menos fatiga que las abstemias.

En el Japón están muy alarmados en vista de los preparativos navales de los Estados Unidos. La pasada guerra ha puesto de manifiesto el poder enorme de esta nación, señalándola como una de fantásticos recursos y capaz de los más grandes sacrificios para conseguir sus propósitos. Esto contribuye mucho a la alarma de los japoneses.

La palabra alarma viene del antiguo grito: ¡al arma, al arma!, que hoy decimos: ¡a las armas!

En la costa norteamericana del Pacífico, hace veinte años no había en la población japonesa más que un seis por ciento de mujeres: ahora hay cerca del 39 en California, cerca del 35 en Washington (el estado) y más del 32 en Oregón.

Cincuenta oficiales de la marina norteamericana hicieron últimamente dimisión de sus empleos, porque el sueldo no les alcanzaba para mantenerse ellos a bordo y en tierra a sus familias.

Al 6 por ciento de interés, 948 pesos se convierten en mil al cabo de un año; si se tratase de 32 años, bastarían 137 pesos.

Densidad de las substancias comunes más pesadas: plata, 10,53; mercurio (a0°), 13,596; oro, 19,32; platino fundido, 21,50; plomo, 11,37; tungsteno, 19,1; plata con 10 % de cobre, 10,12.

La prensa industrial francesa da cuenta de haber resuelto el problema de la fabricación de pasta de papel con esparto.

El Museo de Berlín acaba de aumentar su colección de objetos romanos con un grupo de juguetes del tiempo del emperador Tiberio. Entre estos juguetes, que fueron hallados en el sepulcro de una niña, hay una mesita que tiene adherido un pequeño candelero de plata, y varias tabletas y estiletes para escribir.

Uno de los defensores del partido mojado inglés dice que muchos grandes hombres fueron excelentes bebedores de vino, y cita como prueba a los siguientes: Moisés, Alejandro el Grande, Julio César, Nerón, Cicerón, Napoleón, Shakespeare, Watt, Stephenson, Gladstone, Beaconsfield, Bismarck, Tennyson.

La tierra arable pesa cerca de una cuarta parte más que el agua.

El aceite más liviano es el de colza; el más pesado es el de ricino; el de oliva es el más liviano después de los de colza, alfónsigo y almendras dulces.

La moneda francesa de mayor valor es la de oro de cien francos. Bélgica, Grecia, Italia y Suiza tienen monedas del mismo valor.

Después del kilómetro (mil metros), la más larga medida de longitud es el miriámetro (diez mil metros); después viene el megámetro, medida poco conocida del público, que tiene un millón de metros.

Los pavos negros son los más prácticos para emprender la cría de esas aves, y se prestan bien para hacer la prueba de esta explotación. En esta clase se encuentran magníficos ejemplares que pueden servir de principio para obtener excelentes animales, que bien nutridos soportan muy bien las enfermedades y dan muy buenos resultados.

Durante la escena del cuarto acto de la ópera "Quo vadis?", que se cantaba en el Liceo de Barcelona el 9 de diciembre del año pasado (1920), y en la cual entraba el domador de fieras M. Marcel en una jaula de leones, uno de éstos se abalanzó sobre él y le mordió en la pierna izquierda y en un brazo. Gracias a la presteza conque los bomberos echaron sobre la fiera un balde de agua que tenían prevenido, pudo lograrse que no se ensañara con el domador y permitiera a éste salir de la jaula.

A 5700 metros de elevación solo se respira la mitad del aire que al nivel del mar.

Todas las cocineras saben que antes de cocer, guisar o freír patatas, hay que quitarles los "ojos", y en ello llevan razón, pues estos brotes contienen un alcaloide venenoso: la ramonina, que es muy peligroso. Se han dado numerosos casos de caballos que han muerto envenenados por comer patatas con brotes.

Los tallos, hojas y flores de la papa son venenosos

Para probar la resistencia de diferentes maderas, se las corta en trozos de unos treinta centímetros de largo y de unos seis o siete de sección, y se colocan apoyados por sus extremos en dos soportes. En el centro se cuelga un cubo capaz de contener unos 500 kilos de agua. El cubo se va llenando poco, hasta que la madera empieza a doblarse, y se sigue hasta el momento en que se rompe. Así se ha comprobado, por ejemplo, que el roble se quiebra a las 501 libras de peso.

Los molinos de viento se conocen en Europa desde el siglo XI, o sea de quinientos a seiscientos años antes de que Cervantes escribiera el Quijote.

Las exportaciones norteamericanas de manufacturas de algodón durante 1919, se elevaron a 273 millones 115 mil 411 dólares. Esta es la mayor cantidad que jamás se haya registrado, exceptuando el año 1918, cuyas exportaciones excedieron a las de 1919 en 92 millones 085 mil 925 dólares. Los tejidos de punto de 15 millones 008 mil 889 dólares que fueron en 1917, en 1919 se elevaron a 36 millones 996 mil 854 dólares.

Guillermo II de Inglaterra, castigaba severamente a los que se dedicaban a la caza de fieras, pero él pasaba el tiempo casi exclusivamente dedicado a esta diversión. Una mañana montó a caballo y se dirigió a un bosque de Winchester, seguido de multitud de alegres caballeros. Entre los barones que le acompañaban se hallaba un normando llamado Tyrrel, cuya compañía le era más agradable que la de los demás. Cuando los cazadores se hubieron esparcido por el bosque, se quedó Guillermo solo con Tyrrel, y apenas habían empezado a hablar cuando un ciervo se precipitó entre los dos. El rey quiso dispararle una flecha, pero habiéndose roto la cuerda de su arco volvióse contra su pecho aquella arma terrible, y cayó muerto con el corazón traspasado. Tyrrel, temeroso que se le creyese autor de la muerte, huyó a Normandía.

Estonia, Livonia, Curlandia y Lituania son antiguas provincias rusas que se extienden entre el golfo de Finlandia y el río Niemen. Estonia tiene 30.000 kilómetros cuadrados de superficie (tanto como Misiones), con 750.000 habitantes. Su gobierno es republicano, y la capital es Reval. Livonia y Curlandia se han unido, formando la nueva República de Latvia, de 64.000 kilómetros cuadrados y más de dos millones de habitantes. Su capital es Riga. Lituania, situada al Sur de Latvia, entre los ríos Dvina y Niemen, ignórase su extensión y población. Es república y tiene por capital a Vilna.

Desde muchos siglos antes de nuestra era ya fué conocida la planta del algodón, pues el insigne historiador griego Herodoto, que vivió en el siglo V a. de C., hace mención de haber admirado en la India unas telas maravillosas de los reyes, fabricadas con el "vellón de una cápsula".

Se pueden fundir varios rubís pequeños y formar con ellos uno grande; estas piedras se llaman rubís reconstituídos.

No todos los ananás son iguales; la familia a que pertenecen contiene unas 900 especies, no todas comestibles, muchas de las cuales son epífitas, es decir, que crecen como parásitas en los troncos de los árboles; además, la especie que viene a las fruterías comprende numerosas variedades, que se distinguen en el tamaño, en la forma y en tener las hojas con espinas o sin ellas. Las más apreciadas de estas variedades son la española roja, la Pernambuco, la de hojas lisas de Cayena, la baronesa de Rothschild, la Ripley, la reina, la negra de Jamaica y la pan de azúcar. Esta última es la que más se cultiva en las Antillas.

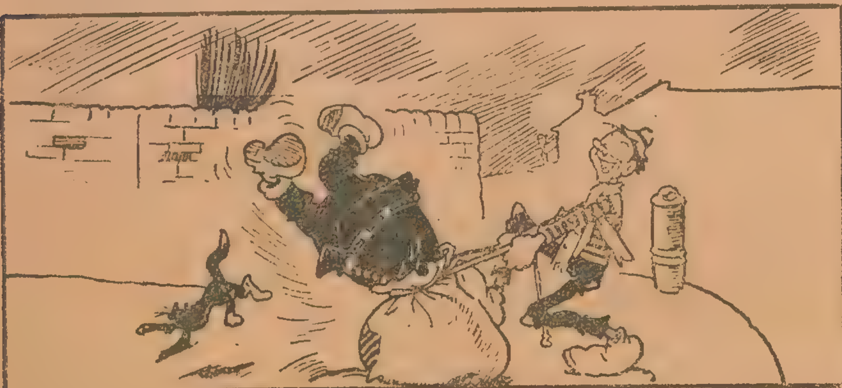
¡Sálvese quien pueda!



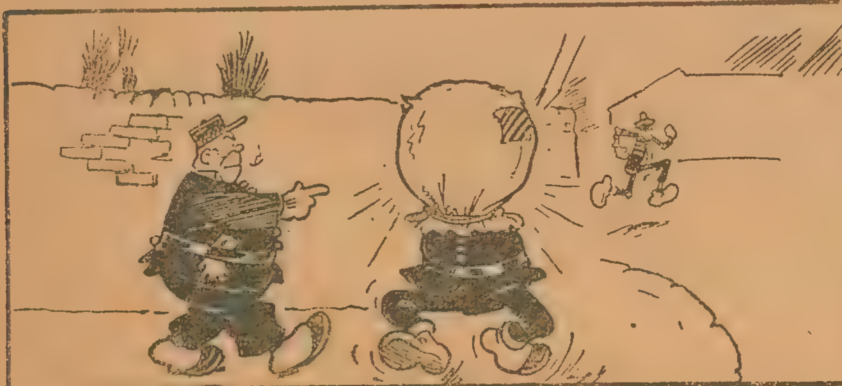
"¿Qué lleva en esa bolsa?", preguntó Barrilete al simpático Anguilucho, en la creencia de que éste había saqueado alguna casa. "Son ratas", contestóle Anguilucho. "¿Ratas?", exclamó Barrilete, "eso lo veremos".



Y creyendo que se trataba de alguna patraña del gracioso personaje, allí no más metió las narices para inquirir el contenido de la bolsa.



Aprovechó Anguilucho ese momento para atar la bolsa con una soga, quedando la cabeza y los brazos de Barrilete metidos dentro de aquélla. El pobre hombre se puso a patalear furiosamente para recuperar su libertad...



...pero fué en vano. Llegó en eso el comisario Mondónguez y preguntó qué significaba aquello. Como Barrilete contestara con unos gruñidos raros, Mondónguez barruntó algo extraordinario en todo aquello y desató la bolsa.



No bien quitó la soga, saltaron dos docenas de ratas de la bolsa, que pusieron en fuga precipitaba a Mondónguez. El pobre de Barrilete salió malparado de la aventura, pues una rata se aficionó a la nariz de él, dejándole como recuerdo un feroz mordisco. A todo esto, Anguilucho, desde una respetable distancia, gozaba viendo los apuros de los polizontes.





VAMOS A VER...

A MEJOR VIDA.—Juan ha perdido un tío millonario que lo deja por heredero de su cuantiosa fortuna.

—Mi tío y yo—dice—hemos pasado a mejor vida.

CHICO RAZONABLE



—Carlitos, ¿por qué no cambias el agua a los pececitos de colores?

—Porque todavía no se han bebido la que les puse el otro día.

ENTRE AMA Y CRIADA. — Ya verá usted — dice la señora a la nueva mucama —que no soy exigente y que me contento con poca cosa.

—Lo creo, señora. Es lo que yo había pensado cuando he visto a su marido.

COSAS DE CHICOS. — Papá, anoche soñé que para mi cumpleaños me regalabas tú una bicicleta y mamá un reloj.

—Ya te he dicho, hijo mío, que muchas veces ocurre lo contrario de lo que se sueña.

—No importa, papá, entonces tú me regalarás el reloj y mamá la bicicleta.

EN LA TIENDA. — No tenemos más que este retacito de la tela que usted busca, señora.

—Es bastante. Sólo lo necesito para hacerme un vestido.

MORAL CÍVICA.—El hombre no debe engañar nunca a sus semejantes.

—Entonces, cuando vienen a cobrar una cuenta, ¿por qué dices siempre que no estás en casa?

—Hombre... es que los acreedores no son nuestros semejantes.

APLASTANTE. — Yo no soy hipócrita —dice un amigo a otro; —digo siempre lo que pienso.

—Ahora me explico por qué hablas tan poco.

EN UNA REUNIÓN. —¿Ha pensado usted seriamente en las ventajas del matrimonio? —dice la vieja casamentera a un hombre de unos treinta años.

—¡Claro, señora! Muchas veces.

—Entonces, ¿por qué no se ha casado aún?

—Pues, por eso; por haber pensado seriamente.

MODOS DE ENTENDER.—Este específico no me da resultado y vengo a que me devuelva la plata.

—Es imposible, señor.

—¡Cómo! El aviso decía que se devolvería el dinero si no era bueno.

—Sí, pero el dinero que usted trajo lo era.

EN EL ESTUDIO.—El primer mes de alquiler—dice el casero al pintor—lo pagó usted haciendo mi retrato; el segundo haciendo el de mi esposa. Ahora vengo a cobrar el tercero.

—¿Y por qué no esperamos a que tenga usted el primer hijo?

DEFINICIÓN. — ¿En qué consiste el optimismo?

—En que no nos importe nada lo que ocurre a nuestro alrededor, cuando no nos afecta directamente.

EL BUEN SERVICIO



—Por fin viene usted. ¿Sabe cuántas veces la he llamado?

—No las he contado, señora.

EL QUE NO SE CONTENTA... — Ramón, esposo mío: ¡esto es inaguantable! Estaba cantando ahora mismo en medio del patio y me han tirado este zapato desde el segundo piso.

El marido conciliador.—Eso no tiene importancia, esposa mía. Sal y canta un ratito más, a ver si te tiran el otro zapato y completas el par.

DESENGAÑO.—¿De modo que le compraste este caballo a un amigo?

—No, a uno que creía que era amigo, y que demostró no serlo cuando me lo vendió.

EL APORREADO.—Pero, hombre, ¿no te da vergüenza dejarte pegar y arañar de esa manera por tu mujer? Parece mentira: ¡un hombre fuerte que mide casi dos metros!

—Amigo, ni los metros ni la fortaleza sirven de nada comparados con los dedos y las manos de mi mujer. Tú no la conoces.

LA FUTURA DOCTORA.—¿Qué dices, hijita: que no te casarás con Julio?

—No, mamá; tiene endocarditis. Ayer me dijo que se le ensanchaba el corazón al pensar en nuestra felicidad futura.

HUMORISMO.—En cierta ocasión un diario anunció la muerte de Mark Twain. Este envió un telegrama al director concebido en estos términos:

"Rectifique usted la noticia de mi muerte. Se ha exagerado un poco.

EN EL TEATRO.—Me han dicho que esa bailarina tiene el corazón muy inflamable.

—Sí, siempre que le prendas fuego con billetes de mil.

MORIR A TIEMPO

Hay hombres buenos que saben morir en momento oportuno para proporcionar un placer a los amigos.

Leed, si no lo creéis, la siguiente anécdota:

Cuentan que Fontanelle deliraba por los espárragos aderezados con aceite y vinagre. A su amigo íntimo el cardenal Dubois no le gustaban menos; pero éste los prefería en salsa.

Cierto día estaban ambos invitados a comer en casa de la señora Tencin, que como conocía las aficiones de cada uno de los huéspedes, dió orden de preparar los espárragos, la mitad en una forma y la otra mitad en otra.

Al ir a sentarse a la mesa, un mensajero llevó la noticia de que el cardenal acababa de morir repentinamente.

—¡Muerto! ¿Pero está seguro?—preguntó Fontanelle.

—Desgraciadamente sí—repuso el mensajero.

—Ha sabido morir a tiempo—agregó Fontanelle.

Y dirigiéndose al jefe del comedor, ordenó:

—Juan, que no se olvide: todos los espárragos con aceite y vinagre.

LA MALDITA SUERTE. — ¡Caramba! ¡Qué suerte la mía! A poco me toca la lotería.

—¿Jugabas?

—No; pero le ha tocado a un señor que viaja siempre en el mismo tren que yo.

DIFICULTAD, QUE NO ES DIFICULTAD



—Conque, ¿compra por fin el caballo?

—Lo compraría, si no fuese tan bajo por detrás.

—No haga caso, señor; lo ve bajo por detrás porque es muy alto por delante.

LAS COMPARACIONES SON ODIOSAS. — Francisca: la gallina que ha traído hoy no tiene muy buen aspecto.

—¡Oh! no se aflija. Ya verá usted cuando esté rellena de trufas... Es lo mismo que la señora cuando se arregla para salir.

ENTRE AMIGOS. — ¿Es verdad que Juan va a pagar a sus acreedores?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Su padre.

—¡Ah, entonces debe ser cierto!

DIGNO DE COMPASIÓN.—¡Desdichado Pérez! Ha trabajado largos años como un burro para reunir un capitalito y llevar una vida tranquila...

—Y ahora se ha casado y tiene que frecuentar la sociedad.

EN LA FARMACIA.—¿Despacharon la receta que ordené para el enfermo de al lado?—pregunta el médico.

—Sí, señor.

—¿Cuándo la llevaron?

—Debió ser anoche; porque esta mañana vi entrar en la casa a un empleado de la funeraria.

UNA ROMÁNTICA. — ¡Oh, mi querido poeta!—dice una señora a un joven melenudo a quien encuentra en la calle.—¡Cuánto tiempo sin vernos! Vaya usted esta noche a casa a recitar sus versos líricos y nos reiremos un rato.

UNO QUE SABE DE ARTE.—No está mal este paisaje—dice un caballero que visita el estudio de un pintor.

—Pero yo que usted le pondría más árboles. Ya sabe que los terrenos con arboleda suelen ser más apreciados y pagarse más.

EN LA ESCUELA. — ¿Cuál es el primer deber de un ciudadano?

—Soportar al maestro.

DEFINICIÓN.—¿Qué es la verdad?

—La verdad es lo que conseguimos hacer creer a los demás.

MÉDICO QUE LO ENTIENDE...—Una señora muy habladora aburre al doctor con una charla pesada e interminable.

—A ver, señora—le dice:—enséñeme la lengua: prefiero verla a oirla.

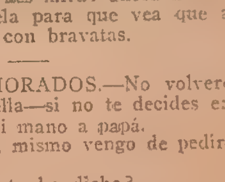
EL SEGUNDO. — Puschkin, el famoso poeta ruso, tenía gran amistad con Alejandro II y se trataban con gran confianza.

Un día el zar fué a verle y, como no le encontrara en casa, pidió un pedazo de tiza y escribió en la puerta del poeta:

—En la lista de burros de Rusia hay que colocar a Puschkin primero.

Al regresar el poeta a su casa vió el letrero y reconoció al instante la letra del zar, y después de meditar un rato, cogió la tiza y firmó así: "Alejandro el Segundo".

EN LA DROGUERIA



—¿Quiere hacer el favor de darme un cepillo de dientes?

—¿Lo quiere grande o chico?

—Es indiferente, con tal de que sea fuerte, porque somos ocho de familia.

ENTRE JÓVENES. — ¡Ay, Juanito! Si viene usted con buenas intenciones, hable usted seriamente con mis padres.

—Pero ¿no ve usted que eso es imposible? Yo soy humorista y no tomo nada en serio.

CUESTION DE HONOR

—Es inútil, si el amo no retira las palabras que me ha dicho, no tengo más remedio que salir de esta casa.

—¿Pero qué te ha dicho? ¿Te ha insultado?

—No, me ha pagado la cuenta y me ha dicho: Prepare su ropa y márchese.

RAZONABLE. — Pero, hombre, no dices más que majaderías.

—Es que si te hablara de otro modo no llegarías a entenderme.

HOMBRE RECOMENDABLE.—¡Pobre hombre!—dijo el oculista.—Estaba muy enfermo de los ojos. A más, tenía el defecto de que cuando quería leer algo veía dobles las letras y los números.

—¡Pobre hombre! Supongo que, teniendo ese defecto, no podrá encontrar trabajo.

—Pues lo ha encontrado. La compañía del gas lo ha contratado con muy buen sueldo, para leer las cantidades de los medidores.

LOS DÍAS NEFASTOS.—¿Tú crees eso de que el día 13 sea nefasto para casarse?

—Naturalmente. No sé por qué ha de ser una excepción entre los demás días.

PUNTOS DE VISTA.—Mi manera de ver las cosas me ha impedido entrar en el ejército.

—¿Eres antimilitarista?

—No; soy miope.

RAZÓN CONVINCENTE. — ¿Por qué representarán siempre a la Victoria con una figura de mujer?

—¡Ay, amigo mío! ¡Cómo se conoce que usted no se ha casado todavía.

EN LA CALLE



—¿Por qué no mira por dónde anda?

—Y usted, ¿por qué anda por donde mira?

EN LA SASTRERÍA. — ¿Llevaste la cuenta al señor Caradura? —pregunta el patrón al aprendiz.

—Sí, señor, se la llevé, y por cierto que me atolondró con sus gritos.

—¿Sí?

—Sí, señor; y me dijo que si volvía con la cuenta, no me quedaría hueso sano de la pateadura que me iba a dar.

—¿De veras? Pues mira: ahora mismo vuelves a llevársela para que vea que a mí no me asusta con bravatas.

ENTRE ENAMORADOS.—No volveré a hablarte—dice ella—si no te decides en seguida a pedir mi mano a papá.

—Pero si ahora mismo vengo de pedírsela.

—¿Sí? ¿Y qué te ha dicho?

—Que si no quiero saber a lo que sabe su pie, que no vuelva a hablarle del asunto.

ENSEÑAR A TIEMPO.—Antes de casarme, mi marido era el hombre de peor gusto del mundo; pero gracias a mis lecciones hoy es todo lo contrario.

—¿De veras? Pues ha sido gran suerte para ti el no haberle aleccionado antes.

COMIDA LIGERA.—Cierto sujeto fué invitado a comer en una casa donde reinaba la mayor economía.

Naturalmente, nuestro hombre tuvo que contentarse con lo que le daban, y si quedó o no satisfecho júzguelo el lector por lo que sigue:

—Señora—dice el hombre despidiéndose.—he tenido el mayor gusto...

—¿Cuándo volverá usted a comer con nosotros?

—Ahora mismo, si usted quiere.

COSAS DE AGENTES...—Un agente de policía sorprende a un caballero, desnudo, a la orilla del río en el momento en que intenta arrojarse al agua.

—¡Indecente!—exclama.—Voy a denunciarle para que le impongan una multa por bañarse desnudo.

—Es que voy a suicidarme.

—¡Ah!—exclama el agente, siguiendo su camino.—Eso es otra cosa.

ENTRE PADRE E HIJO. — ¡Bravo, Carlitos! Tu maestro me ha dado los mejores informes de ti. Me ha dicho que eres de la tela de que se cortan los grandes hombres.

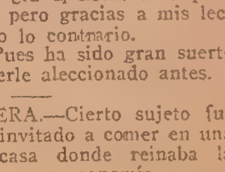
—Muy bien, papá; pero te ruego no olvides que me falta la tela para un abrigo.

DIALOGO. — ¿Has visto a la familia de Clarinete?

—Acabo de encontrarla. Me dijeron que venían de un concierto a que habían sido invitados y que el concierto se había suspendido.

—Ahora me explico por qué iban tan desconcertados.

DESEO JUSTIFICADO



—Quisiera ser un perro.

—¿Por qué?

—Porque así mi papá no me diría tantas veces que soy un burro.

LOS SALVAJES DE INDOCHINA

Existen en la Indochina unas tribus salvajes que se hallan al Norte de aquel país. Habitan en la parte más montañosa del Mekon, y extendiéndose hasta el mar de China ocupan un largo territorio que es casi inaccesible para los viajeros. Estas tribus pueden dividirse del modo siguiente:

Primera, los "Moí"; segunda, los "Stieng", que para sus luchas interiores y aun para casos de guerra usan flechas emponzoñadas; tercera, los "Pinong", que relativamente son los más adelantados en civilización; cuarta, los "Proci" y los "Kandieux"; quinta, los "Rodé", que todos son comerciantes de caballos; sexta, los "Giaras", que entre todas las demás tribus es la más inteligente; séptima, los "Beungao", los "Halangs", los "Baunâam", los "Cedans", y otras que sería prolijo enumeror en este momento.



En plena labor agrícola.

Sin embargo, hemos dejado para lo último el nombre de la tribu de los "Chams", porque esa tribu, dominada por un instinto sanguinario y feroz, no goza más que en la matanza. En tiempos del imperio se asociaban a los mandarines cuando éstos querían tomar venganza bárbara de algún pueblo que había tenido el atrevimiento de desobedecer sus mandatos; se stimula a sí propia para entrar a degüello, allí donde puede encontrar medios para ejercer su rapiña o su ambición; se dirige a la frontera de Cochinchina o del Tong-kin para sorprender pueblos inermes.

En virtud de ciertas querellas entre el Celste Imperio y el de Amnam, los "Chams" se consideraron autorizados secretamente para obrar por cuenta propia a fin de entrar a sangre y a fuego en las poblaciones fronterizas de la Cochinchina, y no puede calcularse el número de víctimas que sucumbieron a su barbarie.

Mr. Aymonnier, que a la sazón visitaba y estudiaba el país, escribió lo siguiente:

"Los "Chams" entraban en las poblaciones a sangre y a fuego. No perdonaban sexo ni edad. Lo mismo mataban a la pobre madre que llevaba en sus brazos a su inocente hijo, que a la desdichada doncella víctima de todo género de ultrajes.

"Las casas ardían; la sangre corría por todas partes, y no cesaba aquella obra de exterminio hata que no quedaba un habitante con vida, ni una casa que no fuese presa de las llamas.



Danzarines de Laotrous

"Era un cuadro de espanto y horror."

Por lo demás, el mismo Mr. Aymonnier daba numerosos detalles de aquellas hordas cuando están en reposo; es decir, cuando no se consagran a exterminar a sus semejantes.

Sgún el indicado viajero, el gobierno de las tribus que hemos nombrado goza de cierta independencia, o mejor dicho, forman una pequeña república, que si bien obedece al imperio chino, tiene la facultad de regirse civil y religiosamente por sí mismo. Hay un senado compuesto de los ancianos de todas las tribus que hemos nombrado, que dirimen los asuntos interiores y las querellas de tribu contra tribu, o de familia contra familia; usa este senado una prudencia tal, que pasarían sus individuos por excelentes legisladores si no fueran tan aficionados al derramamiento de sangre.

Respecto de religión, puede decirse que carecen de una positiva. Todo se reduce a sostener multitud de prácticas supersticiosas; creen en los espíritus y en los genios adversos o favorables, los cuales habitan en lo más espeso de las montañas. Para evocar a estos genios o espíritus se valen de conjuros y de ofrendas, que se depositan en el tronco de los árboles que nadie se atrevería a tocar.



Mujer de una tribu indígena con su hijo.

Por lo común, los animales feroces se comen dichas ofrendas, y ellos creen que los genios han celebrado por la noche un festín con ellas.

En las guerras que sostienen unas tribus con otras, no hay más ley ni más razón que el exterminio. No reconocen transacciones ni treguas; sólo se admite la paz cuando el enemigo ha quedado tan quebrantado que es impotente para resistir. La guerra es el elemento más agradable para aquellas tribus salvajes, pues muchas veces ocurre que no pelean tribus contra tribu, sino pueblos contra pueblos y familias contra familias.



Una cantante célebre de la tribu.

Cuanto mayor es la carnicería, más celebrado es el resultado de la contienda.

Contra el contagio

Una corriente eléctrica a través de un tubo donde, después de hecho el vacío, se introducen vapores de mercurio, produce una hermosa luz azul, como de antiguo se sabe. Ahora se ha descubierto una variación de esta lámpara, de admirables resultados, según las experiencias de los doctores de Lyon, Cournmont y Nogier. Basta con que el tubo sea de cuarzo en vez de ser de vidrio, para que la luz—de rayos violáceos—tenga una gran potencia bactericida. Con una de estas lámparas se puede esterilizar un hectolitro de agua sólo en dos minutos. Destruye hasta el bacilo del tifus, que es de los más rebeldes.

El esqueleto de Franklin

Cuando en 1849, la viuda de Jhon Franklin mandó "El Fox" para que reconociese la isla del rey Guillermo y las bahías donde todo el mundo científico creía que se encontrarían los tristes restos de la infortunada expedición de su esposo, resultó que se pudieron encontrar señales seguras de aquel desastre.

El capitán Mac Clintock, feje de la expedición, después de haber vuelto por el Oeste de la isla nombrada, recibió noticias de su teniente que en la "Punta Victoria" se encontraban los restos de la expedición Franklin. En efecto, una vez en este punto, encontraron una chalupa abandonada con multitud de efectos y ropas, así como el escrito de los capitanes del "Erubus" y del "Terror", en donde se demostraba el estado lamentable de la expedición.

El capitán Mac Clintock encontró en la referida chalupa el esqueleto de un hombre, así como descubrió otro un poco más lejos.

Los acompañantes de Mac Clintock, quedaron profundamente impresionados. ¿Sería aquel el esqueleto de John Franklin?

Esta es la duda que aún está en pie y no ha sido posible resolverla. Lo cierto es que el desastre fué terrible, según los escritos de los comandantes del "Erebus" y del "Terror".

El capitán Mac Clintock, por encargo de Lady Franklin, colocó en la bahía de Pons el 6 de agosto de 1850, en la isla de Bechey, y cerca del punto donde pereció el capitán Bellot, una losa de mármol con la inscripción siguiente:

"A la memoria de Franklin Croizier, Fitz, James, y de todos sus valientes hermanos."

La Junta Central del Censo de los Estados Unidos anuncia que la actual población de la República es de habitantes 105.683.000, es decir, 13.710.000 más que la que tenía en 1910.

El papel puede endurecerse en una prensa hidráulica hasta el punto de rivalizar con el granito y con el acero.

EL PAÍS DE LAS MUÑECAS

No os dejéis engañar, ¡oh, niños que esperáis todos los eneros el regalo de los Reyes Magos!, por los sabios y los eruditos de Enciclopedias a plazos y Diccionarios al trote; no creáis lo que os digan sobre el origen e historia de los muñecos y de las muñecas. Acaso se les pudiera tomar en serio, si no creyeran que la historia del juguete es cosa de juego, sin saber que no hay nada más serio y trascendental en el conjunto de los conocimientos humanos. Sin duda que la historia de las muñecas "se pierde en la noche de los tiempos". Fuera mejor decir que comienza cuando el hombre apenas es hombre; cuando era todavía una pobre bestezuela que convivía en los bosques con las demás fieras y alimañas que Dios quiso crear. Parece indudable que la muñeca existía ya en el período brumoso de la Humanidad que los sabios llaman prehistoria, y, sin embargo, sería importante dilucidar ese punto.

Porque acontece que el niño primitivo, el niño de las grutas y las cavernas, tenía poco más o menos tan desarrollado como los niños actuales el sentimiento de la posteridad; y así, como la posteridad le importaba un comino, rompía los juguetes que sus padres o sus hermanos mayores les hacían, exactamente como los rompen los chiquillos de ahora, muchos de los cuales son, en verdad, unos perfectos trogloditas, a pesar del progreso asombroso de los tiempos. Los arqueólogos no han podido encontrar, por esta causa, entre las ruinas de las ciudades prehistóricas, juguetes auténticos, y no se sabe así como se entretenían y divertían los niños que pudiéramos designar en la historia con el expresivo nombre de antropitéquitos.

Es cierto que en alguna pirámide egipcia, bajo algún monolito druida, se han encontrado rudimentarias esculturas, y he aquí a los sabios, perplejos ante estas dos interrogaciones: "¿Muñeco?..." "¿Ídolo?..." Y así los siglos van pasando ante algunas figuras enterradas en las vitrinas de los Museos Arqueológicos, sin que se sepa a ciencia cierta si se trata de una distinguida muñeca o de una diosa venerada. Ante Grecia y Roma, en plena civilización, la duda desaparece. Los juegos de los niños son, sin duda, la más clara muestra del progreso de una nación. "Dime cómo juegan tus hijos y te diré el porvenir que les espera". Nada menos que el testimonio de Aristóteles pudiéramos invocar aquí para escribir la historia del polichinela; esto es: el muñeco más muñeco que existe; el muñeco vivo; el muñeco actor, que habla, se mueve y hace reír. El neurospaston, el polichinela ateniense, del que Aristóteles encomia la acabada perfección de sus articulaciones, que le permitía moverse como un hombre, prueba qué cosa tan deleznable, tan ruín, tan lenta es el progreso. Año más o menos, veinticuatro siglos hace que Aristóteles admiró al truchimán que iba de plaza en plaza, con su compañía de neurospastones, fingiendo farsas heroicas o mitológicas, en un retablo como el que Don Quijote deshizo a cintarazos. Exactamente como hoy.

Sin embargo, la patria de la muñeca histórica es Roma, sin duda alguna. Grecia hizo muñecos para divertir al pueblo. Roma los hizo para entretener a sus niños. No es ya la crepundia que admiramos en el collar del busto infantil que se conserva en el Museo Pío Clementino, porque aquella sarta de juguetillos pudieran ser amuletos o distintivos, sino la muñeca tal como la tienen nuestras niñas, acaso más ricas, talladas en maderas olorosas y en marfil... El Príncipe de Biscari escribió un libro encantador: "Degli antichi ornamenti e trastulli dei bambini"... En sus páginas aprendemos fácilmente que los niños romanos tenían la "pupa" (nombre que ha heredado la "poupée", la muñeca francesa) y tenían la "plagúncula", llamada así cuando tenía el rostro cubierto de una sutil película de cera, como hasta hace diez o quince años se fabricaban. Allí aprendemos también que los niños romanos tenían el "turbo" o "verticillum", que es el peón o trompo; y tenían el "tronchus", que era un aro con cascabeles; y tenían el "oscillatis", que era el columpio; y tenían la "tabula", que era una especie de bolos o billar... Ya ve el lector que para encontrar una novedad, un progreso, hay que saltar por encima de dos docenas de siglos y darnos de manos a boca con el espíritu moderno encarnado en el rostro zumbón del señor quiriquí y la señora quiriquí... Y es que durante toda la Edad Media, los muñecos duermen también su sueño de barbarie, de fanatismo y de esclavitud.

Pero la muñeca moderna, la muñeca que vistió y adornó madame de Maintenon; la que vió con espanto derruirse la Bastilla y alzarse la guillotina; la que nació en las páginas de la Enciclopedia y después de revolucionaria fué romántica, y ha llegado hasta nosotros con sus carnecitas de trapo, celuloide, pasta de cartón o serrín amasado, tiene también su patria. En el corazón de Alemania, al Sur del bosque de Turingia, hay dos minúsculas aldeas, Sonneberg y Neustadt an der Haide, cuyos laboriosos vecinos llegaron a monopolizar desde mediados del siglo XVIII la fabricación de muñecas y de numerosos juguetes de madera.

En pocos casos como en este se prueba que, ante todo, la industria es tradición, no improvisación. Antaño no había en Sonneberg y en Neustadt ninguna verdadera fábrica de juguetes; en cambio, puede decirse que lo eran todas las casas de ambas villas. Era una industria de lugar, a la que se dedicaban las manos ociosas de los ancianos, las mujeres y los niños, y a la que se aplicaba toda la familia.

Era un afán de colmena laboriosa, en el que surgían constantemente iniciativas. Ahora, ya el taller familiar comienza a transformarse en grandes fábricas, que hacen esfuerzos para reconquistar los mercados perdidos durante la guerra. En Inglaterra, como en España, como en América, se han establecido numerosas fábricas.



La peluquería de las muñecas.



Pintando las cabezas de "biscuit".



Un abuelo y su nietecita, fabricando juguetes de madera.



Fabricando los ojos de las "poupées".



Una obrera pintando caballitos.

El cráneo de Haydn

Cuando en 1820 el príncipe Esterhazy se decidió a honrar la memoria de Haydn e hizo abrir la tumba del célebre músico para transportar los restos a un mausoleo construído en Eisenstadt, halló la cabellera del maestro, el esqueleto y las ropas, pero faltaba el cráneo.

Ocho días después del entierro de Haydn, que se efectuó el 31 de mayo de 1809, dos frenólogos consiguieron, sobornando al enterrador, descubrir el cadáver y apoderarse del cráneo para practicar en él los estudios de sus predilecciones libremente.

Descubiertos por la policía, entregaron un falso cráneo de Haydn, quedándose con el verdadero.

Al morir Rosenbaum, uno de los frenólogos en cuestión legó el cráneo auténtico de Haydn a la Sociedad de Amigos de la Música.

Pero esta Sociedad tardó mucho tiempo en entrar en posesión del precioso legado, porque la viuda de Rosenbaum lo regaló a su médico, el doctor Haller, quien lo entregó a su vez al célebre anatómico Hokitansiky para su Museo.

El cráneo de Haydn presenta una protuberancia notable en la región temporal, que corresponde a un desarrollo especial de la tercera circunvolución frontal y de la esferoidal que se ha observado recientemente en los cerebros de los músicos.

La conformación de la cabeza de Haydn se parece mucho a la de Beethoven. Respecto de Schubert, los sabios aseguran que su esqueleto es menos musical.

De los 1.600 millones almas que se cree constituyen la población total del mundo, existen unos 800 millones de personas que no van vestidas más que parcialmente; y otras muchas que no usan ropa de ninguna especie. El algodón representa unas nueve décimas partes del material empleado en la confección de vestuarios, y su uso se hace cada vez mayor.

Hungría, limita al Norte con Checoeslovaquia y Polonia; al Este, con Rumania (esta frontera no es todavía definitiva); al Sur, con Yugoeslavia, y al Oeste, con Austria. Extensión, unos 188.000 kilómetros cuadrados (algo más que Córdoba), y población, 11 millones de habitantes. Su gobierno es republicano (¿?), y la capital es Budapest.

LAS PRIMERAS LÁGRIMAS



Esté pastor se llama Querube.

Cualquiera diría que a semejante nombre iba a responder un niño angelical, de rubia melena y ojos azules. Pues no; responde un hombrón de edad indefinida, caído al otro lado de la juventud, huraño de carácter, feo de cara, con luengos cabellos hirsutos.

No es de esos pastores mansos de leyenda, que saben romances y cantan cosas tristes; de esos que van y vienen diariamente del llano a la sierra, y viven un poco en el mundo, y conocen los blandos caminos del valle. No es de los que aman algo la vida de la llanura y buscan alguna vez con afición los senderos de la hondonada... Es un ser montaraz y adusto que pastorea el ganado en los altos puertos, y no baja al pueblo sino raras veces al año.

Tiene los ojos caídos en un guiño pertinaz, bajo el cual, su vista de lince avizora los contornos lueñes de la montaña.

Tiene un corazón rudo que ama con tenacidad salvaje la soledad de su monte y la mansedumbre de su rebaño.

Y es feliz, engolfado en la altura agreste, rodeado de sus vacas y de sus becerros.

Tiene su tapera colgada en un repliegue admirable de tierra virgen, y deja correr su vida muda en el silencio sagrado de aquel paraje.

Cuando Querube quiere variar de panorama, sabe deliciosos lugares donde un árbol monstruoso o una peña bárbara, le ofrecen amistoso asilo. Y lo mismo se le puede encontrar en la cañada, que en lo alto de un cerro.

Si una perentoria necesidad lo empuja al pueblo, baja azorado y hosco; huye de la gente, y se incomoda hasta con las gallinas que picotean en el corral de su hermana.

Algunas veces, por embromarlo, le han dicho:

—¿Por qué no te casas, Querube?

Y brutalmente ha contestado:

—¡Casarme?... ¡Vayan al diablo las mujeres y vayan al diablo los chicos que dan las mujeres!...

Las gentes han convenido en que Querube es un desalmado, un ser egoísta, sin entrañas, que sólo sirve para vivir entre animales en la aspereza del monte.

La hermana de Querube es madre de cuatro niños. Cuando el pastor baja al pueblo, ella procura que los chicos no le molesten, pero los pequeños, por la extrañeza que les causa el tío, lo buscan siempre y lo soban y zarandean... El gruñe... Los chicos se ríen.

Un día, el dueño de la hacienda que el pastor guarda, le avisó que la arreara al llano para parar rodeo.

Obedeció el hombrón, y muy de mañana las esquilas del ganado, alborotaron el pueblo.

Estaba el tiempo espléndido y en las vegas cosechadas, jugaban grupos de chiquilines, encendiendo en montones los pajones secos.

En medio de la algarera diversión, surgió de pronto un grito de espanto, y una desbandada general de niños dejó ver a una pobre criatura que con las ropas encendidas giraba locamente en la llanura y caía por fin en tierra, como un globo de fuego que se apaga.

Los alaridos de la chiquillería, llegaron al vecindario sembrando la alarma entre las madres, y he aquí que la hermana de Querube sale hacia el campo despavorida, con las manos en la cabeza.

La criatura abrasada, era su hija mayor, una linda nenita de siete años.

Todo esto lo supo el pastor cuando se disponía a llevar el ganado al sitio del rodeo; y fué aquel, por cierto, un momento terrible de su vida, un raro momento en que las alas de su corazón tendieron por vez primera un agitado vuelo por el valle.

No se sabe cómo, pero es lo cierto que Querube apareció inclinado ansiosamente sobre la niña, cuyas ropas ardían aún.

Se sabe que estaba allí, de rodillas en la tierra llana nunca amada por él, palpando con terror y esperanza los vestidos ardientes de la muchacha.

Y se sabe con estupefacción inmensa, que Querube el pastor, tenía en aquel momento extraño de su vida, una oración en los labios y una lágrima en los ojos.

Sus manazas encallecidas, desplegaron una insospechable delicadeza para libertar a la inocente de las telas que la abrasaban. Envolvió el pobre cuerpo en su poncho, lo alzó en sus brazos y al través de la vega, lo llevó dulcemente hasta la casa.

La niña pudo abrir los ojos y sonreír a Querube, antes de volar al cielo.

Y Querube quedó herido de un intenso dolor que le hizo llorar horas enteras en un rincón, con la cabeza entre las manos quemadas, hasta que, movido por una súbita inspiración, se levantó resollante y brusco, y arreando la hacienda que esperaba paciente, la enveredó con presteza rumbo al monte...

El dueño esperó inútilmente al pastor que, internándose rápido sierra adelante, iba volviendo con terror los ojos a la llanura, y bebiendo las primeras lágrimas de su vida.

Roberto BUENO.

Una colonia de tuberculosas

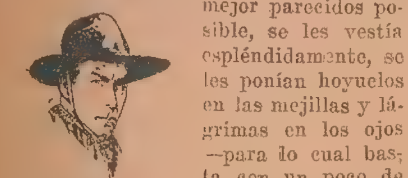
La Cruz Roja australiana acaba de fundar en la provincia de Murrumbidgee una colonia agrícola para los licenciados de guerra tuberculosos. Las secciones locales vigilarán la marcha de la colonia, que estará a cargo de agricultores competentes. A esta colonia serán enviados los tuberculosos en estado estacionario, que no ofrezcan ningún peligro de contagio, pero cuya salud exija un trabajo fácil al aire libre y un clima cálido.

El dominio tiene una superficie aproximada de cien fanegas y antes de adquirirlo lo ha sido visitado por los médicos. En el edificio se construirán habitaciones para hombres solteros y pabellones para los casados. También habrá salones de recreo. En la colonia habitarán médicos y enfermeras. Los contratos relativos a la construcción y a la entrega del material, han sido ya firmados.

De este modo, al mismo tiempo que recobran la salud, los licenciados del ejército tuberculosos aprenderán a labrar la tierra y a dirigir más tarde una explotación agrícola.

EN EL MUNDO DEL CINE

La actual exigencia del público cinematográfico.—Hasta hace algunos años la receta del éxito, para la escena muda, era la siguiente: se tomaban muchachos y muchachas, lo más jóvenes y mejor parecidos posible, se les vestía espléndidamente, se les ponían hoyuelos en las mejillas y lágrimas en los ojos —para lo cual bastaba con un poco de glicerina—se les daba un acompañante adecuado, primer galán o primera actriz joven, y se lograba el objeto buscado.



William S. Hart, que se hizo famoso con la interpretación de papeles gauchescos.

Si se trataba de un astro, en vez de una estrella, se añadía a lo antedicho algunas lecciones de box, una mirada intensa y aguda que condenase las fechorías ajenas y se le hacía salvar finalmente a la heroína en peligro.

Mediante estos pocos procedimientos invariables se tenían, en la pantalla, un héroe y una heroína suficientes para el consumo diario de los programas cinematográficos.

Enid Bennett, una de las más notables actrices características.

Pero cuando los directores escucharon el deseo, más o menos íntimo, de mayor realismo sentido por el público, hubo de buscarse otra receta. Y entonces aparecieron los personajes de carne y hueso, en lugar de los héroes inmaculados y de heroínas exangües de antes.



Elsie Ferguson, que se ha especializado encarnando heroínas lujosas y elegantes.

Por entonces se produjo una división entre los intérpretes y sus directores—enteramente honrosa para estos últimos—sobre si el público pagaba por ver ciertos y determinados artistas o por presenciar una acción verosímil encarnada por seres racionales y humanos.

Mientras algunos actores obedecieron al "llamado del carácter", como lo llama un periodista inglés, otros, en cambio, y los más famosos por entonces, se obstinaron en reeditar en todas sus películas el tipo escénico que habían creado.



Margarita Clark, (...) encarna admirablemente con los papeles de niña.

Afortunadamente para el porvenir y el presente artístico del nuevo arte, el público y los acontecimientos han terminado por dar razón a los que hicieron intérpretes de caracteres y no monótonos exhibidores de sí mismos.

Así William S. Hart se hizo el prototipo del Far-West caballeresco y del héroe campero—nuestro gaucho alzado—cuando intenta oponerse a los avances de la civilización.

Billie Burke, se ha convertido en un símbolo de la mujer superfemenina, curiosa y voluble.

Fué respondiendo a esta nueva exigencia de directores y públicos que Charles Ray se convirtió en un muchachote rústico, vestido burdamente y con ambiciones absurdas, que el azar y su enérgica buena fe terminan por realizar.

Seguir las caracterizaciones de Enid Bennett supone una labor ardua, dada la diversidad de papeles representados. Ha sabido ser "la piedra de escándalo" rural en "¡La muy pícara!", y en "La esclava moderna" es la mujer actual, sacrificada, en esa película, al egoísmo de un hombre indigno y criminal. En esa producción, Enid Bennett encarna admirablemente la mujer actual, con toda su indignación contra las injusticias sociales que padece y la servidumbre doméstica, que no está ni redimida por el cariño ni justificada por merecimientos recíprocos.

Dorothy Gish se hizo rápidamente famosa en cuanto abandonó las heroínas dulzonas de sus comienzos para convertirse en la picante e impulsiva comedianta que es ahora.

La especialidad de Margarita Clark, durante muchos años, ha sido la interpretación de papeles infantiles, de esos en que hay no menos de la niña que de la mujer. "Miss Washington" y "El diario de una niña" recuerdan esta faz, la más brillante de todas, de su talento.



Antonio Moreno, que habiéndose constituído director de su misma persona, comprende las dificultades que ofrece a un director y a una artista la filmación de una sola escena.

Otra de las grandes actrices del arte mudo—Elsie Ferguson—se ha especializado hasta tal punto en los papeles de mujer elegante y lujosa, que es poco menos que inconcebible representársela en otros.

Finalmente, el más grande de los actores jóvenes norteamericanos, John Barrymore, no se impuso en el cine hasta su doble y magistral papel de "Doctor Yekyell y Mr. Hyde", película basada en la notable novela de Stevenson.



Tom Moore, que agrega a la colección de fotografías de su historia, la que inicia con su hijita Alicia.

Enid Bennett y su esposo y director Fred Niblo han formado una compañía independiente, sin que sus relaciones con Thos H. Ince, del que antes dependían, cesen de ser amistosas. Ince les ha ofrecido sus propios talleres hasta que la nueva asociación se construya los que necesita.

Tomás Meighan, el popular actor que se halla en los talleres de Los Angeles preparando escenas de una nueva película.

Florencia Turner ha firmado un contrato con la Metro.



"Teddy", el animal que aunque lleva una vida "bastante perra", posee un contrato que muchos quisieran para el futuro.

GALERIA CINEMATOGRAFICA — JACK DEMPSEY



Jack Dempsey — como antes Jess Willard y Georges Carpentier — es un actor ocasional.

Empresarios poco escrupulosos lo llevan al arte mudo con la esperanza de explotar el prestigio conseguido por Dempsey en muy distinto medio.

Aunque no conocemos todavía la película en que Dempsey ha debutado, todo nos hace esperar que, artísticamente, no renovará procedimientos ni descubrirá nuevos valores. Será, muy probablemente, el equivalente de esas exhibiciones circenses en que los grandes pugilistas norteamericanos monetizan la nombradía por ellos adquirida en el ring.

En Siracusa, capital de Sicilia, será representada en abril de este año, en el Teatro Griego de la ciudad, una famosa tragedia de Esquilo.

LA CANTINA

Escenas de la vida bonaerense

Es de noche. Poco a poco se apagan los ruidos de la ciudad, que minuto tras minuto se va sumiendo en sueño restaurador. Los escasos faroles de las calles, con sus luces amarillentas, raquíticas, a duras penas atenúan la obscuridad. Es una noche de junio y el frío se hace sentir intensamente. Los pocos transeuntes que cruzan las calles caminan presurosos, bien arropados, en busca de sus hogares... del cariño de los suyos...

Todos los negocios del barrio han cerrado sus puertas, todos... ¡menos la cantina!... ¿Por qué? Allí van a pasar unas horas de distracción y esparcimiento los vecinos de los alrededores, en su mayoría obreros.

La cantina se encuentra instalada en una habitación reducida, con puerta a la calle. Por todo moblaje contiene un mostrador pequeño, grasiento, chorreando agua y vino, delante de una estantería llena de botellas con licores distintos, de lo más ordinario, licores baratos... En el espacio libre de la sala hay mesas de madera rodeadas de pequeños bancos; en éstos, sentados, se encuentran los parroquianos que llenan el local; sobre las mesas, botellas y vasos rebosantes de vino. Junto a la pared del fondo, en estiba, tres filas de bordelesas, cada una con su canilla, y debajo de éstas, sobre el piso, las vasijas que han de recibir el líquido.

Los concurrentes tienen caras de atontados por el exceso de libaciones y la pesadez del ambiente, donde flotan en repugnante consorcio las espirales del humo de las pipas y los cigarros, el tufo del vino, la hediondez de sus cuerpos y sus ropas mugrientas.

Unos hombres que se hallan sentados alrededor de una mesa, junto a la estiba, entonan canciones lugareñas de sus lejanos países, con voces roncas, aguardentosas; otros, próximos a ellos, charlan animadamente, y tan pronto ríen con carcajada estúpida, como lanzan maldiciones, refrendando sus frases con golpes de puño que hacen crujir las tablas de la mesa; otros sujetos juegan una partida de naipes, barajando un mazo de cartas en forma de arco y roñosas por el roce continuado de muchas manos mugrientas; otros sujetos cabecean somnolientos. Todos los parroquianos beben, y los más reflejan en sus ojos brillantes, sus caras descompuestas y sus bocas babosas, los efectos del alcohol, ese vicio que va denigrando a la humanidad y preparando la degeneración de la especie. Tal cual sujeto se levanta, camina unos pasos bamboleándose, se aproxima al mostrador, abona las consumiciones y bamboleándose siempre, dando traspiés, se dirige hacia la salida ofreciendo un espectáculo igualmente grotesco y repugnante.

Detrás del mostrador se encuentra el dueño del comercio; es un hombre bajo, de cara redonda, mejillas coloradas, de pronunciada calvicie que tapa con una gorra grasienta; un amplio bigote le cubre el labio hasta la mitad de la boca, que constantemente resopla con fuerza; tiene un abdomen formidable y lleva atado a la cintura un delantal que le cuelga hasta los pies, y que posiblemente fué blanco en otras ocasiones. Este hombre, a quienes todos conocen y denominan respetuosamente Don Juan, sonríe siempre y sin muchos apresuramientos ni cumplidos, va de mesa en mesa, reemplazando botellas vacías por llenas, y satisfaciendo los pedidos de los parroquianos; para ello no necesita desplegar mayores actividades, pues aquellos no las reclaman. La única o por lo menos verdadera preocupación de este hombre es ganar mucho dinero, "hacer la América"; y para conseguirlo sigue despachando botella tras botella, sendos litros de vino, que los concurrentes consumen entre cantos, bocanadas de humo, discusiones y partidas de naipes.

El cantinero, entre tanto, continúa despachando ese alcohol que poco a poco va minando organismos, corrompiendo voluntades, fomentando rencores, pues el alcohol bien caro se cobra el placer efímero que regala al ingerirlo. Don Juan, en cambio, acumula ganancias que más adelante le darán un bienestar, sin temores, sin remordimientos, pues en su rara filosofía no se culpa a sí mismo de haber contribuido a la perdición de muchas pobres gentes, a la desmembración de muchos hogares...

Un sujeto que dormitaba junto a una de las mesas del fondo, se levanta y camina en dirección a la calle; tiene los ojos brillantes, el cabello en desorden y por la comisura de los labios le cae un hilillo baboso; las piernas flacas y débiles parece se resistieran a sostenerle verticalmente; tropieza con un banco y lo derriba...

Al ruido del golpe los demás parroquianos callan y vuelven la cabeza para inquirir el motivo.

Un vigilante que pasa por la calle se detiene un instante frente a la puerta; nota calma; pasea la mirada inquisidora por la estancia; saluda al cantinero entre serio y sonriente, mezcla de dureza y amabilidad, y continúa su ronda.

El borracho, al continuar de nuevo la marcha, tropieza con otro banco y cae pesadamente al suelo, provocando la hilaridad de otro sujeto que bebe, sentado a pocos pasos de ese sitio. El ebrio, rojo de ira, enardecido por el dolor de la caída, la humillación de la risa provocadora, el despertar de un antiguo rencor mantenido oculto en lo más profundo de su alma, se pone de pie y dirige un insulto a su provocador; éste responde, hiriente, mordaz; aquél se aproxima en actitud amenazante, y, al acercarse, éste le escupe en la cara, levantándose del banco; entonces el ebrio, dando un grito de rabia, como rugido de fiera, se abalanza sobre su provocador y le hunde un cuchillo en el vientre; el herido rueda por el suelo, desangrándose y profiriendo gritos de dolor.

Se produce una confusión enorme; unos huyen hacia la calle, precipitadamente, llevándose por delante las mesas y los bancos; otros ayudan al caído; todos hablan fuertemente. Acuden varios vigilantes; momentos después una ambulancia de la Asistencia Pública; el heridor, aprovechando el desorden, abandona el cuchillo y huye; concurre un oficial de policía; recogen al herido y en la ambulancia se lo llevan al hospital próximo.

El cantinero, azorado, sudoroso, corre de un lado a otro sin saber lo que hace y desplegando una actividad insólita, mientras, pretendiendo justificarse, dice que él despacha vino pero no vende puñales...



El oficial de policía toma apuntes y hace retirar a las personas que aún permanecen en el local. A uno de esos sujetos, demasiado ebrio para caminar solo, se le remite a la comisaría. Se trata de un individuo de edad ya madura, ojos brillantes y rasgos de inteligencia en su semblante; un sujeto que ya conoció muchos calabozos por dormitorio. Es uno de los tantos seres que siempre cometen la misma falta: embriagarse. No se averiguan las causas ni su comienzo; él mismo tamvantar la cuarentena que había impuesto poco lo recuerda. De cantina en cantina y de comisaría en comisaría pasa su vida embriagándose en aquéllas y durmiendo en éstas, sin que nadie tratara formalmente de mejorar su situación. Ebrios consuetudinarios se les cataloga y, aceptando como imposible su regeneración, se les deja en paz o se les abochorna. A estos ebrios los recoge la policía para aplicarles multa o arresto; luego el cantinero también debe pagar una multa; pero... ¿para qué? El primero, una vez libre, vuelve a embriagarse; el cantinero, con el fin de resarcirse cuanto antes de la pérdida, agregará más veneno a ese vino que alguien vendrá más tarde a consumir...

Al retirarse el oficial, ya desierto el local, el cantinero comienza a colocar los postigos en las puertas, preliminando el cierre. Momento después todo vuelve a quedar sumido en la calma de una noche serena, tranquila...

A la débil luz de un farol próximo se nota sobre el dintel de la puerta de la silenciosa cantina un letrero de madera con el nombre de "Cantina de la Alegría"... cuyos gruesos y toscos caracteres parecen sonreír irónicamente...

Francisco L. RAMAY.

En 1843 había en Méjico 57 fábricas de tejidos de algodón, las cuales tenían 125 mil husos en funcionamiento y producían 700.000 piezas (25 metros) de paño burdo de algodón, conocido con el nombre de "manta" empleado casi en su totalidad para vestir a los indios del país. En la actualidad, el capital invertido en esta industria es casi todo extranjero: francés, español e inglés, predominando el primero.

El número de husos en funcionamiento en la Gran Bretaña es mayor que el de los Estados Unidos (unos 56.000.000 y 34.500.000 respectivamente); pero, debido a la diferencia de calidad en la hilaza y telas que se elaboran en ambos países, la producción de géneros de algodón es mucho mayor en los Estados Unidos que en la Gran Bretaña. Puede decirse que la Gran Bretaña consume 3,25 millones de balas anualmente, mientras que los Estados Unidos consumen de 6,25 a 6,75 millones de balas por año.

Una fábrica española de automóviles y camiones, dice Grandmontagne en una correspondencia, obtuvo en 1919 un beneficio de nueve millones 576 mil 455 pesetas, siendo su capital de nueve millones 600 mil. De manera que los afortunados accionistas cobraron 405 pesetas por cada acción de 500, y eso después de haber repartido un millón de pesetas al Consejo de Administración.

El emperador romano Claudio, gastrónomo refinado y glotón desmedido, murió envenenado con hongos, ya porque éstos fuesen venenosos, ya porque, como parece probado, su mujer Agripina los envenenase intencionalmente.

¡ADIOS!

Los dos amigos acababan de comer. Desde la ventana del café veían el bulevard muy animado. Acariciábanles el rostro esas ráfagas tibias que circulan por las calles de París en las apacibles noches de verano y obligan a los transeuntes a erguir la cabeza, incitando a salir, a irse lejos, a cualquier parte donde haya frondosidad, quietud, verdor... y hacen soñar en riberas inundadas por la luna, en gusanos de luz y en ruiseñores.

Uno de los dos—Enrique Simón—dijo suspirando profundamente:

—¡Ah! Envejezco. Antes, hace años, en noches como ésta, el mundo me parecía pequeño, era yo capaz de cualquier diablura. Y ahora, sólo siento desilusiones y cansancio. ¡Es muy corta la vida!

Estaba ya un poco ventrudo. Tenía ya una esplendorosa calva y cuarenta y cinco años, próximamente.

Su acompañante—Pedro Carnier,—algo más viejo, pero también más ágil y decidido, respondió:

—Para mí, amigo mío, la vejez llegó sin avisarme; no lo noté siquiera. Yo vivía siempre alegre; siempre fuí vigoroso, divertido, emprendedor, y continúo siéndolo. Como nos miramos al espejo todos los días, no advertimos los estragos de la edad, porque su obra es lenta, incesante, acompasada, y modifica el rostro de una manera tan suave, tan continua, que resulta para cada cual imperceptible; no hay en su labor transiciones apreciables. Por eso no morimos de pena, como sin duda moriríamos advirtiendo en un instante los desmoches que sufre nuestra naturaleza en dos o tres años solamente. No podemos apreciarlos. Para que uno se diese cuenta de lo que pierde, sería necesario que pasara sin mirarse al espejo seis meses. ¡Oh! ¡Qué sorpresa tan desoladora recibiría!

¿Y las mujeres, amigo mío? Son más dignas de compasión que nosotros. Yo compadezco mucho, con toda mi alma, compadezco sinceramente a esas pobres criaturas llamadas mujeres. Toda su dicha, todo su poder, toda su gloria, todo su orgullo, toda su vida se reducen a su belleza, que dura diez años.

Yo envejecí sin darme cuenta, me creía un adolescente aún, mientras andaba ya rondando la cincuentena. Como no padezco ningún achaque, ninguna dolencia, ninguna debilidad, vivía como siempre, dichoso y tranquilo.

La revelación de mi vejez ofrecióseme de una manera sencilla y terrible, que me dejó anonadado, aturdido, macilento durante una temporada. Luego, acabé resignándome, y aquí me tienes otra vez tan fresco.

Como nos acontece a todos, los amores turbaron con frecuencia mi tranquilidad, pero un amor, uno principalmente, llegóme a lo vivo. ¡Qué mujer aquélla!

La conocí a la orilla del mar, en Etretat, un verano, hará doce años próximamente, poco después de terminada la guerra.

Nada tan delicioso como aquella playa, tempranito, a la hora del baño. Es pequeña, redonda como una herradura; la rodean altas costas blanquecinas horadadas por los embates de las olas, formando esas aberturas extrañas que se llaman las Puertas: una, enorme, avanzando en el mar su estructura gigantesca; la otra, enfrente, achatada, como si se hubiese acurrucado.

Numerosas mujeres, formando espléndida muchedumbre, se reunen y se apiñan sobre la estrecha extensión pedregosa que cubren de vestidos claros, convirtiéndola en un jardín cercado por altas peñas. El sol cae de lleno sobre las costas, sobre las sombrillas de brillantes matices, sobre el mar de un azul verdoso; y todo aquello es alegre, vivo, encantador; todo sonríe a los ojos.

Plácidamente sentados junto al agua, vemos a las bañistas. Bajan envueltas en sus peinadores de franela, que abandonan con airoso y resuelto ademán en cuanto llegan a la franja espumosa de las olas tranquilas. Entran en el mar, avanzando rápidamente, hasta que un estremecimiento frío y delicioso las detiene y las turba un instante, produciéndolas una breve sofocación.

Pocas bellezas resisten al examen que permite un baño. Allí se las juzga; se las analiza desde los pies hasta el pelo. Sobre todo, la salida es terrible, porque descubre todas las imperfecciones, aun cuando el agua de mar es un poderoso remedio para las carnes lacias.

La primera mañana que vi en el baño a la mujer que debía enamorarme como ninguna, dejóme ya encantado y seducido. Sus líneas eran perfectas y sus formas bien pronunciadas y firmes. Además, hay rostros cuyo encanto nos penetra y nos domina bruscamente, invadiéndonos, conquistándonos de pronto. Imaginamos que aquella mujer es la que debe hacernos felices, que sólo nacimos para quererla y adorarla. En aquel momento sentí esa extraña sensación, esa violenta sacudida que nos dice: "Aquí está la única, la deseada".

Me hice presentar a ella, y bien pronto me hallé apasionado como nunca—ni hasta entonces, ni después—lo estuve. Sus encantos me abrasaban el corazón.

Es a un tiempo delicioso y terrible, verse de tal modo poseído, dominado por una mujer. Es casi un suplicio, y asimismo es una dicha incomparable. Su mirada, su sonrisa, los cabellos de su nuca oscilando traviesos, los menores detalles de su rostro, sus gustos más insignificantes me desconcertaban, me arrebataban, me enardecían. Ella era mi dueño, mi voluntad era suya y suyo todo mi ser; me atraía, esclavizándome, con sus palabras, con sus ojos, con sus ademanes, hasta con sus vestidos y con sus adornos; todo lo que la hermoseaba, ejercía sobre mí una influencia diabólica.

Me hacía suspirar su velillo puesto sobre un mueble, me desconcertaban sus guantes abandonados sobre un sillón. La hechura y la elegancia de sus vestidos me parecían inimitables. Ninguna mujer llevaba sombreros como los suyos.

Era una mujer casada. Su marido iba todos los sábados a verla para volverse los lunes. Aquellas visitas no me apuraron: vi siempre al marido con la mayor indiferencia. No me daba celos. Ignoro el motivo; porque jamás hombre alguno de los que traté influyó tan poco, tuvo tan poca importancia en mi vida, ni ocupó menos mi atención.

¡Cuánto la quería! ¡Qué apasionado estaba yo por aquella mujer! Y ¡qué bonita era! ¡qué graciosa! ¡qué joven! Era la juventud, la elegancia, la frescura misma. Nunca pude convencerme, como entonces, de que la mujer es una criatura deliciosa, fina, elegante, delicada, hecha con todos los encantos y todos los primores. Nunca pude convencerme, como entonces, de la belleza seductora encerrada en la curva de una mejilla, en el mohín de unos labios, en los repliegues de una oreja, en la forma del órgano estúpido que se llama nariz.

Aquello duró tres meses, al cabo de los cuales me fuí a los Estados Unidos con el corazón traspasado. Su recuerdo no me abandonaba, persistente y triunfante. Aquella mujer me poseía de lejos como de cerca me había poseído. Pasaron los años, pero no la olvidé. Su encantadora imagen se ofrecía constantemnte a mis ojos, no se borraba ni un solo instante de mi pensamiento. Aquel amor inextinguible me dominaba; era un cariño constante y fiel, una ternura tranquila, como la memoria venerada y dulce de lo más hermoso, de lo más encantador que había conocido yo en mi vida.



...En aquel momento sentí esa extraña sensación, esa violenta sacudida...



¡Era ella! Una señora obesa y vulgar, ¡ella!...

* * *

¡Doce años representan muy poco en la existencia de un hombre! Tanto es así, que apenas podemos darnos cuenta de que pasan. Uno tras otro, los años transcurren, a la vez apacible y atropelladamente, lentos y precipitados; parecen interminables y se acaban en seguida. Se van sumando con tanta rapidez, empújanse y sucédense de tal modo, que no dejan casi un rastro perceptible. Desvanecidos a la sombra de nuestros deseos, de nuestros afanes, pasan de continuo. Y si queremos volver atrás los ojos para discurrir acerca del tiempo que ha pasado, no podemos darnos clara explicación de cómo envejecimos. La vejez sorprende al hombre un día, y el hombre se pregunta de dónde sale aquella triste compañera, que no le abandonó un solo instante.

Al cabo de doce años, me pareció que habían pasado sólo algunos meses desde aquel verano delicioso en la encantadora playa de Etretat.

De regreso en París, un día de la última primavera, fuíme a Maissons-Laffitte, para comer con unos amigos.

En la estación, casi al momento de ponerse en marcha el tren, subió al vagón una señora obesa, escoltada por cuatro niñas. Apenas me digné mirar a aquella señora, tan abultada, tan redonda, tan mofletuda, tan poco interesante, que remolcaba con dificultad su respetable mole y su numerosa descendencia.

Respiró agitada, como si estuviese ahogándose, fatigada por la prisa que se dió para llegar a tiempo.

Las niñas comenzaron a charlar. Yo, desdoblando un periódico, empecé a leer.

Acabábamos de pasar la estación de Asnieres, cuando mi compañera de viaje me dijo de pronto:

—Dispense usted la pregunta, caballero: ¿No es usted el señor Carnier?

—Sí, señora.

Entonces ella soltó la risa; una risa franca de mujer tranquila y modesta. Pero noté en su acento un asomo de triste desencanto, al preguntarme:

—¿No me conoce usted?

Dudé antes de contestar. En efecto, creí haber visto en alguna parte aquella cara: sus facciones me recordaban algo, alguien... Pero ¿quién? ¿Dónde? ¿Cuándo las había visto?

Y respondí:

—Efectivamente... Creo... sí... no... Yo la conozco a usted, no hay duda... Si me diera usted su nombre...

Ella, ruborizándose un poco, pronunció:

—Julia Lefevre.

Nunca he recibido impresión tan violenta. Me pareció que todo acababa para mí en un segundo, como si de pronto se hubiera desgarrado ante mis ojos un velo tras el cual se me revelarían desventuras amenazadoras y terribles.

¡Era ella! Una señora obesa y vulgar, ¡ella! Y había lanzado al mundo aquella nidada, ¡cuatro niñas!, durante mi ausencia. Las criaturas me asombraban tanto como su madre. Obra suya, eran los retoños de su vida. Crecieron y ocupaban ya un lugar en el mundo; mientras la deliciosa hermosura, la maravilla de gracia y belleza que yo conocí, se había desvanecido, ya no inspiraba ningún entusiasmo. ¿Cómo se realiza una transformación tan espantosa en tan breve tiempo? En un día... porque hubiera jurado que horas antes la vi, como era... ¡y la encontraba de pronto cambiada! ¿Es posible? Un sufrimiento, una congoja me oprimía el corazón; y también una protesta indignada, rebelándome contra la Naturaleza, contra esa obra infame de brutal destrucción.

La contemplé angustiado. Luego, al oprimir su mano, acudieron lágrimas a mis ojos. Lloré su juventud perdida; lloré su muerte. Había muerto la que yo conocí: la señora mofletuda y abultada que se me presentó era otra: ¡yo no la conocía!

También ella, emocionándose, balbuceó:

—He cambiado mucho, ¿no es verdad? Así es el mundo; ¡todo pasa! Ya lo ve usted: ahora soy una madre solamente, una madre cariñosa, una madre buena. Lo demás, pasó, acabó, no volverá. ¡Oh! Ya supuse que usted no me reconocería si por casualidad nos encontráramos, como ha sucedido. También usted ha cambiado bastante. Tuve que fijarme bien, que reflexionar mucho, que discurrir algo, para estar segura de no engañarme. Tiene usted ya el pelo blanco. Naturalmente. ¡Hace mucho tiempo! Mi niña mayor tiene diez años. ¡Hace ya doce años!

Miré a la niña y descubrí en ella un encanto semejante al que tuvo su mamá en otro tiempo; las facciones, las formas de la criatura, recordando las de su madre, aún eran de contornos indecisos, de una expresión vaga, pero anunciaban un delicioso porvenir.

Y la vida se me apareció rápida, como un viaje en ferrocarril.

Llegamos a Maisons-Laffite. Besé la mano de mi amiga. En mi conversación con ella, sólo se me habían ocurrido vulgaridades; no encontré ni una frase feliz. Estaba demasiado aturdido para reflexionar.

Por la noche, aprovechando un cuarto de hora que mis amigos me dejaron solo, contemplé detenidamente mi rostro en un espejo. Y acabé recordando mi fisonomía como era en otro tiempo; imaginé mis bigotazos y mis cabellos negros, mis facciones juveniles, mis ojos penetrantes...

Ya todo había cambiado. Me halle viejo. ¡Adiós!

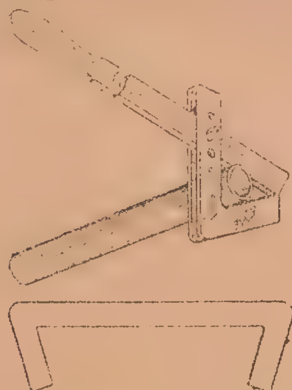
Guy de MAUPASSANT.

Una comisión inglesa que está practicando una investigación respecto de las inversiones hechas en la guerra, ha dejado establecido que el número de granadas fabricado fué de 75 millones, y que el consumo fué de 200 mil por día en los diversos frentes.

= INVENTOS ÚTILES Y SUGESTIONES PRÁCTICAS =

LLAVE DE PLOMERO HECHA POR USTED MISMO.

Esta llave, excepto el perno que une ambas piezas, se hace con planchuela de acero. En la parte superior del grabado se muestra el molde de la mandíbula, después de doblada la planchuela por los extremos. Luego es menester doblarla sobre



sí misma. Esta pieza se ajusta a la palanca por cualquiera de tres agujeros, según el diámetro del caño que se haya de trabajar. Conviene endurecer el borde interior dentado.

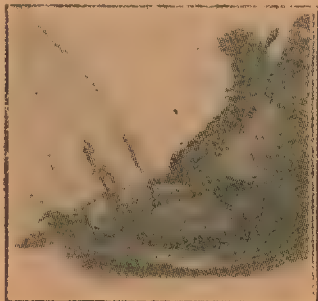
UNA APLICACIÓN DEL ALICATE.—

Se toma un alicate ñato; cerrándolo fuertemente se le hace un taladro y una muesca como se ve en el grabado y de ½ de pulgada de profundidad. Un alicate así preparado servirá para mantener firmes los tornillos cuando haya que hacerles muescas. Después de preparado el alicate, será muy conveniente endurecer al fuego las mandíbulas.

Las palabras inglesas dicen: Saw (sierra); blade (hoja); screw (tornillo); jaws (mandíbulas); slot (muesca); hole (agujero).

LUSTRE USTED LOS BOTINES CON CÁSCARA DE BANANA.—

La cáscara de banana es muy buena para lustrar los botines. Se frota el cuero con el interior de la cáscara, y después



de dejar secar, se le pasa el trapo. Bastará eso para que el calzado quede limpio y luciente.

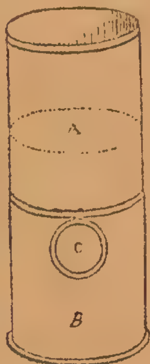
BURLADEROS DE CAMPO.—

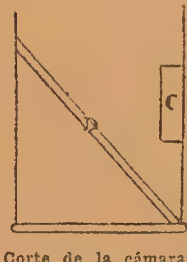


Entre los muchos sistemas de burladeros para el campo, puede recomendarse el que muestra el grabado. Consiste en dos postes separados por 35 ó 40 centímetros y unidos por su parte superior por una barra de hierro, a fin de que no se abran y el alambrado quede flojo.

CÁMARA OSCURA DE BOLSILLO.—

Algunas veces es difícil darse cuenta exacta de la belleza de un paisaje o determinar los puntos salientes, limitando su extensión, sobre todo cuando se quiere pintar. El aparatito señalado en el dibujo y



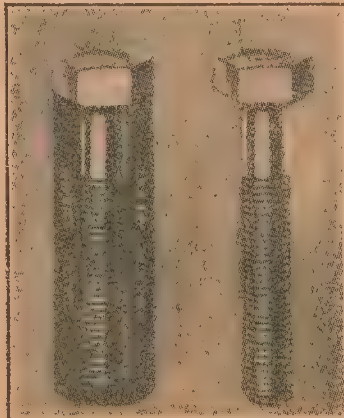


Corte de la cámara.

que uno mismo puede fabricarse, suprime esas dificultades. Se compone de un cilindro de cartón de 11 ½ centímetros de altura por 4 ½ centímetros de diámetro. En la parte interior de este cilindro, y en el medio, se coloca un cristal esmerilado A. Se hace un segundo tubo de la mitad de altura que el primero, corriéndolo hacia dentro a manera de fondo de una caja. En este segundo tubo se hace un agujero C de 2 centímetros de diámetro, y en él se pone el lente más pequeño de unos gemelos de teatro. Detrás de este cristal póngase un espejo D inclinado a 45 grados.

LA FABRICACIÓN DE TORNILLOS.—

Desde el año 236 antes de Jesucristo, se fabrican en el mundo tornillos de metal. Pero desde entonces hasta la fecha se ha desperdiciado siempre en la fabricación, el metal entre el nivel de la cabeza y el del cilindro. Una manufactura norteamericana ha puesto fin a ese desperdicio, fabricando



Las palabras waste metal en la figura de la izquierda, quieren decir metal desperdiciado; la línea de puntos de la figura de la derecha indica la parte que sometida a presión, formó la cabeza del tornillo.

cilindros del mismo diámetro que los tornillos y formándoles la cabeza poniéndolos en matrices y sometiéndolos a enormes presiones.

EL PLANCHADO EN LOS VIAJES.—

Una gruesa hoja de cartón, plegable en dos y forrada de franela, reemplaza a una



tabla de planchar. Se recomienda para cuando se va de viaje.

PARA DISTRAER AL CHICHO.—

Véase el grabado. El carretel tiene pasado un elástico por el agujero. El elástico está sostenido a la izquierda por medio fósforo que encaja en una muesca practicada en el carretel. Del otro lado el elástico pasa por una pequeña tuerca aplicada al agujero (y que se puede reemplazar por un bloquecito agujereado) y lo sostiene otro fósforo. Dando vueltas a este último y soltando luego el carretel sobre una superficie lisa, correrá hasta que se le acabe la cuerda.

PARA QUE LOS AUTOS NO SALPIQUEN.

En casi todas las ciudades japonesas es obligatorio que los automóviles lleven guarda-ruedas para evitar que salpiquen a



los peatones. Los que se usan consisten en una barra ajustada al extremo del eje y de la que cuelgan tiras de tela o de papel.

REDOMAS HECHAS POR USTED MISMO.—



Muchas de las nuevas lamparillas eléctricas son sin punta y en forma de redomas. Una vez quemadas pueden servir al objeto de estas últimas, cortándolas a cierta altura del cuello y redondeando el borde en la llama.

LA PÁGINA DE LOS LECTORES

Las colaboraciones para esta página no deben contener más de cincuenta palabras, y sólo se publicarán las que se juzguen de interés.
Diríjanse bajo sobre a la siguiente dirección: MUNDO ARGENTINO.—"La página de los lectores".—Maipú 393.—Buenos Aires.

¿Cuál sería mi mayor felicidad?

Mi mayor felicidad sería terminar mis estudios de maestra para poder unirme con lazos indisolubles al ser tan querido para mí, y ser la compañera buena y cariñosa que aliente sus días desgraciados y comparta sus alegrías.—*Rubia de Mercedes.*

Sería tener lo suficiente como para poder comprar un piano, pues mi afición a este instrumento no tiene rivales; pero... desilusión, ¿para qué forjarme tales delirios si lo que digo es como el eco que se pierde paulatinamente en el espacio?—*Secundino.*

Mi única felicidad sería obtener el perdón de mi amada por los sufrimientos que le he causado con mi simulada indiferencia, cuando en mi corazón estaba latente una pasión delirante por ella, pasión que ha quebrantado mi salud y que será la causa de mi temprana muerte.—*Idealista.*

Que aquellos ojos negros de una maestrita morocha, cuyos fulgores de fuego llevo como dos luces prendidas en el crespón de mis duelos, en su divina expresión me dijeran: ¡te amo!, como yo a ella, y creyera en la sinceridad de esos versos que al encanto de sus negras pupilas me inspiré.—*Compañero de viaje.*

Mi mayor felicidad consistiría poder apreciar el genio de la que en el futuro ha de ser mi compañera, para evitar de esta manera las continuas desavenencias que tenemos.—*Solitario F.*

Mi mayor felicidad sería formar un hogar a base de puro amor con un cimiento muy sólido, donde reine la tranquilidad y la alegría, poseer una casita sencilla, pero llena de plantas que me darán muchas flores (mis mejores amigas) y luego (he ahí toda mi dicha) con uno o dos pibes lindos, con caritas graciosas, muy traviesos. ¡Qué felices serán las madres! ¡Cómo las envidio! ¡Qué cariño les tengo a los niños! ¿No es cierto que es esta una justa, muy justa, aspiración?—*Coquita.*

Mi mayor felicidad sería casarme con una mujercita, viuda o soltera, de 25 a 35 años, con mucha plata (porque yo no tengo); no importa la nacionalidad; que le guste viajar, que sea muy buena y que no le guste la farra.—*Rado.*

Mi mayor felicidad sería que nuestro simpático vecinito no nos mojara en el día de carnaval.—*Son los deseos de dos chicas.*

Mi mayor felicidad sería encontrar un chico que me amase eternamente; lindo o feo me es indiferente, con tal que sea trabajador y honrado, que son las cualidades más hermosas que existen en el género humano.—*Una que no es correspondida.*

Mi mayor felicidad sería si transcurrieran rápidamente los años que me faltan para concluir la carrera del magisterio, para así, después de trabajar algún tiempo para mi familia, unirme al ser que adoro y formar el anhelado nido de mis amores.—*Teresita E.*

Mi mayor felicidad sería que hubiera un caritativo que me regalara una bicicleta, aunque fuera vieja y le faltara algunas piezas, pues así no me iría a pie a mi empleo, que me queda tan lejos, ¡por lo menos 35 cuadras!—*Pobre obrero.*

Mi mayor felicidad sería si los "demócratas" europeos, "salvadores de Rusia", la dejaran en paz, así yo podría ir y abrazar a mi familia, de la que hace ocho años estoy separado y no puedo olvidar ni por un solo minuto.—*Un ruso.*

Dar a mis hermanos la posición que mis anhelos lo exigen, para que puedan beber de ese manantial que se llama vida toda la dulzura que faltó para mí; y si luego de cumplir esta ardua pero gratísima misión aún encontrara un alma gemela a la mía y me uniese a ella para continuar la ruta de mi existencia, habré hecho la mayor y toda mi felicidad, si en realidad ella existe.—*Ovejita sin dueño.*

Mi mayor felicidad sería encontrar una compañera discreta y honrada; su físico no me interesa, su edad tampoco (no busco misterios). Yo, por mi parte, soy el reverso de la medalla de Adonis, que, según me ha dicho el carbonero de la esquina, era un lindo pibe que había no sé si en el Brasil o en Ushuaia.—*Petronio.*

El hombre que constituye mi sueño

El ideal que mi mente se ha forjado es un simpático vecinito que tiene cautivado mi joven corazón: es alto, grueso, morocho, de mirada profunda y penetrante, y suele asomarse a la puerta cuando yo paso, donde nuestras miradas se cruzan y se hablan en silencio. ¡Oh, destino cruel, que me haces sufrir tanto la nostalgia de tu mutismo!—*Una morochita bragadense.*

Ha mucho ya que busco un ideal que aun no he encontrado, y es aquel que sepa comprender en estas solas líneas todo el amor que mi pecho encierra.—*Odraude G.*

Mi ideal debe ser: Rico, buen mozo y elegante, para dar envidia a mis amiguitas; que me quiera mucho o poco no me importa con tal que me deje hacer lo que me dé la gana.—*¿Qué tal?*

Mi ideal es un simpático rubio, de regular estatura, de ojos celestes y de mirar picaresco; que sea capaz de querer mucho a la que será su eterna compañera. —*Rubia encantadora.*

El ideal que mi mente se ha forjado es el siguiente: Un rubio encantador, de ojos azules, de mirada profunda y soñadora, boca pequeña, dientes marfilinos, y que tenga su porvenir asegurado.—*Chica de Gálvez.*

Mi ideal lo constituye el simpático joven cuyo mirar lánguido ha cautivado mi joven corazón. Es de regular estatura, ojos rasgados y soñadores, tez blanca y sonrosada, y cuenta de 27 a 28 años de edad. El no sabe que hace tiempo le amo en silencio y lo contemplo extasiada, pues es vecino mío y vive en su misma acera.—*Morocha enamorada.*

El ideal que mi mente ha forjado es un rubio de ojos de esmeralda, de tez rosada, alto y elegante, que con sus constantes súplicas hizo despertar en mi corazón un inmenso cariño que yo se lo oculto.—*Rxqyh.*

El hombre que constituye mi sueño es un joven de 25 a 30 años, morochito, regular estatura, ojos negros soñadores, sin vicios, honrado y trabajador, y muy cariñoso con quien ha de ser su compañera, para así formar un hogar feliz, y que me permita hacer uso de mi profesión para ayudar a mi madre y a nosotros.—*V. Elida.*

El hombre que constituye mi sueño es un rubio de ojos azules, amante de la música, que no le guste el baile y, por último, que quiera con mucho cariño a la que será su fiel esposa.—*For get me not.*

Mi ideal lo constituye un joven de 33 años, rubio, algo grueso, muy simpático, con bastantes canas, muy bueno y cariñoso, su corazón es un cúmulo de bondades, muy trabajador y consecuente en su cariño. No esperamos más que la suerte nos sea más halagüeña para realizar nuestro sueño dorado.—*Nalie.*

Es aquel inspirado joven que me quiere con toda la doble pasión de su amante corazón; aquel me dice que nunca me perdonaría si lo traicionara; el único que con su amor sincero y profundo ha hecho arder en mi pecho la roja llama de un cariño eterno.—*Judith.*

Mi ideal sería el hombre que reuna las siguientes cualidades: Ante todo que sea noble y que, aunque no bello, tampoco sea feo, que sus ojos demuestren la bondad de su alma, que sea trabajador y no tenga más dinero que el suficiente para sostener un hogar sin lujo pero con lo necesario para ser felices, y, por último, que sea argentino o español y bastante patriota como lo es—*M. G. M.*

Consistiría mi mayor felicidad en que nuestros gobernantes impidieran la entrada y venta en el país de bebidas alcohólicas. Con esa acción humanitaria penetrarían resplandores de felicidad en los hogares azotados por esa temible calamidad universal, evitando en la infancia la inoculación de gérmenes de degeneración moral y física.—*M. H. F.*

¿Cuál es en mi concepto la mujer ideal?

La mujer ideal para mí sería: Ni linda ni fea, a cualquier edad es buena (que no pase los 40), soltera o viuda lo mismo da; lo único que debe poseer son 50 mil nacionales para compartir un eterno amor y feliz.—*Do sostenido.*

Mi ideal: Una chica de regular estatura, tez blanca, cabellos rubios, ojos grandes que dejen entrever una melancolía muy grande, y que sepa amar mucho.—*Transeunte de C. Mom.*

Mi ideal es una chica de 15 a 22 años, de estatura más bien baja, el color de la piel me es indiferente; que le gusten los deportes, sobre todo el remo, y que sea muy buena, para poder dejar los convencionalismos sociales y poder llegar a amarnos como yo ansío.—*El pibe.*

Una bella joven, honrada y trabajadora, que sepa captarse el cariño del que ha de ser su eterno compañero, por sus finos modales y honrosas cualidades.—*Miguel A.*

Mi ideal es el que en mi mente se ha forjado una simpática chica de ojos obscuros, que ha sabido despertar en mi corazón un amor profundo.—*Carlos.*

El ideal que mi joven corazón desea, que mi melancólica mente se ha forjado, que mis ojos creen ver a todas horas como una ocasión dueña de mi corazón, ha de ser una simpática rubia de grandes y fascinadores ojos negros, de 25 a 27 primaveras.—*Estudiante.*

Una joven que en su corazón reciba, como una flor sedienta recibe la gota de rocío, las tiernas palabras de amor que de mis labios brotarían para ella. Sana de cuerpo y alma, como una ama enternecida, que posea, como muy pocas, su pasión delirante de amar.—*Corazón amante.*

¿Cuál es en mi concepto la mujer ideal? Rubia o morocha, joven o vieja, me será indiferente, pero debe ser de carácter enérgico, corazón bondadoso, de ideas avanzadas (como yo). Por último, tiene que ser muy amante del hogar y de su futuro esposo.—*K. K-gman.*

La mujer que constituye mi sueño es aquella encantadora niña de mediana estatura, de miradas penetrantes, que sea honrada, buena y trabajadora, que sea amante de la música y que sepa compartir las dichas y desdichas con el que ha de ser su eterno compañero de infortunio. —*R. J. V.*

Una joven de 17 a 28 años, de talle elegante, de atrayente fisonomía, de estatura alta, de cabellos castaños (como yo), y que sea una buena administradora del hogar; aparte de estas cualidades debe poseer a lo menos un millón de pesos de dote.—*Pigmeo de oro.*

Mi ideal: una rubia de 20 a 25 abriles, amante de la lectura, muy cariñosa con su marido y que le guste mucho la limpieza de su hogar, porque eso constituye una parte de la felicidad conyugal. Así él, en vez de ir a cualquier parte, antes preferiría su casa. Pues sabe que allí le espera una mujer cariñosa con un hogar chiche, aunque sea pobre.—*El Sin Vicio.*

Mi ideal lo constituye una simpática morochita de mirada expresiva y seductora, que ha sido la única que ha sabido despertar en mi joven corazón un amor sincero y profundo.—*José A. Bustos B.*

Mi ideal lo constituye una rubia de ojos celestes, que sepa apreciar en el hombre más las buenas cualidades que la riqueza, que sea honrada y que posea un inmenso cariño para amar al que ha de ser su fiel compañero.—*S. J. M.*

Confidencias

Busco a mi princesa azul. Yo, el príncipe soñador, el trovador romántico enal morado de una quimera, enamorado de una visión que vela mis sueños y al despertar se desvanece, dejándome tan sólo con un vago recuerdo de una silueta ideal. Y esa es mi nostalgia. El no poder encontrar a mi princesa azul, el no dar con su morada, para que juntos viviéramos las largas horas de dicha que el destino nos tiene reservadas.
Si tú, princesa, lees este llamado, responde para que no sufra tu—*Principe Moisés.*

A La morochita de enfrente:
Encantado, morochita. Haces sufrir lo lo que en el infierno se ignora con tu desdén, y maltratas el destino por los sufrimientos que te impones.—*Natito.*

Para Dardo y Marcelino:
El amor existe y existirá siempre, pues es lo único capaz de poner una nota de alegría en la triste monotonía de la vida. Y en cuanto a la mujer, no puede ser en manera alguna como ustedes la pintan. En mi concepto, ella es una mártir y, por lo tanto, digna del más alto respeto, y no serán, seguramente, los despechados como ustedes quienes hagan variar mi parecer. —*Sapolio.*

A Yugoeslava:
Si, m'hija, tuitas mis ganas son d'escrebir, cuantimás que una yugoeslava lo pide; y, creamé: no es que en mis pagos no haiga dotores (¡que los hay de cencia!), es que n'hay tenio un máistro de güena voluntá y... me da no sé qué escrebir ansina, dicen que áhura no si usa esta forma, pero, ya qu'es de su agrao, siempre qu'esta simpática revista me permita cantaré cuanto guste...—*Pajuerano.*

A Desgraciado:
No es usted solo el que adolece de ese mal; yo también lo sufro. ¿Por qué no unimos nuestros destinos y olvidamos a esas dos personas que tanto nos hacen sufrir? Espero.—*Ojos negros.*

Para Mita:
Precisamente eso es lo que yo sostengo, que "todos los hombres no piensan lo mismo"; y ahí está el deber de las futuras madres: "enseñarles a sus hijos a respetar a la mujer, y que ésta respete a los hombres". Así conseguiremos formar una generación perfecta en todos sentidos.—*Eduardo R. P.*

A Ana María:
Dime: ¿Es necesario servir a la patria para quererla? ¿Es el hombre un desheredado porque no tenga patria? ¿Y no puede amar a nadie si no ama a ella, a la patria?
Te equivocas en lo uno y en lo otro. Para servir a la patria no se necesita apartarse del hogar mil veces querido. A la patria se le sirve mil veces mejor trabajando, con el sudor de nuestra frente, y ayudándola a fortificarse con nuestro cerebro, limpio... bien limpio de las bajas pasiones que anidan en algunas mentes sin claridad.—*Naia enseñadense.*

A Negrita:
Siempre el eterno femenino ha sido el tema seleccionado por el alma del poeta y del soñador; a él se le han dedicado las más bellas páginas y las más sublimes creaciones de la mente, hijas de los afectos de esas almas predilectas de las musas.
He leído con suma delectación sus breves líneas; y de conformidad con ellas, al par que agradeciendo sus conceptos, me será gratísimo que se cumpla lo que me expone.—*Prudencio M. M.*

Para Nena F.:
¿Quieres morir? ¡Habrás gozado demasiado de los placeres de la vida! ¿La juventud te hastía? ¡La habrás bebido demasiado rápido y sólo has probado el dulzor, quedándote en el fondo del cáliz el acíbar que enturbia las horas de tu juventud.
Nena, ama; amando encontrarás el aliciente que robustecerá tu corazón.—*Oscar O.*

Para El morocho:
Dime, simpático Morocho, ¿por qué en vez de exigir que tu ideal sea "instruída y muy bonita", no exiges que sea buena mujercita y te ame mucho, mucho, eternamente?
Tienes razón, "el dinero no hace la verdadera felicidad"; y aun más: constituye a veces el gran obstáculo; pero ya vislumbro el dichoso día en que... esa obscura senda desaparecerá para siempre.—*María.*

VERSOS DE AMOR

VERSOS AL AMADO

DULCES CANTARES

Canta el zorzal en la rama
tiernas endechas de amor,
y es su cantar el que inflama
de fuego a mi corazón.
Cántala suave y serena
como sereno es mi amor;
cántala bella y sencilla
y grácil como es la flor.
Al terminar, sus cantares
piérdense en lento son...
y sus ecos repercuten
dulces en mi corazón.

Albina Cisneros.

Para Amado R.:

Vagando doquier la vista
en horas de dulce calma,
iba a extasiarse mi alma
en contemplar tu candor.

Sin sospecharlo siquiera
tú te hallabas sonriente,
y mi pecho tristemente
lanzó un suspiro de amor.

Cuando al declinar la tarde
las horas se van pasando,
mis angustias aumentando
acrecientan mi dolor.

Y como si tú me oyeras
en mi amarga soledad,
te pido por caridad
sólo un suspiro de amor

María.

Para Alberto:

Una mañana vi azul el cielo
y el horizonte lleno de luz,
y entre las sombras de mi existencia
apareciste radiante tú.

Irene.

¡A él!

Tus ojos me dicen,
si paso a tu lado:
"Te quiero, bien mío;
¿no ves mi dolor?"

Con ello me basta;
no pido a tus labios
palabras galantes
ni frases de amor.

Que dure en tus ojos
la dulce mirada.
Que fleches con ellos
mi fiel corazón.

Y así mantenida
del fuego divino,
vivir siempre... siempre...
¡es mi ideal, mi amor!

Guadalupe.

QUISIERA...

A Fermín B.:

Quisiera que me fueras en mi ausencia
leal, como lo soy yo para ti,
y que sepas guardar como un tesoro
ese amor que hoy dedicas para mí.

Quisiera ser tu sombra, yo, en el día
y en la noche la luz que te alumbrara;
ser tu sombra, tu luz, tu pensamiento,
la estrella que en el mundo te guiara.

Quisiera que me amaras, Fermín, tanto,
que un instante de mí no te olvidaras,
y que fueran hermanas nuestras almas
para que al volar una, ambas volaran.

Ch. de S.

Para Armando:

Una tarde en dulce calma
se unieron nuestras dos almas;
tu alma ha sido mi aureola,
nuestra vida es una sola
unidas por el amor
como el tallo de una flor.

María Luisa.

ENTRE ENAMORADOS



Ella.—¿Piensas con frecuencia en mí, Rodolfo?
Él.—¿Si pienso en ti?... ¡Con decirte que me levanto una hora más temprano que antes, para poder pensar más tiempo en ti!

A mi amado:

Escucha mis tristezas;
escucha, no te ofendas,
ya sabes que te quiero
con todo el corazón.
¡Oh, cuánto yo te adoro!
Ya sabes que soy tuya,
y tuyo será siempre
mi sacrosanto amor.
Te amo locamente,
y siempre has de ser mío;
a veces tengo miedo
que tú me olvidarás,
por eso son mis lágrimas
las penas de mi alma,
por eso es que yo siento
mi alma sollozar.
Yo sé que otro cariño
te ansía con delirio,
mas yo que lo defiendo,
tal vez no lo hallará.
y míos son tus besos
que en mí depositaste
para que sea mi dicha
hasta la eternidad.

Teresa.

VERSOS A LA AMADA

Para Leonor Vecchi:

A TUS OJOS

Dió a la noche mil estrellas
Dios para que fuera hermosa,
pero sobrando dos de ellas
te reservó las más bellas
para tu cara de rosa.

Y por eso tu hermosura
revela de Dios los rastros,
pues dió a la noche obscura
de tus ojos la luz pura
de las pupilas por astros.

Dan por tal causa inconsuelo
al astro y al cielo enojos,
pues que al robar Dios del cielo
tus pupilas, quedó en duelo,
ya que el cielo está en tus ojos.

Alma Dolorida.

A Maruja:

¡Oh! las horas solitarias
que lejos paso de ti,
con tu imagen en mi mente
sin apartarse de mí.

Y te quiero tanto y tanto,
con un amor tan profundo,
que diera por tu cariño,
alma mía, todo un mundo.

Quisiera tenerte cerca,
juntito a mi corazón,
para beber de tus labios
besos llenos de pasión.

P. P.

A María Teresa Donadío:

Quisiera ser el pañuelo perfumado
de sus cuitas y enojos
y poder enjugar el llanto enamorado
que vierten la pureza de sus ojos.

Arturo.

TUS OJOS

A Raquel Fontana:

I

Son tus ojitos luceros
que me alumbran por la noche
con su continuo derroche
de luz serena y brillante,
cual dos pulidos aceros
cóncavos y titilantes.

II

Cuando en su espejo me miro
¡qué de ilusiones no veo!
si en ellos, ¡oh, incautos!, leo
en letra muy delicada:
"Te amo." "Te quiero." "Delirio."
"Soy y seré tu amada."

III

Y allá en mis noches, sumido
en honda melancolía,
buscaré, amada mía,
para calmar mi tristura,
esos ojitos queridos
que me hablen de dulzura.

IV.

Mas si dijeres un día:
"Ya no te puedo amar."
Nunca, nunca has de pensar
en ocultarme tus ojos,
que serán mi norte y guía
en mi camino de abrojos.

Amadeo A. Grasiano.

A mi novia muerta:

Eras suave cual brisas matinales;
era tu voz acorde cristalino,
y tus ojos, destellos diamantinos,
dos luces brillando entre breñales...
Tus manos, azucenas virginales...
Tu cuerpo, emergiendo de albo lino.
Parecías el hada del destino
con tu cetro de amor, entre vestales.
Eras nacida para darme amores,
para curar mis crueles sinsabores,
devolverme la fe, darme la calma...
Pero... todo pasó, como en la vida
pasa la dulce juventud florida,
al entregar a Dios tu casta alma.

Henri Gomau.

A A. C.:

¡Oh, bella y buena amiga
la de los ojos claros,
que cuando algunas nubes
cegábanlos completos
y luego en sus mejillas
rodaban convertidas
en lágrimas perlinas!...
¡Y aquel mirar reinaba
después sereno y triste!..
¡Oh, bella y buena amiga
de los consejos buenos,
de las palabras dulces,
de aquellos gestos llenos
de gracia romancesca...
la del reír forzoso,
la de las manos blancas,
la de profunda ojera,
la de menuda cara
rosada pero enjuta;
me figuro es la imagen de la Muerte
que la quiero con el alma como nunca!...

José Canullo.

Para Ti:

¡Señor! ¡Señor!
Tú que reinas en la tierra y en la altura;
tú que endulzas las horas de dolor,
haz que llegue en su alma la ternura
y el ensueño tranquilo del amor.
Que renazca en su pecho la alegría...
Haz que vuelvan los pájaros cantores
a esparcir un derroche de armonía
en el mustio jardín de sus amores;
que revivan las flores deshojadas
que murieron sin riego y sin calor,
y que vuelva su faz inmaculada
a brillar deslumbrante de esplendor;
haz ¡Señor! que la alfombra tapizada
por las flores más bellas del vergel
sea la senda para ella señalada
donde deben seguir su paso... ¡Amén!

Eduardo Cavour.



Dorothy Ward, bailarina inglesa.



Margaret Loomis, estrella del film



Madlaine Traverse, intérprete del arte mudo



Gloria Swanson y Thomas Meighan, en una escena de la película "Divorciémonos".



Colleen Moore, actriz norteamericana



El campeón mundial de box Jack Dempsey, interpretando una escena cinematográfica.



Fotografía del Tractor "CASE" 10/18 h. p., tomada en el concurso del Palomar, F. C. P.
Arado "Grand Detour", de 2 rejas.



Fotografía del Tractor "CASE" 15/27 h. p., tomada en el concurso del Palomar, F. C. P.
Arado "Grand Detour", de 3 rejas.

Los Grandes Triunfos del Tractor "CASE"

En todas partes del mundo se ha comprobado que ningún otro Tractor puede trabajar más económicamente que los "CASE", ni producir mejor trabajo.

En el Concurso de Tractores que se realizó en el Palomar, el día 22 de Diciembre último, organizado y contraloreado por la Sociedad Rural Argentina, y al que concurrieron Tractores de 10 distintas marcas, el

TRACTOR "CASE" A KEROSENE 15/27 H. P. CON UN ARADO "GRAND DETOUR" DE 3 REJAS, TRABAJÓ MÁS ECONÓMICAMENTE QUE CUALQUIERA DE TODAS LAS OTRAS MARCAS.

En el Concurso realizado en Bahía Blanca, en Octubre de 1920, obtuvo el PRIMER PREMIO.

TAMBIEN EN EUROPA

En INGLATERRA — Concurso de la Real Sociedad de Agricultura Inglesa, año de 1920. — Pruebas de 8 días de duración. — Entre 38 distintas marcas de Tractores, el "CASE" obtuvo el PRIMER PREMIO, MEDALLA DE ORO y £ 20.



En FRANCIA — Concurso de Chartres, año 1920. — Pruebas de 48 horas consecutivas. — Entre 24 diferentes marcas de Tractores, el "CASE" obtuvo el PRIMER PREMIO.



En BULGARIA — En el Concurso público organizado por el Gobierno de Bulgaria, el Tractor "CASE" OBTUVO EL TRIUNFO; lo que significó la adquisición por el Gobierno Búlgaro de una crecida cantidad de Tractores "CASE".

IGUALMENTE EN LOS ESTADOS UNIDOS han triunfado los Tractores "CASE", en muchos Concursos; demasiado numerosos para especificarlos.

PARA LOS LECTORES DE "MUNDO ARGENTINO" hemos preparado un folleto explicativo de las ventajas de los Tractores "CASE", que enviaremos gratis y franco de porte a quienes lo soliciten, mencionando esta revista.

J. I. CASE THRESHING MACHINE Cº

(FUNDADA EN 1842)

Buenos Aires - Paseo Colón esquina Belgrano



Impreso en Buenos Aires, en los talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, para la casa editora Empresa Haynes, Maipú 893, Buenos Aires : : :